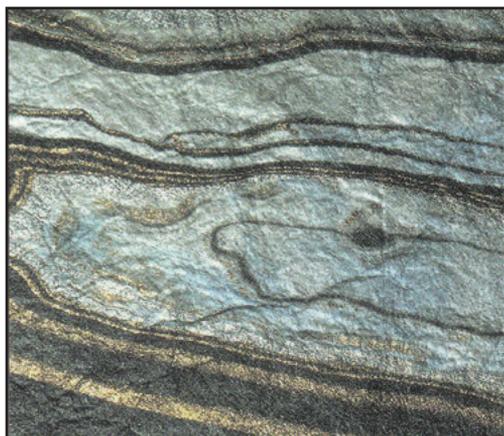


El hombre



De la gloria a las cenizas
y de regreso

Enseñanzas de la Biblia Popular

El hombre

De la gloria a las cenizas y de regreso

Lyle L. Luchterhand

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Este libro fue traducido por el Dr. Fernando Delgadillo de Bogotá, Colombia; y fue revisado por el pastor Andrew C. Schorer, de Edna, Texas, EE UU.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por la Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

PBT: **Man: From Glory to Ashes and Back** by Lyle Luchterhand (NPH #15N0609; ISBN 0 8100 0799 1) Acknowledgment: 1998 Northwestern Publishing House. All rights reserved. Translated and reprinted with permission.

EBP: **El hombre: De la gloria a las cenizas y de regreso** por Lyle Luchterhand (NPH #15N0609; ISBN 0 8100 0799 1) Reconocimiento: 1998 Northwestern Publishing House. Todos los derechos reservados. Traducido y reimpresso con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Library of Congress Card 97 069964
Northwestern Publishing House
© 1998 by Northwestern Publishing House.
Publicado en 1998
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0 8100 0799 1

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
Parte I: GLORIA	9
1. El glorioso propósito de Dios para el hombre	11
2. La gloriosa importancia del hombre	23
3. La gloria del hombre es limitada	35
4. Una mirada más cercana a lo que hace glorioso al hombre	49
Parte II: CENIZAS	61
5. El hombre juega con el fuego del pecado	63
6. La casa del hombre está completamente en llamas ..	77
7. El fuego se muestra en público	89
8. Sólo quedan cenizas	107
Parte III: LA GLORIA RESTAURADA	121
9. La gloriosa restauración divina del hombre	123
10. La gloriosa lucha del cristiano	135
11. La gloria que nos espera en el cielo	149

Notas finales	163
Para lectura adicional	167
Índice de textos bíblicos	169
Índice temático	177

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia popular es una serie de libros que tratan las principales doctrinas que enseña la Biblia.

Siguiendo la norma establecida por la serie La Biblia Popular, estos libros se han escrito especialmente para laicos. Cuando se usan términos teológicos, se explican usando un lenguaje que ellos puedan entender. Los autores muestran cómo se extrae la doctrina cristiana directamente de pasajes claros de la Escritura, y cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran cómo cada una de las enseñanzas de la Escritura señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia; son académicos con una perspectiva práctica.

Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra gratitud al profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Mequon, Wisconsin, EEUU, y al profesor Thomas Nass de Martin Luther College, New Ulm, Minnesota, EEUU, por su trabajo como consultores para esta serie; sus ideas y su asistencia han sido invaluable.

Y oramos para que nuestro Señor use estos libros para ayudar a su pueblo a crecer en la fe, en el conocimiento y en el entendimiento de sus enseñanzas salvadoras, que nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

En una noche clara, levante los ojos al cielo. ¿Cuántas estrellas ve? Los astrónomos dicen que hay unas seis mil estrellas visibles a simple vista. Mire por un telescopio, podrá ver muchas más.

Los que le dedican la vida al estudio del firmamento calculan que puede haber más de cien millones de estrellas en la Vía Láctea, nuestra galaxia. Los astrónomos también estiman que puede haber cien mil millones de galaxias. Se piensa que algunas estrellas están a 16 mil millones de años luz de la tierra. Un año luz es la distancia que recorre un rayo de luz durante un año, a 300.000 km por segundo. El tamaño de algunas estrellas también nos abruma: el diámetro de una estrella gigante llamada Betelgeuse es varias veces el del sol.

¡Cuán pequeña es la tierra comparada con las grandes masas y las vastas distancias de los otros cuerpos del universo! Más pequeña aun es la suma de la humanidad que habita la tierra. El pobre e indefenso hombre*. . . indefenso ante las catástrofes naturales como los terremotos y las inundaciones. . . indefenso ante los huracanes y las mareas.

El salmista le preguntó a Dios: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?” (Salmo 8:4). La pregunta pide una respuesta. ¿Qué es el hombre para que el poderoso Dios que creó este maravilloso universo le preste alguna atención? ¿Y por qué querría Dios sacrificar a su único Hijo en una cruz para quitar los pecados del hombre?

*En este libro el autor usa el término hombre y el pronombre masculino para referirse a la raza humana y a la naturaleza humana en aras de la sencillez y la brevedad y de conformidad con el uso tradicional. No pretende denigrar del sexo femenino.

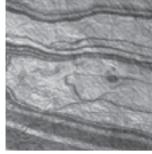
Sí, ¿qué es el hombre? ¿Cuál es el origen del hombre? ¿Cuál es su valor? ¿Cuáles son sus capacidades? ¿Cuál es su destino? En un extremo, los discípulos de la filosofía de la Nueva Era creen que el hombre es Dios. En el otro extremo, los evolucionistas enseñan que el hombre es sólo un animal altamente evolucionado y producto del azar. Pero la Biblia dice que el hombre no es Dios ni animal, sino que es la criatura especial de Dios a quien él ama tiernamente y a quien cuida.

¿Qué es el hombre? Es la pregunta que trataremos en este libro. Estamos convencidos de que sólo se puede aprender la respuesta correcta a esa pregunta de Dios. Sólo nuestro Creador sabe cuáles son nuestro verdadero valor y nuestras capacidades. Sólo nuestro Creador sabe la verdad de nuestro origen y destino. Él nos conoce mucho mejor que nosotros mismos.

En las siguientes páginas, pretendemos dejar que Dios cuente la historia del hombre como la revela en la Biblia. Es una narración fascinante que sigue al hombre desde la gloria hasta las cenizas, y de regreso a la gloria.

Parte I

Gloria



1

El glorioso propósito de Dios para el hombre

¿Cuál es el propósito de nuestra vida? ¿Por qué estamos aquí? En nuestra frenética sociedad, muchos corren de aquí para allá, pasando de una tarea urgente a otra. Las cosas que con frecuencia llenan la vida, y el ciego apuro con que las llevamos a cabo, pueden revelar el hecho de que nuestra vida no tiene una verdadera dirección. ¡Hasta podemos ir en la dirección equivocada! Abrumados por la presión de los deberes y las obligaciones cotidianas, tenemos poco tiempo para considerar un tema tan profundo como la razón de nuestra existencia; parecería que es mejor dejárselo a los teólogos y a los filósofos.

Sin embargo, todos establecen metas personales; todos tienen razones para vivir. Puede ser que no siempre es evidente en lo que dicen, pero lo es en su manera de vivir. Para algunos, el propósito de la vida es acumular riquezas, adquirir

conocimientos o buscar el respeto de sus compañeros. Otros viven generosamente para la familia y los amigos. Aun otros sólo viven para pasarla bien.

El propósito de Dios para nosotros

Sin embargo, ¿cuál es el propósito de Dios para nosotros? La Biblia dice que Dios nos creó para su gloria (Isaías 43:7). Él nos creó y nos puso en la tierra para servirle y glorificar su nombre. Por eso el apóstol Pablo escribió: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31). Desde el momento en que nos despertamos una mañana hasta el momento en que nos levantamos la mañana siguiente, Dios quiere que todo lo hagamos para glorificarlo. Jesús les dijo a sus discípulos: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres” (Mateo 5:16). ¿Por qué? No para que *ellos* sean alabados, sino para que otros puedan ver sus buenas obras y alabar a su *Padre celestial* (versículo 16). También Pedro animó a sus lectores a anunciar las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9). La Biblia nos dice muchas veces que Dios quiere que lo glorifiquemos, que le demos honor, que le mostremos a todos cuan maravilloso, bondadoso, amoroso y generoso Dios es él.

Todo fue creado para la gloria de Dios

No nos debe sorprender que Dios nos creara para su gloria. La Biblia dice que ese es el propósito de toda la creación. Considere las palabras de Pablo a los romanos: “Porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos” (Romanos 11:36). “*De él* son todas las cosas” nos recuerda que Dios es el origen de todo; sólo por él tenemos vida y existencia. “*Por él* son todas las cosas” nos recuerda que prosperamos sólo por sus bendiciones; todo lo bueno viene por él. “*Para él* son todas las cosas” revela el propósito principal de toda la creación: dar alabanza y gloria a Dios.

A los ángeles se les exhorta a alabarlos (Salmo 103:20,21; 148:2), lo que muestra el propósito para el cual fueron creadas esas poderosas y magníficas criaturas. Hasta las cosas inanimadas glorifican a Dios; en el Salmo 148 el sol, la luna y las estrellas, las montañas y hasta el fuego y el granizo son llamados a alabarlos. Y para que no pensemos que las cosas que Dios creó sin aliento y sin cuerdas vocales no pueden cumplir la tarea de alabar a Dios, Dios nos dice que los cielos declaran su gloria (Salmo 19:1).

Todo lo que Dios hizo da testimonio de su poder, su sabiduría y su bondad. El sol, la luna, los océanos y hasta las ranas, glorifican a Dios, siendo lo que el deseó que fueran.

Sólo el hombre se rebela

De toda la creación de Dios, sólo el pecaminoso hombre se rebela ante el pensamiento de glorificar al Creador. Sólo piense por un momento en nuestra pobre actitud con respecto a la adoración pública. Nos apresuraríamos a decir que no odiamos a Dios, sólo que no siempre tenemos tiempo para él. Nos preocupamos tanto por el trabajo, la familia, la recreación y las responsabilidades de la vida, que desde el punto de vista de Dios, odiamos a él según nuestra naturaleza pecadora (Romanos 8:7). La falta de amor es odio, en lo que se refiere a Dios (Mateo 12:30).

Cada día Dios vierte bendiciones sobre el pueblo que prefiere ignorarlo. Cada día nos da aire para respirar y agua para beber; nos da trabajo, familia, tiempo y dinero. ¿Y qué hacemos nosotros? ¡Usamos la generosidad de Dios contra él! ¡Las preocupaciones por las bendiciones de Dios llegan a ser la razón por la que no tenemos tiempo ni dinero para él!

La gente que no tiene tiempo para Dios es como el niño malcriado que para la fiesta de cumpleaños invita todo tipo de personas, pero no le interesa quién asiste, cuánto tiempo están, o si la pasan bien; sólo le interesan los regalos. De hecho, no

le importaría si se limitaran a dejar los regalos en la puerta y se fueran. Quiere los regalos, pero no quiere a las personas que se los llevan. De la misma manera, muchas personas quieren todos los regalos que Dios les puede dar, pero no quieren tener nada que ver con él.

Dios ama su mundo

No era la intención de Dios dar sus regalos y apartarse. Dios no puso una burbuja de plástico alrededor de su creación, para no traspasarla. Tampoco se ha impuesto a sí mismo un exilio del mundo que hizo. Desde el comienzo, Dios no quiso que el hombre experimentara una vida sin él. Al contrario, demostró que quería que el hombre tuviera una relación amorosa y personal con su Creador.

El libro de Génesis sugiere que Dios se comunicaba constantemente con el hombre en el huerto del Edén, caminando y hablando con Adán y con Eva. La Biblia contiene muchos ejemplos de la intervención amorosa de Dios en su mundo para cuidar a sus criaturas humanas. Por ejemplo, Dios salvó a Noé del diluvio (Génesis 6-8), rescató a los israelitas de la esclavitud en Egipto (Éxodo 1 14), y alimentó a Elías en el arroyo de Querit (1 Reyes 17:1-6). Dios no se apartó del mundo ni lo ignoró después de crearlo.

Ahora Dios espera que el hombre le sirva, en respuesta a su eterno amor y su atento cuidado. El hombre no ha de centrar la vida en sí mismo ni en el mundo, sino en Dios. Ciertamente, todo el propósito de la vida del hombre es glorificar a Dios.

¿Es Dios egoísta?

Algunos se oponen a la idea de que Dios creó todo para su gloria; afirman que eso es indigno de Dios porque lo convierte en orgulloso y egoísta. La iglesia ha respondido a esa objeción, primero que todo, diciendo que no es bíblica. *La*

Biblia dice claramente que Dios nos creó para su gloria (Isaías 43:7) y que “todas las cosas las ha hecho Jehová para sus propios fines” (Proverbios 16:4). Segundo, la objeción es *irrazonable* porque juzga a Dios con normas humanas. Tercero, la objeción es *humanista* porque pretende poner al hombre en el lugar de Dios. Si el mundo no hubiera sido hecho para gloria de Dios, debería haber sido hecho para la del hombre. ¡El hombre se convierte en el fin principal de toda la creación y el punto central de toda la historia! Obliga a Dios a arrodillarse a los pies del hombre.

¿Qué propósito más noble y aceptable podría tener el hombre que glorificar a Dios? En Job 38 Dios le recuerda a Job que él fundó la tierra (v. 4), encerró con puertas el mar (v. 8), anduvo y escudriñó el abismo (versículo 16) y envió los relámpagos para que ellos vayan (v. 35). En el capítulo 39, Dios dice que sabe cuándo paren las cabras monteses (v. 1), le da la velocidad al avestruz (v. 18), le da la fuerza al caballo (v. 19) y hace que el águila se eleve por su mandato (v. 27). Otros dos capítulos de Job enumeran las poderosas obras de Dios; nuestras obras son nada comparadas con las de él. ¿Por qué no daríamos a Dios la alabanza que merece? O, lo que es peor, ¿por qué trataríamos de robar esa alabanza para nosotros?

Lo máximo que Dios hizo por nosotros fue realizar su plan de salvación, ante el cual hasta los ángeles se maravillan (1 Pedro 1:12). ¿*Por qué* envió Dios a su Hijo para morir terriblemente en la cruz? David da la respuesta en las familiares palabras del Salmo 23: “Confortará mi alma, me guiará por sendas de justicia *por amor de su nombre*” (v. 3). ¡Él nos salva por amor de su nombre! Dios tiene reputación de bondad entre sus santos, y la sustenta salvándonos. Así Dios quiere ser glorificado por nuestra salvación.

Al mismo tiempo, no se puede considerar egoísta el plan de salvación de Dios, porque él realizó su plan para nosotros.

Vivimos porque Jesús murió. Jesús fue abandonado por Dios, nosotros somos recibidos y abrazados por Dios en el cielo. El plan de salvación de Dios es todo menos egoísta.

Vivir según el propósito de Dios

El propósito de Dios para cada uno de nosotros es que lo glorifiquemos. A veces, Dios puede tener presente una manera muy específica en la que lo podemos glorificar. La historia de Ester lo ilustra. Ester era la esposa del presuntuoso y temperamental rey Asuero de Persia. Bajo la influencia de un funcionario muy persuasivo del gobierno llamado Amán, Asuero decretó que cierto día iban a ser exterminados todos los judíos en el imperio persa. Ester estaba ante un dilema: Asuero no sabía que ella era judía. Si no le decía nada sobre el asunto, todo su pueblo iba a morir; si le revelaba su identidad y le pedía que preservara a su pueblo, ella también podría morir.

Mardoqueo, primo de Ester, apeló a ella, diciendo: “¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” (Ester 4:14). ¿Quién sabe, Ester, si Dios te ha elevado al puesto de reina con este propósito, el de salvar a tu pueblo? La Biblia nos dice que Dios le dio a Ester el valor para actuar, y ella salvó a su pueblo.

Como Ester, todos tendemos a subestimar nuestra importancia. Al pensar en los innumerables mundos que constituyen el universo, podemos ver a nuestro mundo como un pequeño guijarro comparado con el resto. Cuando pensamos en los muchos años de la historia humana, podemos vernos como sólo una generación entre muchas. Al pensar en los miles de millones de personas que hay en el mundo, podemos decir: “Soy sólo una persona; ¿qué puedo hacer yo?”

No obstante, Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros, tal como lo tuvo para Ester. Él nos ha puesto sobre la tierra en este momento de la historia con el propósito de que

lo glorifiquemos. Con su ayuda y con los talentos que nos ha dado, todos somos capaces de contribuir a su alabanza. En efecto, al difundir las buenas nuevas de nuestra salvación, podemos lograr mucho más de lo que hubiéramos imaginado posible. Como Ester, podemos salvar a nuestro pueblo.

Asunto de prioridades

Todos hemos visto dibujos artísticos que representan extraterrestres con grandes cabezas de burbuja y cuerpos pequeños con extremidades delgadas. Los dibujos dan la impresión de que esos seres tienen la mente muy entrenada, pero el desarrollo físico ha sido totalmente descuidado.

Por otra parte, quizás hemos visto también personas que pasan gran parte de su vida en el gimnasio, levantando pesas; con músculos protuberantes, con el cuello tan fuerte y grueso como el muslo de una persona corriente. Nos maravillamos de su desarrollo muscular y físico, pero ¿qué precio tuvieron que pagar? ¿Se concentraron tanto en el desarrollo físico que descuidaron el desarrollo mental?

Pero, hay otro aspecto del hombre, además del mental y el físico; hay también un aspecto espiritual que requiere desarrollo. El aspecto espiritual del hombre, su relación con Dios, requiere atención; se le debe dar prioridad. Piense por un momento en una persona bien equilibrada que sea atlética y estructurada, pero no conoce a Dios. Esa persona es un fracaso a los ojos de Dios; ha descuidado la parte más importante de su desarrollo. Está atrofiada espiritualmente ya que no vive para darle gloria a Dios y ha optado por ignorarlo.

El mundo quiere que encerremos nuestra religión en un pequeño compartimento aislado de la vida diaria. La cultura popular estipula que se debe restringir la religión a una hora el domingo y no debe tener absolutamente ninguna influencia en la vida, fuera de esa hora. El mundo tiene la idea de que la religión no se relaciona con la vida real. Este es un mundo en

el que la gente tiene que ganarse la vida, un mundo de poder, dinero y máquinas. Dios y la religión no caben en él. La presión para adoptar esa manera secular de pensar es incesante.

El humanismo secular

Una de las principales filosofías de nuestro mundo es el *humanismo secular*. Cuando se dice que algo es secular, se indica que tiene que ver con lo terrenal y no con lo espiritual. El término *humanismo* revela que esa filosofía se centra en el hombre. El interés principal del humanismo secular es el hombre, su relación consigo mismo, con otras personas y con la naturaleza. No todos los humanistas seculares son ateos, pero la opinión prevalente entre los humanistas es que, exista Dios o no, el hombre debe vivir como si Dios no existiera, es decir, que la relación del hombre con Dios no es importante. El hombre tiene tantas necesidades terrenales, tantas crisis para resolver en este mundo, que no puede permitirse el lujo de volver su atención a Dios y al otro mundo. La mayoría de los humanistas seculares creen que Dios y la religión impiden que las personas se concentren en cosas más importantes.

En el *Manifiesto Humanista II*, promulgado en 1973, influyentes filósofos, científicos, educadores, y psicólogos, publicaron un resumen de los principios más apreciados del humanismo secular. Entre esos principios están los siguientes:

Las religiones que ponen a la revelación, a Dios, a los ritos, o los credos, sobre las necesidades y la experiencia del hombre, le hacen un perjuicio a la especie humana.

No es posible descubrir un propósito divino ni providencia divina para la especie humana.

Los humanos son responsables de lo que son o lo que lleguen a ser.

Ninguna deidad nos salvará; nosotros debemos salvarnos.

La especie humana surgió de las fuerzas evolutivas naturales. No hay una evidencia creíble de que la vida sobreviva a la muerte del cuerpo.

Los valores morales tienen su fuente en la experiencia humana.

En estas declaraciones del credo humanista, es fácil ver que el humanismo secular es un evidente intento de destronar a Dios. Aunque la Biblia dice que Dios creó al hombre para que lo glorifique y le sirva (Isaías 43:7), el humanismo dice que el hombre debe ignorar a Dios. Aunque la Biblia dice que Dios nos ha dado leyes según las cuales nos manda vivir (Juan 14:15), el humanismo dice que el hombre establece sus propias normas sobre lo bueno y lo malo. Aunque la Biblia dice que Dios juzgará al mundo (Hechos 17:31), el humanismo dice que el hombre debe determinar sus actos. El hombre controla su destino.

La psicología humanista

Sigmund Freud (1856-1939), un psicólogo humanista, ha tenido gran influencia en el campo de la psicología moderna. Freud creía que es completamente natural que un criminal actúe como lo hace y que es irrazonable que la sociedad lleve a juicio a un criminal por su personalidad antisocial. Además, Freud no creía que el hombre sea responsable ante ningún ser superior, sino que consideraba que todas las creencias religiosas son simplemente una ilusión neurótica.

Las ideas de Freud sentaron las bases para la negación general de la responsabilidad personal que abunda en la sociedad moderna mundial. Su influencia indujo a la idea popular de que la gente que comete crímenes lo hace por causa de alguna experiencia o de un trauma durante la infancia. Por lo tanto, no se debe culpar a los criminales, porque en realidad son víctimas de la sociedad. Son víctimas

de la falta de formación y de la debilidad de los sistemas sociales que los rodean. El “pecado” no está en las personas sino en el sistema. La “salvación” no viene de Dios, es cuestión de un nuevo orden o de reeducar la sociedad. Esa falta de responsabilidad humana, la consiguiente negación de culpa y la idea de que el hombre es independiente de Dios, son temas recurrentes del humanismo.

Abraham Maslow (1908-1970), otro psicólogo humanista, cuyo nombre reconocen muchas personas, enseñó que la moralidad es en realidad un proceso de desarrollo personal. En otras palabras, cada persona tiene cualidades internas a las que se les debe permitir que se desarrollen naturalmente. Según Maslow, a cada persona se le debe permitir que desarrolle su potencial individual por medio de sus propios valores y decisiones. Cada persona debería determinar por sí misma lo que es bueno o malo, correcto o equivocado.² Maslow creía que es innecesario e incluso dañino enseñar la moral bíblica. También pensaba que la moralidad y los valores deben cambiar en la medida en que cambia la sociedad. La opinión de Maslow, de que es el hombre y no Dios quien establece la moralidad, es otro tema recurrente del humanismo.

La psicología moderna

La mayoría de los psicólogos modernos son alumnos de los psicólogos humanistas que vivieron antes que ellos. Por eso, actualmente muchos psicólogos les aconsejan a sus pacientes que enfrenten los sentimientos de culpa negando que son responsables ante Dios. Les dicen a los pacientes que no se preocupen por los Diez Mandamientos, que, si Dios existe, lo único que quiere es que ellos sean felices. Por lo tanto, lo único que tienen que hacer es ser leales a sí mismos y seguir sus propias normas. Su felicidad personal debe ser su primera meta y ambición. Sólo se hace una excepción: deben tener

mucho cuidado de no lastimar a otros. Pero, aun así, los humanistas seculares tienden a permitir que cada persona determine si sus actos hacen daño a otros o no.

Nuestra relación con Dios

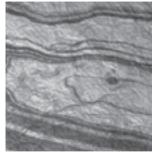
En contraste con la filosofía prevalente del humanismo secular, hemos visto que, según la Biblia, la relación del hombre con Dios es de extrema importancia. El hombre fue creado para tener una relación amorosa y personal con Dios. Sólo cuando existe esa relación puede el hombre estar en paz y desarrollar todo su potencial. El humanismo secular invierte el orden de las relaciones. Los humanistas dicen que el hombre debe tener buena relación primero consigo mismo, después con los demás, y después con la naturaleza.

La Biblia enseña constantemente la importancia de la relación del hombre con Dios y su completa dependencia de él. Vemos esa lección en la manera como el Antiguo Testamento presenta la historia de Israel. Los israelitas se convirtieron en una nación poderosa no por sus propios esfuerzos o por el azar, sino porque Dios los libertó de la esclavitud en Egipto y los bendijo. Piense en las constantes advertencias y exhortaciones de Dios para que los israelitas permanecieran cerca de él, en las advertencias que hicieron Moisés (Deuteronomio 4), Josué (Josué 24), Isaías (Isaías 1), y otros. Siempre que los israelitas se apartaron de Dios, tuvieron sólo tribulación y miseria.

Incluso los reyes de Israel, como Saúl y Acab, que pensaban que estaban por encima de la ley de Dios, sintieron la dura mano de la disciplina divina, lo que demostró que eran responsables ante Dios. Saúl (1 Samuel 31:4), así como Acab (1 Reyes 21:19; 22:38), tuvo un final desgraciado porque olvidó a Dios. Ni aun los reyes podían quitarse las cadenas de los mandamientos divinos ni oponerse a Dios con éxito (Salmo 2:2-5). Constantemente se destaca la lección de que

toda nación y toda persona dependen de Dios y son responsables delante de él (Deuteronomio 17: 14-20; 2 Reyes 21:1-15; Isaías 10:1-11; 13:1 23:18).

Gracias a Dios, hay un lado espiritual del hombre por el que puede conocerlo y tener una amorosa relación personal con él. Gracias a Dios, el hombre tiene un glorioso propósito espiritual, vivir para la gloria de Dios. Gracias a Dios, hay un Salvador que murió en una cruz para borrar las veces que no hemos realizado el propósito que Dios nos dio. Dios ha sido bueno con nosotros y merece nuestra más alta alabanza.



2

La gloriosa importancia del hombre

La valía del hombre se ha medido de diversas maneras. Una manera es calcular el valor de los elementos que contiene el cuerpo humano; evaluada así, la persona promedio vale unos pocos dólares, cuando más. Otra manera de establecer nuestra valía es considerar lo que nos pagan los empleadores. Según el salario, podemos valer cierta cantidad por hora. Una estimación más la puede dar un analista financiero que totalice nuestros bienes para establecer cuál es nuestro valor neto.

Una evaluación más exacta de nuestro valor es el valor que Dios nos asigna. El relato de la creación en Génesis demuestra que nuestro valor delante de Dios es considerable. El orden en el que Dios creó todo da testimonio de la importancia del hombre. Cada paso en la creación preparaba el siguiente. Los pasos previos en la creación se hicieron en preparación para el hombre. Raymond Surburg dice que los tres primeros días

fueron “de preparación” y los siguientes tres fueron de “logro”. Y continúa diciendo:

Esos días indican el orden temporal en que llegaron a existir sucesivamente las criaturas, y también sugieren el rango en que están las criaturas unas en relación con otras. El rango siguiente es superior al precedente. Lo amorfo viene antes de lo moldeado, lo inorgánico precede a lo orgánico, las plantas vienen antes que los animales, y los animales preceden al hombre. El hombre es presentado como la corona de la creación.³

La corona de la creación

El relato bíblico de la creación revela que el hombre no fue simplemente la última de las criaturas de Dios, sino que fue, como dice Surburg, “la corona de la creación”. Dios creó todo con el hombre en mente. Todo lo demás debía terminarse antes; no podía haber la menor omisión ni el menor defecto. Sólo cuando se juzgó que la tierra era una morada perfecta, estuvo lista para la criatura especial de Dios, el hombre.

Cuando Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (Génesis 1:26), no hizo una decisión impulsiva o de última hora. Durante la creación, el omnisciente Dios estaba completamente consciente de que iba a crear al hombre. El profeta Isaías dice que nuestro Dios que creó la tierra, “no la creó en vano, sino para que fuera habitada la creó” (Isaías 45:18).

Hecho a la imagen de Dios

De toda la creación, sólo el hombre fue hecho a imagen de Dios. Eso también habla de la importancia del hombre, diciendo que el hombre fue creado para tener una relación única con Dios que ninguna otra criatura visible puede tener. El hombre iba a ser la compañía de Dios. Con la imagen divina, se le dio al hombre un conocimiento de Dios que ninguna otra criatura menor que el hombre podría tener. Le

fue dada una voluntad de acuerdo a la voluntad divina, justa y santa (Efesios 4:24).

El hombre no tenía que competir con los animales por la supremacía. Dios puso al hombre a cargo de su creación. Les dijo a Adán y a Eva: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). Todas las cosas, incluso toda la vegetación y todos los animales fueron puestas bajo el gobierno del hombre. El salmista le dice a Dios: “Lo hiciste [al hombre] señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies” (Salmo 8:6).

Claramente, el hombre era el representante de Dios en la tierra. El hombre era el amo de todas las otras criaturas. Se les mandó servirle de buena voluntad. Al hombre le fue dada toda la tierra para que la cuidara y la gobernara como un jardinero cuida su amado jardín. La Biblia dice: “Los cielos son los cielos de Jehová, y ha dado la tierra a los hijos de los hombres” (Salmo 115:16).

El hombre idóneo para la tarea

¿Era el hombre capaz de cuidar el mundo de Dios como él quería? Desde el punto de vista del intelecto y la comprensión, ciertamente lo era. Considere a Adán estando en el paraíso sólo con Dios. Le fue llevado todas las bestias y las aves, “para que viera cómo las había de llamar” (Génesis 2:19). La capacidad de Adán para ponerles nombres a todas las criaturas de Dios presupone que podía recordar todos los nombres que les dio. Desde la caída en pecado, es dudoso que alguno de nosotros recuerde de un día para otro los nombres de sólo diez animales nuevos que vea por primera vez. Adán le puso nombres no a diez, sino a todos los animales y aves, y recordó los nombres. ¡Ahí estaba una inteligencia muy superior a la de cualquiera hoy!

Adán era ciertamente idóneo para la tarea de cuidar la tierra, su inteligencia lo ponía muy por encima de las criaturas que gobernaba. Su capacidad de comunicar sus pensamientos e ideas no tenía igual en la creación visible de Dios. Fue dotado de personalidad, sentimientos y razón; era muy superior a casi todas las otras criaturas que hizo Dios. Sólo los ángeles podían atribuirse mayor poder y capacidad. Y por haber sido creado a la imagen divina, el hombre gobernaba el mundo de Dios con corazón y mente en perfecta armonía con la voluntad del Creador.

Además, Adán era consciente de su lugar especial como corona de la creación divina. Cuando Adán observó los diversos animales, se dio cuenta de que él era único, es decir, que ninguna de las otras criaturas era como él, y que entre ellas “no se halló ayuda idónea para él” (Génesis 2:20).

Más evidencia de la importancia del hombre

Al llevarle todos los animales a Adán para que les pusiera nombre, Dios le despertó el deseo de una compañía apropiada para él. Sólo después de que Dios despertó ese deseo en Adán, creó a Eva de una costilla que le sacó a Adán. Le llevó a Eva y amorosamente se la presentó de una manera que destacaba la importancia de Eva y la importancia de la relación entre Adán y Eva. A los animales no se les dio tal consideración, sino que simplemente fueron reunidos de inmediato, sin ninguna presentación formal o informal.

También se puede ver la importancia del hombre en el hecho de que cuando cayó en pecado, toda la tierra sufrió. Toda la creación compartió el destino del hombre bajo el pecado. Pablo dice que, después de la caída, la creación “fue sujeta a vanidad” y “gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:20,22). Así como las naciones sufren bajo gobernantes insensatos e incompetentes, el mundo

comenzó a sufrir por causa del pecado y de la insensatez del hombre.

Un testimonio aun mayor de la importancia del hombre es el hecho de que el Salvador fue enviado a sufrir y morir por el hombre, pero no por los animales. El cielo se presenta como un lugar para Dios, los ángeles y el hombre. No se nos ha dicho si habrá animales en el paraíso. Aparentemente esto no es suficientemente importante para que lo sepamos.

Todo lo que Dios dice sobre el hombre, desde la creación hasta su futuro hogar en el cielo, da testimonio de la dignidad y la gloriosa importancia del hombre a los ojos de Dios, una importancia mucho mayor que la de los animales.

La unidad de la raza humana

¿Creó Dios otros seres humanos antes o al mismo tiempo que Adán y Eva? La Biblia dice claramente que antes de Adán “Dios todavía no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre para que labrara la tierra” (Génesis 2:5). Pablo llama expresamente a Adán “el primer hombre” (1 Corintios 15:45). Basados en frases como estas, concluimos que no hubo preadamitas, así como tampoco hubo coadamitas, es decir, contemporáneos de Adán. Pablo remonta toda la humanidad a Adán cuando dice: “De un solo hombre hizo todas las naciones para que habitaran toda la tierra” (Hechos 17:26 NVI). Por lo tanto, todos los humanos tienen como ancestro a Adán.

Entonces, ¿cuál es el origen de las diferentes razas? Las actuales variaciones raciales resultan del desarrollo del potencial genético que recibieron Adán y Eva en la creación. Puede ser que Dios aceleró la diversidad racial después del diluvio de la misma manera que dispersó a la humanidad en distintos grupos lingüísticos en la torre de Babel (Génesis 11:1-9). Sin embargo, la Biblia no lo dice.

Hoy, muchos antropólogos seculares suponen que la raza resulta de la combinación de tres grandes influencias: selección natural, ambiente y endogamia. La selección natural favorecería a los más capaces de sobrevivir y a los más atractivos para sus congéneres. El ambiente sería responsable de cosas como los cambios en la piel. La endogamia haría que la dotación genética se hiciera más uniforme, destacando algunos rasgos genéticos y eliminando u ocultando otros. Piensan que las razas son el resultado de pequeños cambios genéticos que tuvieron lugar en grupos aislados y en poblaciones, en la medida que la selección natural, el ambiente y la endogamia influían en la dotación genética.

A pesar de la existencia de varias razas, los antropólogos seculares han concluido que todas las personas son del mismo género y especie; las llamadas diferencias raciales son sólo superficiales. Esa conclusión concuerda con la Biblia, que indica que todas las razas y nacionalidades tuvieron su comienzo en Adán. Un desacuerdo importante entre los antropólogos y la Biblia se refiere a cuánto tiempo se requirió para desarrollar las diferencias raciales. Los antropólogos seculares suponen grandes lapsos de tiempo que la historia bíblica no permite.

La primera mujer

Cuando decimos que Adán no tuvo contemporáneos, no estamos negando la creación de Eva. Sin embargo, aun Eva no fue creada independientemente de Adán. Dios no la hizo del polvo de la tierra y le sopló aliento de vida, sino que la formó de una costilla que tomó del hombre. Ella no fue hecha simplemente del mismo material del que fue hecho Adán, fue hecha *de* Adán. Eva también recibió la imagen de Dios (Génesis 1:27), y se le dio dominio sobre las criaturas (versículo 28); era en todo la compañera de Adán. Al mismo tiempo, cuando Dios creó primero a Adán, hizo a la mujer

subordinada al hombre (1 Timoteo 2:11-13). Les dio al hombre y a la mujer responsabilidades diferentes, y por las diferencias sexuales los adaptó para esferas separadas de actividad (Efesios 5:22-33; 1 Corintios 11:3-16; 14:34,35).

Cuando Dios llevó a Eva y se la presentó a Adán, él se puso eufórico y dijo: “¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Génesis 2:23). Aunque habían desfilado todos los animales, no se había encontrado ayuda apropiada para Adán. ¡Pero esta vez sí!

Adán miró a Eva y vio bendiciones. Con Eva, Dios le dio a Adán la bendición del compañerismo, alguien con quien compartir sus pensamientos y sentimientos. Con Eva, Dios le dio a Adán las bendiciones de la felicidad sexual y de los hijos. Así como Adán era especial y único en su clase, Eva era especial y de la misma clase.

La evolución

Compare lo que hemos dicho hasta aquí sobre la importancia del hombre con lo que dice la evolución. Para el evolucionista, el hombre no es nada especial, es simplemente una forma superior de animal que evolucionó de formas inferiores de vida a través de millones de años. El hombre vino de una ameba, sus parientes más cercanos son los simios.

Según la evolución, el hombre es producto del azar, un desarrollo gradual de formas más inferiores de vida. Según la Biblia, el hombre es el resultado de un acto creativo del amoroso Dios. Dios primero deliberó consigo mismo, obró según un plan formulado, y luego formó personalmente al hombre del polvo de la tierra y le sopló en la nariz aliento de vida.

Según la evolución, el hombre comenzó como un bruto. Según la Biblia, el hombre fue una criatura superinteligente desde el comienzo, tenía una relación especial con Dios y fue puesto a cargo de la creación divina.

Las creencias de Darwin

En *El origen de las especies*, Charles Darwin (1809-1882) no anunció la intención de iniciar una cruzada contra la Biblia. Su meta era simplemente presentar evidencia de que las especies no fueron fijadas y que todas las cosas vivas evolucionaron a partir de formas originales más sencillas. Darwin aun dijo que el Creador sopló vida en unas cuantas formas.⁴

De todas maneras, Darwin sentó las bases para el asalto frontal a la religión que iban a hacer posteriormente sus seguidores. Darwin minimizó la superioridad del hombre sobre los animales, destacando cualquier similitud entre el hombre y los animales que pudiera encontrar: fuera física, social o intelectual. Para Darwin las similitudes del hombre con los animales eran mucho más grandes que las diferencias. Creía que los hombres y los animales tenían un comienzo común y un valor común.

En *El origen del hombre*, Darwin dejó en claro que no creía que la conciencia o el sentido moral vinieran de Dios. Dijo: “El primer fundamento y origen del sentido moral yace en los instintos sociales, que incluyen la compasión, y esos instintos fueron sin duda obtenidos primeramente, como en el caso de los animales inferiores, por medio de la selección natural”.⁵

Darwin negaba que el hombre tuviera una creencia instintiva en Dios y era evasivo respecto del alma.⁶ Además, dijo que al hombre se le debía excusar de estar orgulloso de haber surgido de las profundidades y tener en sí mismo el potencial de hacerse aun más grande.⁷ Ninguna de esas ideas de Darwin está en armonía con la Biblia.

Dios no es necesario

No debe sorprendernos que los seguidores de Darwin llevaran sus enseñanzas a sus inevitables conclusiones. Si la evolución fuera verdad, no habría necesidad de un Dios

todopoderoso y omnisciente; no habría necesidad de un Creador sobrenatural. Y si no hubiera Dios, no habría un ser sobrenatural ante quien debamos responder. No habría bien ni mal absolutos, porque las normas morales también serían el resultado de la evolución, cambiante y flexible. El pecado sería una idea de la que el hombre debía liberarse. El Salvador sería innecesario. El hombre no tendría otro propósito sobre la tierra que vivir para sí mismo y para su propia gloria.

A pesar del sombrío cuadro descrito, la mayoría de las personas actualmente aceptan la teoría de la evolución como el relato correcto del origen del hombre. Aunque la evolución no está probada científicamente, la mayoría de los textos de ciencia en las escuelas públicas y en las enciclopedias populares, la presentan como un hecho y no como una teoría. Las objeciones a la evolución se tildan de “religiosas” o “filosóficas”, mientras se considera científica la evolución. Los que abrazan la evolución dicen que los vacíos que existen en el actual conocimiento del desarrollo de la evolución se reducirán o se superarán con el progreso de la investigación. Los evolucionistas creen que es sólo cuestión de tiempo para que la teoría de la evolución sea aceptada por todos.

¿Es posible el compromiso?

La idea de la evolución ha encontrado seguidores incluso en algunas partes de la iglesia. Hay personas en la iglesia que intentan aceptar junto con la idea de un Dios personal y amoroso, la idea de la evolución. Los llamados evolucionistas teístas son los que creen que hay un Dios que usó la evolución para formar este mundo, en contraste con los evolucionistas ateos, que niegan la existencia de Dios.

Pero quien intente aceptar tanto el cristianismo como la evolución encuentra problemas muy serios. El evolucionista teísta acaba teniendo un dios que usa el método de tanteos, un calderero que experimenta continuamente con su obra, con la

esperanza de componerla finalmente. No es el Dios omnisciente y todopoderoso de las Escrituras que puede hacer milagros instantáneos y para quien nada es imposible (Mateo 19:26).

La evolución también pone en duda la inspiración de la Escritura. Sea que se considere el tiempo (millones de años o seis días) o la manera como se formó el hombre (por azar o por un Dios amoroso y omnisciente), es fácil ver que la evolución y a Escritura simplemente no concuerdan. Surburg, por ejemplo, enumera unos 75 pasajes bíblicos que hablan de la obra creadora de Dios.⁸ ¿Debemos descartar esos pasajes? Si la Biblia no dice la verdad en el relato de la creación, ¿cómo podemos creerle cuando nos habla de Jesús y su obra salvadora? ¿Fue Jesús realmente el Hijo de Dios y el Salvador del mundo? ¿O fue sólo otra pequeña ola que perturbó una vez el mar de la humanidad?

Los que aceptan la evolución afirman que el mundo y el hombre evolucionan hacia algo mejor. Pero la historia no ha mostrado que eso sea verdad. Las mejoras que hemos visto han sido superficiales, consisten en una cantidad de inventos útiles que han mejorado la vida externa de la gente, pero no han cambiado a las personas mismas. La crueldad del hombre para el hombre continúa. No se ha materializado un hermoso mundo nuevo de gente perfecta. El hecho es que el hombre actual no es más noble ni moral que en los siglos pasados.

La superioridad del hombre no es accidental

Todos hemos visto películas de ciencia ficción en las que unas criaturas se apoderan del control de la tierra. En general, por algún accidente de laboratorio o un trágico desastre nuclear, las personas se convierten en esclavas de horribles mutantes o de bestias crueles y diabólicas. ¡Agradecemos que esas películas sean sólo inventos de la imaginación de Hollywood!

Sin embargo, en muchos textos de antropología se dice con toda seriedad que sólo por accidente evolutivo o por puro azar, el hombre, y no alguna otra criatura, es el dominador de este planeta. ¡Si algunas fichas del rompecabezas evolutivo se hubieran unido de manera diferente, viviéramos en los zoológicos, y los animales nos cuidarían!

No obstante, la Biblia dice que Dios coronó al hombre con gloria y honor, dándole dominio sobre toda la tierra. Dios puso todas las cosas bajo los pies del hombre y capacitó al hombre para criar y cuidar animales, sembrar y cosechar, plantar bosques y construir hospitales. Las capacidades del hombre no son un accidente, sino que son un don de Dios.

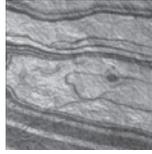
La base de nuestra importancia: el amor de Dios

Según la Biblia, la importancia del hombre es innegable. Pero la base del valor del hombre no se encuentra en su inteligencia superior ni en su habilidad para comunicar o inventar máquinas, sino en el valor que Dios nos ha asignado por gracia. Cuando los evolucionistas celebran su posición como amos del universo, expresan gratitud al azar y a las circunstancias y se dan palmaditas en la espalda. Los cristianos, por su parte, ven su lugar privilegiado en la creación como un don de gracia de un Dios amoroso y compasivo.

Además, los cristianos ven que el amor y el cuidado de Dios llegan no sólo a la raza humana como grupo, sino también a cada persona. La parábola de la oveja perdida en Lucas 15:3-7 describe a Dios como un pastor que tienen cien ovejas. Según nuestra fría y calculadora manera de pensar, el pastor podía permitirse perder una oveja. Sin embargo, por amor, él deja las 99 en el campo abierto y busca la oveja perdida. Y la busca diligentemente, no hasta que se canse o hasta que pueda enorgullecerse de su esfuerzo, sino hasta que la encuentre. ¡Tan grande es el amor de Dios que ningún

sacrificio es demasiado por un alma! Se debe concluir que aun si usted y yo fuéramos las únicas personas que vivieran, Jesús hubiera venido y hubiera dado su vida para rescatarnos.

¿Se siente a veces despreciable? ¿Parece como si no le importara a nadie? ¿No va su vida tan bien como había esperado y planeado? No se desespere. Aunque todos los demás lo abandonen, Dios nunca lo abandonará. Jesús dijo que ni siquiera un pajarillo cae a tierra sin la voluntad de nuestro Padre celestial. Nos asegura que valemos más que muchos pajarillos. Hasta nuestros cabellos están contados. Somos importantes para Dios; no hay que temer (Mateo 10:29-31).



3

La gloria del hombre es limitada

La estimación precisa del valor humano debe evitar dos extremos: uno se expuso en el capítulo anterior, en el que observamos que la evolución reduce al hombre a nada más que un animal altamente desarrollado. Según ese punto de vista, el hombre es producto del azar, sin gran significancia y sin destino eterno. Según la evolución, el hombre no tiene mayor propósito que satisfacer sus más bajos instintos y apetitos, mientras prepara el camino para que un animal más alto en la escala evolutiva tome su lugar.

El otro extremo al medir el valor del hombre es identificarlo como divino. Puede sorprender que alguien cometiera ese error. ¿Cómo podría alguien confundir el barro con el alfarero, lo finito con lo infinito, la criatura con el Creador? ¿Cómo podría alguien no reconocer el tremendo abismo que hay entre el hombre y Dios? Pero un filósofo tras otro, una religión tras otra han intentado lo impensable: le han adscrito divinidad al hombre.

¿Es el hombre Dios?

¿Que dice la Biblia sobre que el hombre sea Dios? En la Biblia se ve inmediatamente que Dios y el hombre son seres distintos y separados. En el Génesis aprendemos que Dios existe desde la eternidad, pero el hombre tuvo un comienzo. En Génesis 1:27 se dice tres veces que Dios creó al hombre, como para enfatizar que los seres humanos son criaturas de Dios, ni más ni menos. El hombre no tenía vida en sí, Dios tuvo que soplar en la nariz del hombre el aliento de vida. El hombre fue hecho del polvo y vuelve al polvo (Génesis 3:19). Dios es espíritu, sin sustancia material, sin carne y huesos (Juan 4:24).

El escritor a los hebreos se maravilla ante la bondad de Dios que coronó al hombre con gloria y honor y puso todas las cosas bajo sus pies (2:7,8). Pero también dice que Dios hizo al hombre un poco menor que los ángeles (v. 7). Si el hombre es menor que los ángeles, que son simples seres creados, ¿cómo puede ser Dios el hombre?

En la Biblia no hay ningún apoyo para pensar en un ser creado que pueda tener la esperanza de convertirse en Dios. Los ángeles no se pueden convertir en Dios. Cuando el ángel Satanás se rebeló contra Dios y estableció un reino rival, pretendiendo ser igual a Dios, aseguró su destrucción (2 Pedro 2:4; Judas 6). ¿Cómo, entonces, puede el hombre, hecho menor que los ángeles, alcanzar las alturas que los ángeles rebeldes no pudieron?

Sólo hay castigo para los rivales de Dios

Cuando Adán y Eva cayeron en la tentación de Satanás de comer del fruto prohibido para ser más sabios que Dios, el castigo fue inmediato y fatal. Cuando el faraón retó a Dios diciendo: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?” (Éxodo 5:2), Dios le respondió con diez terribles plagas (Éxodo 7-11). Cuando Nabucodonosor se hizo dios a

sus propios ojos y no reconoció al verdadero Dios, fue castigado con locura, “echado de entre los hombres, comía hierba como los bueyes” (Daniel 4:33). Cuando su descendiente Belsasar se levantó contra el Señor del cielo, el castigo le fue anunciado por una mano que escribió en la pared. Sus días fueron contados, fue pesado en la balanza y fue hallado falto. El reino le fue quitado (Daniel 5).

Dios repetidamente ha amenazado y llevado castigo sobre personas que aspiraron a ser dioses. Eso debe ser un poderoso recordatorio para que el hombre no reclame ni desee lo que no puede tener.

Dios es único

En Isaías 43 a 45, Dios se señala a sí mismo no menos de una docena de veces como el único Dios. Dice: “Yo soy Jehová y no hay otro” (45:18). Afirma que es el único Salvador e invita a todos a confiar en él (versículos 21,22). Nos reta a mostrar a alguien más que pueda hacer lo que él hace. Él estableció a los israelitas liberándolos de la esclavitud en Egipto (Éxodo 1 14), los alimentó 40 años con maná en el desierto (Éxodo 16; Deuteronomio 8:3,4), le ayudó a Josué a derrotar a los reyes amonitas cuando detuvo el sol (Josué 10:1-14), envió fuego del cielo para consumir la ofrenda de Elías después de que Baal y los falsos profetas no produjeron fuego para su ofrenda (1 Reyes 18:16-46). ¿Quién más podría intervenir en la historia con hechos tan poderosos, y a lo largo de tantas generaciones? Dios tiene atributos divinos y poderes que nadie más tiene.

La predicción del futuro

Una prueba más de la singularidad y la superioridad de Dios es que sólo él puede predecir el futuro con cien por ciento de exactitud (Isaías 44:7). En una impresionante demostración, Dios predijo el nombre de la persona que iba a

ponerle fin a la cautividad de Israel en Babilonia: Ciro (v. 28). Lo que hace posible esa predicción especialmente admirable es que fue hecha 90 años antes de que comenzara la cautividad en Babilonia y 160 años antes de que Ciro diera el permiso para que Israel regresara del exilio. Es como si alguien hubiera predicho con 160 años de anticipación que el pueblo africano, o algunos de ellos iban a ser vendidos como esclavos en un lugar llamado América, pero que un día un hombre llamado Abraham Lincoln los iba a liberar.

La capacidad para dar el nombre del liberador de Israel con 160 años de anticipación dice claramente que el Dios de la Biblia es el único Dios; sólo él podría hacer una predicción como esa. Sólo el puede hacer asombrosas predicciones que siempre se cumplen. En contraste, no hay ningún ser humano que pueda predecir el futuro con cien por ciento de exactitud. Lo que predice el hombre es sólo una suposición erudita o una conjetura al azar.

¡No hay otro!

Quizás alguien aduzca que el reto de Dios en Isaías 43-45, de hacer las mismas obras que él, realmente está dirigido a los falsos dioses de los vecinos extranjeros de Israel. En otras palabras, en estos capítulos, Dios no está negando que el hombre sea Dios, sino que esos ídolos no pueden ser Dios. Sin embargo, Dios dice claramente: “Yo soy Jehová y no hay otro” (45:18). “No hay otro” no sólo incluye los ídolos, sino también al hombre.

Cuando los babilonios proclamaron un reino divino y dijeron que éste seguiría para siempre (Isaías 47:7) y cuando imitaron a Dios diciendo: “Yo soy, y fuera de mí no hay otro” (v. 8), Dios les anunció destrucción súbita. Cuando el rey de Tiro dijo en su corazón: “Yo soy un dios, y estoy sentado en el trono de dios, en medio de los mares”, Dios dijo: “Tu eres

hombre y no dios” (Ezequiel 28:2). Dios juró que Tiro sería destruido. La lección de todo esto es clara: Cada vez que el hombre se erige como un dios, incurre en el castigo del único y verdadero Dios.

Naturalezas opuestas

Los que reclaman divinidad para el hombre ignoran pasajes claros de la Escritura que destacan el gran contraste entre la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre. Piense en la inolvidable visión que tuvo Isaías de Jehová sentado en su trono, rodeado de ángeles. Cuando vio la gloria de Dios, Isaías exclamó: “¡Ay de mi, que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de un pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5). Aunque el pecado de Isaías fue quitado, como lo simboliza el serafín (ángel) que tocó sus labios con un carbón encendido del altar, Isaías no llegó a la conclusión de que había alcanzado el nivel de deidad. Al contrario, se humilló delante de Dios y obedeció sus mandatos.

Cuando Juan tuvo la visión de la nueva Jerusalén en el Apocalipsis 21, dijo: “Oí una gran voz del cielo, que decía: ‘El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. El morará con ellos, ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios’” (v. 3). Lejos de identificarse con Dios como Dios, el pueblo en el cielo se describe como en compañerismo con Dios, pero al mismo tiempo siguen siendo seres distintos y separados. En el cielo, Dios sigue siendo el Dios de su pueblo. El versículo 7 promete que el vencedor heredará todas las cosas, “y yo seré su Dios y él será mi hijo”, una contradicción absoluta de la idea que el destino del creyente es ser Dios.

El dios más popular

Nada de esto niega que el hombre pueda erigirse como un falso dios. En el Catecismo Mayor, Martín Lutero dice que su dios es “aquello en que tengas tu corazón, digo, en aquello en que te confíes”.⁹ En otras palabras, su dios es lo que sea más importante en su vida o en lo que busque las mayores bendiciones: ayuda y consuelo. Si les pedimos a las personas que nombren los dioses falsos más populares en la actualidad, algunos sugerirían Alá, Buda o Brahma. Aun otros podrían decir que el falso dios más popular es el dinero, el placer o la popularidad. ¿Pero no lo dicen porque la gente se dedica sobre todas las cosas a su propia comodidad y placer? No hay duda de que el mayor falso dios de hoy es el yo. Detrás del amor por el dinero y otras posesiones está la idolatría del yo.

Se dice que el hombre de este siglo adora seis dioses: el yo, el dinero, la fama, el poder, el placer y el conocimiento. Al escuchar esa acusación, la reacción inmediata es defendernos: no adoramos nada de eso. Sin embargo, las estadísticas muestran que cada año la gente gasta mucho más dinero en cosméticos o en sus mascotas que lo que le dan a las iglesias para la obra del Señor. Cuando la persona elige la recreación los domingos en la mañana, en lugar de la iglesia, ¿qué es eso sino la adoración del yo? Cuando la persona murmura de otros para hacerse parecer buena, ¿qué es eso sino una forma de adoración del yo?

Jugar a ser Dios

Hemos visto que la divinidad no es alcanzable para el hombre. Pero a la gente le gusta actuar como si fuera dios. Un ejemplo es maldecir. Sabemos que sólo Dios tiene el derecho o el poder da maldecir a alguien. Dios decide quién va al cielo y quién al infierno. Sin embargo, con cuánta frecuencia insignificantes seres humanos pronuncian maldiciones contra el martillo, el perro o el vecino. ¡Están jugando a ser Dios!

Están diciendo: “Apártate, Dios, voy a maldecir a unos cuantos”. O lo que es peor, si fuera posible, le ordenan a Dios que haga lo que le piden. Chasquean los dedos y dicen: “Vamos, Dios, ven y haz tu acto. Maldice a mi martillo, mi perro, mi vecino. Debes hacer lo que te digo, Dios.” No es sorprendente que Dios haya prohibido maldecir.

En años recientes el hombre ha tenido mucho éxito en tecnología y medicina. Ya no hay problema que parezca insuperable para la raza humana. Ya no hay ningún invento que parezca superar la capacidad humana. Suponiendo que el hombre tenga tiempo suficiente y haga el suficiente esfuerzo, confía en que puede resolver cualquier dilema. La tendencia de la sociedad es a la completa confianza en sí misma. El hombre no sólo siente que no necesita a Dios, sino que se atreve a tomar el lugar de Dios y decidir quién vivirá y quién morirá. La lucha por el aborto y la eutanasia no son más que intentos velados de jugar a ser Dios.

Dios no se burla de nosotros

Muchos padres se entristecen cuando envían a sus hijos a una costosa universidad sólo para encontrar que han aprendido a despreciarlos a ellos, a sus valores y a su fe. Sumergidos en la cultura y el conocimiento seculares, los adultos jóvenes tienden a exagerar su inteligencia e importancia en el mundo, y muchas veces subestiman el valor de los padres. El joven se burla de los que están envejeciendo porque ya no tienen buena memoria o porque cuentan muchas veces la misma historia, o porque sus vestidos son anticuados, o porque andan cojeando con un bastón.

También, cada uno de nosotros, viejos o jóvenes, podríamos ser ridiculizados por Dios. ¡Sabemos muy poco comparado con lo que Dios sabe! Recordamos muy poco. Podemos hacer muy poco. Nos movemos muy lentamente en este planeta. Nuestros esfuerzos son muy débiles para vencer

el pecado. Debemos ser muy ridículos a los ojos de Dios. Sin embargo, Dios no se burla de nosotros, sino que nos ama y nos trata con respeto. No obstante, cuando pretendemos sacarlo de su trono y tomar su lugar, él nos disciplina diciendo: “¡Yo, Jehová; este es mi nombre! A ningún otro daré mi gloria, ni a los ídolos mi alabanza” (Isaías 42:8).

El Movimiento de la Nueva Era

En enero de 1987, la actriz Shirley MacLaine, en el programa de Johnny Carson, gritó: “¡Yo soy Dios! ¡Yo soy Dios! ¡Yo soy Dios!” Luego les dijo a los televidentes que ellos eran Dios. Junto con Dios, ellos habían creado el mundo; en ellos residía toda la sabiduría y las respuestas a todas las preguntas. ¡Si cada persona estuviera más consciente de su divinidad, se acabarían los problemas del mundo!

¿De dónde sacó MacLaine esas ideas? Del Movimiento de la Nueva Era que ella estaba ayudando a popularizar. También llamado movimiento del potencial humano y la era de Acuario, el Movimiento de la Nueva Era comenzó en los Estados Unidos en la década de 1970. Durante esos años, miles de jóvenes, agotados de las drogas y la política militante de los años 60, trató de encontrar respuestas en sectas y religiones orientales y comenzaron a adoptar muchas ideas hindúes como, por ejemplo, la idea de que el hombre es parte de Dios.

Creencias de la Nueva Era

Aunque los discípulos de la Nueva Era no están de acuerdo en todo, todos sí aceptan algunas creencias. Por ejemplo, todos aceptan el monismo, es decir, la idea de que todo es uno. En otras palabras, todo lo que existe consiste de una y la misma esencia o realidad. Creen que esta realidad máxima no es la materia inerte, sino fuerza, energía, ser, percepción,

conciencia y felicidad. Como quiera que se llame el dios de la Nueva Era, es un dios impersonal, que no puede oír cuando se le habla.

A las dos creencias básicas, que todo es uno y que Dios es impersonal, le siguen naturalmente otras dos: todo lo que existe es Dios (panteísmo), y por consecuencia, el hombre, como parte de ese todo, es Dios. Esas son las creencias principales de los discípulos de la Nueva Era y las doctrinas principales del hinduismo. Ninguna de esas enseñanzas es bíblica.

El hombre no es responsable delante de Dios

Como resultado de la creencia en la divinidad del hombre, los de la Nueva Era no ven que el propósito del hombre en la vida sea glorificar a Dios, sino que el hombre debe ser consciente de que es Dios. El propósito del hombre es alcanzar su potencial divino; debe aprender a confiar en sí mismo y no en un Dios externo. Según la enseñanza de la Nueva Era, la única autoridad que el hombre tienen que seguir es la luz interior de su “alto yo”, el hombre es responsable sólo ante sí mismo.

Casi todos los de la Nueva Era aceptan las creencias hindúes de la reencarnación y el karma. La ley del karma dice que todo pensamiento, palabra y acto trae consecuencias específicas y proporcionadas. Como la mayoría de las personas no pueden pagar en una vida todas las malas consecuencias que han acumulado por sus malos actos, deben volver por reencarnación hasta que el mal karma se equilibre con el buen karma. En las sucesivas encarnaciones, tarde o temprano todos alcanzan el nivel superior. Desde ahí el hombre puede escapar al ciclo de reencarnaciones y fundirse finalmente con Dios.

La iluminación de la Nueva Era

Una meta importante del Movimiento de la Nueva Era es iluminar al hombre la verdad de que él es Dios. Para iluminarse y centrarse en su fuerza y divinidad interior, los de la Nueva Era usan métodos como la auto hipnosis, el yoga y la meditación trascendental. A veces los ingenuos se exponen a esas actividades como introducción a las enseñanzas de la Nueva Era. Por ejemplo, la práctica de la meditación trascendental fue introducida en el sistema de instrucción pública de New Jersey en 1975, financiada por el gobierno federal. Eso duró poco tiempo. En otro ejemplo, representantes de algunas de las más grandes empresas de los Estados Unidos, como IBM, AT&T y General Motors, se reunieron en Nuevo México en el verano de 1985 para discutir cómo el misticismo hindú puede ayudar a los ejecutivos a mejorar el desempeño en el trabajo.

Una de las prácticas más preocupantes de muchos en el movimiento de la Nueva Era es la canalización. Los canalizadores son médiums, es decir, personas que afirman que se pueden comunicar con los que vivieron en el pasado o incluso con seres del espacio exterior. Quizás uno de los más famosos canalizadores es J. Z. Knight, una mujer que supuestamente se comunica con Ramtha, un feroz guerrero que vivió hace unos 35.000 años. Según Knight, Ramtha evolucionó por reencarnación hasta un hombre sabio y bueno que desea compartir la verdad que ha aprendido sobre el universo, a \$2000 la hora. Si Knight hubiera practicado la canalización en el Israel del Antiguo Testamento, no se hubiera enriquecido, sino que hubiera sido lapidada, por mandato de Dios (Levítico 20:27).

Diferencias básicas entre la Biblia y el Movimiento de la Nueva Era

La Biblia	Movimiento de la Nueva Era
Dios es el supremo ser personal, separado, y distinto de su creación (Génesis 1:27; Job 38:4).	Dios es una fuerza o conciencia impersonal, es la suma de todo lo que existe.
El hombre es la criatura especial de Dios, hecho a la imagen de Dios y responsable ante la santa ley de Dios (Génesis 1:27; 2:16,17).	El hombre es dios, responsable sólo ante sí mismo.
Jesucristo es el único Dios-hombre (2 Corintios 4:5; Juan 3:16).	Jesucristo es Dios, pero no más Dios que cualquiera otro.
El mayor problema del hombre es el pecado, que lo separa de Dios y le trae la ira de Dios (Isaías 59:2; Romanos 1:18).	El mayor problema del hombre es la ignorancia de su divinidad.
El pecado es expiado por el sufrimiento y la muerte vicaria de Jesucristo (Isaías 53:5,6; 2 Corintios 5:21).	El pecado (karma malo) se compensa en vidas futuras, el hombre se salva a él mismo
El hombre muere una vez y va al juicio (Hebreos 9:27).	El hombre pasa por una serie de reencarnaciones antes de fundirse con Dios.
La verdad sobre Dios y nuestra salvación se debe buscar sólo en la Biblia (Isaías 8:20; Apocalipsis 22:18,19).	La verdad se encuentra en la conciencia interior del hombre por medio de la meditación, la lectura de otros “libros sagrados” además de la Biblia, o por canalización realizada por médiums.

Los mormones

Además del Movimiento de la Nueva Era, existe otro grupo religioso organizado que nació en los Estados Unidos y que también enseña la deidad del hombre. Es el grupo de los mormones, es decir, la iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días. Por lo general, los mormones apoyan los valores familiares, son buenos ciudadanos, moralmente honestos, y evitan todo lo que pueda ser perjudicial para la salud, como el tabaco, el alcohol y la cafeína. Sin embargo, a pesar de que los mormones tienen mucho que elogiarles, sus enseñanzas dejan mucho que desear. He aquí, en resumen, lo que enseñan sobre Dios y el hombre:

Al comienzo, el principal de los dioses llamó a un concilio de los dioses. Se reunieron y urdieron un plan para crear el mundo y las personas.¹⁰

Dios fue una vez como nosotros, y es un hombre exaltado.¹¹

Como es el hombre, una vez fue Dios; como es Dios, será el hombre.¹²

Estamos con Dios en la misma relación que un tierno infante con su padre terrenal. Aunque comparativamente débil e indefenso, el niño tiene las semillas del carácter y la capacidad embrionaria de alcanzar todas las potencias y virtudes de la madurez. Esas capacidades se extenderán y crecerán a medida que pase por las experiencias de la vida... Como hijos de Dios, tenemos las semillas de la divinidad.¹³

En estas declaraciones vemos que los mormones niegan la doctrina de la Trinidad. Ellos tienen muchos dioses en vez de un solo dios. Enseñan que el hombre puede llegar a ser dios. Para alcanzar la deidad se debe obedecer fielmente las leyes de la iglesia mormona. Los dioses son una familia a la que el mormón puede unirse por medio de un determinado esfuerzo.

La mentira de Satanás

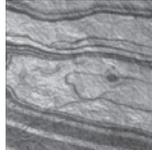
Es bueno que recordemos quién fue el primero que enseñó que el hombre puede llegar a ser Dios. Fue Satanás, cuando tentó a Adán y a Eva. Satanás les mintió cuando les dijo: “Seréis como Dios” (Génesis 3:5). Adán y Eva creyeron la mentira y entraron en el reino del pecado y la muerte. La mentira de Satanás fue entonces dañina y mortal, y sigue siéndolo hoy.

Los que tienen la verdad sobre la identidad y el valor del hombre son quienes aceptan lo que dice la Biblia sobre esos temas. Debemos resistir el estímulo del orgullo a pensar más de nosotros de lo que debemos. Aunque el hombre es glorioso, su gloria es limitada.

El debido equilibrio

Es bueno repetir que la estimación exacta del valor humano debe evitar dos extremos: la falta de valor y el orgullo. Como muchas veces fluctuamos entre esos sentimientos, alguien sugirió que deberíamos llevar dos piedras en los bolsillos. En una, debe estar escrito: “Soy sólo polvo y cenizas”; en la otra, debe estar escrito: “El mundo fue creado para mí”. Cuando estemos llenos de orgullo, pensando que somos Dios o que no necesitamos a Dios, debemos mirar la piedra que dice: “Soy sólo polvo y cenizas”. Cuando estamos atribulados por sentimientos de no tener ningún valor, debemos mirar la piedra que dice: “El mundo fue creado para mí”. En cada caso debemos ser devueltos a la realidad.

Los humanos no somos Dios, ni estamos cerca de serlo. Nunca seremos Dios; nuestra gloria es limitada. Sin embargo, somos la corona de la creación de Dios, tiernamente amados por él y objetos de su gracia y de su misericordia. Cuanto más entendamos cuan grande bendición es esa, más contentos estaremos con lo que somos.



4

Una mirada más cercana a lo que hace glorioso al hombre

A los padres que aman a los hijos les gusta decirles que son especiales. Puede ser el color de los ojos, o su personalidad; puede ser la posición del niño en la familia, el mayor o el menor; puede ser la capacidad especial que tiene el niño para la lectura o la matemática. Los padres amorosos están seguros de lo que hace a sus hijos únicos o excepcionales.

Dios nos dio un cuerpo glorioso

Nuestro Padre Celestial no perdió ninguna oportunidad para mostrarnos que somos especiales para él. La mayor demostración del amor de Dios fue enviar a su Hijo para morir por los pecados del mundo; pero Dios también demostró su amor al darnos cuerpos que son únicos y especiales entre sus criaturas.

Las manos humanas son tan expertas y ágiles que un pianista puede tocar cientos de notas en un minuto. El cuerpo humano está compuesto de más de seiscientos músculos que se entrecruzan o encajan entre sí, y hacen posible que el gimnasta haga proezas asombrosas. La mente humana es tan versátil que aún no se ha desarrollado ningún programa de computador que pueda realizar todas las funciones de la mente humana. Las habilidades comunicativas les permiten a los humanos compartir ideas y aprender la experiencia de otros.

El ojo y el corazón

Piense en el ojo humano. Cuando las células visuales llamadas bastones y conos, reciben luz, ocurre una reacción química que envía mensajes al cerebro a través de nervios. Eso crea la sensación de luz en la mente y produce las imágenes tridimensionales que vemos del mundo que nos rodea. El ojo tiene la maravillosa capacidad de ajustar automáticamente el foco de acuerdo con la distancia del objeto que ve; se adapta a la presencia de luces brillantes o a la oscuridad.

O piense en el corazón humano. En el transcurso de un año, el corazón late unos 40 millones de veces sin que se le diga que lo haga. Sabe cuándo bombear más rápido y cuándo más despacio. Por el corazón pasan unos 1.500 litros de sangre cada día, lo que equivale a más de 400.000 toneladas métricas en el curso de la vida. El cuerpo humano promedio tiene 120.000 kilómetros de vasos sanguíneos. El corazón mueve ese río de sangre cada día y cada noche sin parar. Aunque el corazón es una bomba muy efectiva, pesa sólo unos 340 gramos. No sorprende que el salmista le diga a Dios: “Te alabaré, porque formidables y maravillosas son tus obras” (Salmo 139:14).

La preciosa alma humana

El don de un cuerpo especialmente preparado no agotó la generosidad de Dios para con el hombre, sino que también le dio una preciosa alma. La Biblia habla del alma como una posesión tan invaluable que su pérdida sería una tragedia incalculable. Jesús dijo: “¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36,37).

Pero, ¿qué es el alma? Quizás la mejor manera de comenzar a responder es decir que el alma hace que el hombre sea diferente de todo lo que Dios creó. El hombre tiene altura, talla y peso; pero también los tiene una piedra. El hombre se nutre y crece; pero también lo hace un árbol. El hombre siente y se mueve; pero también un perro. Sin embargo, el hombre tiene algo que ninguna otra criatura tiene: alma, que le permite tener pensamientos espirituales y hacer actos espirituales. El alma es la parte espiritual del hombre.

El alma humana es racional, es decir, que puede pensar y razonar. El hombre puede entrar en una íntima relación con Dios porque tiene un alma racional, con voluntad y emociones, en contraste con los instintos animales que no pueden tener esa relación. De hecho, como vimos en el capítulo 1, por eso creó Dios así al hombre, para que pudiera tener compañerismo con Dios y ser su compañía por la eternidad.

La Biblia le atribuye inteligencia al alma. Por ejemplo el Salmo 77:6 dice: “Mi espíritu [sinónimo del alma] inquiría”. Inquirir es una señal de inteligencia. Por lo tanto, el alma (espíritu) es inteligente. La Biblia también le atribuye emociones al alma (Salmo 42:5) y la capacidad de amar a Dios y al prójimo (Lucas 10:27). Señala al alma como la portadora de la personalidad humana y de la conciencia de sí mismo. Por ejemplo, cuando el salmista dice: “Mi alma rehusaba el consuelo” (Salmo 77:2), quiere decir, “Me negué

a ser consolado”. Por tanto, el alma es “el yo”, la personalidad humana y la conciencia de sí mismo. Sobre todo, la Biblia le atribuye al alma la capacidad y el deseo de alabar a Dios y darle gracias. Por ejemplo, David dice cómo responderá su alma cuando Dios lo libere de sus enemigos: “Mi alma se alegrará en Jehová, se regocijará en su salvación” (Salmo 35:9).

El alma da vida

Nadie ha visto la electricidad, pero sabemos que existe por lo que hace. Nadie ha visto un alma, pero sabemos que el alma existe por sus actividades. El hecho de que le da vida al cuerpo da testimonio de su existencia. Más importante es el testimonio de la Escritura. Por la Biblia sabemos que el alma es tan real como nuestras manos y pies, aunque no se puede ver, y no ocupa espacio en el cuerpo.

Como el alma da vida al cuerpo, se puede comparar con una batería que le da vida y movimiento a un juguete. Cuando se saca la batería, cesa el movimiento del juguete. Cuando el alma sale del cuerpo, éste pierde su poder y su vida. No obstante, la relación cuerpo-alma no es unilateral. Así como el cuerpo necesita el alma para vivir, el alma necesita al cuerpo para llevar a cabo su voluntad. La relación alma-cuerpo es de mutua dependencia.

La inmortalidad del alma

El cuerpo puede morir, pero no el alma. El alma vive por siempre; nadie la puede sofocar, cortar, ahogar ni destruir con balas. El alma es inmortal, es decir, que nos da vida que nunca pasará. Cuando muere el cuerpo, el alma sale de él y vuelve a Dios para ser juzgada (Eclesiastés 12:7; Hebreos 9:27).

El hecho de que el cuerpo perece y el alma sigue viviendo debe ser un poderoso recordatorio que nos haga cuidar nuestra alma. Muchos usan la mayor parte de su energía cuidando el

cuerpo, desde vitaminas que toman en la mañana hasta los colchones ortopédicos en los que duermen. Pero cuando termine esta vida, sólo importa una cosa: el cuidado que se le haya dado al alma. Sólo las almas que reciben el alimento apropiado de la Palabra de Dios estarán seguras. Sólo las almas que confían en Cristo recibirán la maravillosa invitación: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34).

El origen del alma

¿Exactamente cómo recibimos el alma? ¿Directamente de Dios? ¿De los padres? ¿De alguna otra manera? A través de los años, los teólogos han propuesto las siguientes cuatro teorías respecto del origen del alma:

1. *Emanacionismo*: Dice que el alma es una emanación de Dios, en lugar de una creación de Dios. En otras palabras, el alma es parte de la esencia, o el ser de Dios, que él ha enviado, y no una entidad viviente creada fuera Dios. Habiendo ya tratado la idea de que el hombre es Dios (Capítulo 3), no discutiremos largamente aquí esa teoría. Los que insisten en afirmar que el alma es parte de Dios deberían considerar lo que dice Pablo en 2 Corintios 7:1, donde nos exhorta: “Limpiémonos de toda contaminación de carne y espíritu”. Si el alma (aquí llamada espíritu) fuera parte de Dios, este pasaje sugeriría una imposibilidad obvia, a saber, que el mismo santo Dios podría ser contaminado. Recuerde que la Biblia declara también que Dios destruirá las almas de los incrédulos en el infierno (Mateo 10:28). Si el alma fuera parte de Dios, se nos pediría aceptar el absurdo de que Dios destruirá parte de su propia esencia en el infierno.
2. *Pre existencialismo*: Supone que las almas fueron creadas en el comienzo. Cuando ocurre la concepción humana, una de las almas disponibles es enviada al nuevo cuerpo. Esta teoría no ha sido enseñada por luteranos. No hay apoyo para ella en la Escritura.

3. *Creacionismo*: Da por sentado que Dios crea un alma directamente para cada cuerpo nuevo. Al crear el alma, Dios no usa para nada los padres humanos. Los que defienden esta teoría hallan apoyo en pasajes bíblicos que dicen que Dios le da el alma al hombre (Eclesiastés 12:7; Zacarías 12:1) y Dios es “el Padre de los espíritus” (Hebreos 12:9).
4. *Traducianismo*: Sostiene que Dios crea el alma de la misma manera que crea el cuerpo, usando padres humanos. La nueva alma se genera, o se propaga, con el cuerpo en la concepción. Los que defienden esta teoría hallan apoyo en el pasaje bíblico que afirma que el descendiente vive en el cuerpo del padre antes de la concepción (Hebreos 7:10).

Los teólogos luteranos generalmente han considerado este tópico como cuestión abierta (una pregunta que la Biblia no responde definitivamente de un modo u otro) y han permitido la posibilidad del creacionismo o el traducianismo. Sin embargo, muchos teólogos luteranos han expresado preferencia por el traducianismo. En su opinión, esta teoría explica mejor el pecado original. En su opinión, el creacionismo hace responsable a Dios por crear algo pecaminoso, ya que el alma es pecaminosa desde su comienzo. El traducianismo, por otra parte, considera el pecado original como algo transmitido al alma por los padres humanos. Eso está de acuerdo con la Biblia, que dice que el pecado y la muerte pasaron a todos por medio de Adán (Génesis 5:1-3; Romanos 5:12).

¿Dicotomía o tricotomía?

Otro punto de controversia que ha ocupado a los teólogos durante siglos es si el hombre consiste de dos partes principales: cuerpo y alma (*dicotomía*) o de tres partes: cuerpo, alma y espíritu (*tricotomía*). Según la tricotomía, el alma es un principio inferior de vida que el hombre tiene en común con los animales. El espíritu es un principio más

elevado, o espiritual, que distingue al hombre de los animales.

Los pasajes bíblicos que se usan para apoyar la tricotomía no son concluyentes. Por ejemplo, es cierto que María se refiere al “alma” y al “espíritu” en Lucas 1:46,47: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”. Pero de eso no se sigue lógicamente que, como la Biblia usa ambos términos, debemos concluir que alma y espíritu son diferentes. Cuando entendemos el paralelismo de la poesía hebrea que usa María en este versículo, reconocemos que dice dos veces lo mismo. En la poesía hebrea es costumbre repetir el mismo pensamiento con palabras ligeramente diferentes. Por tanto, las palabras de María son realmente una evidencia de que *alma* y *espíritu* son sinónimos.

En la Biblia, a quienes han muerto, se les llama espíritus (1 Pedro 3:19) o almas (Apocalipsis 6:9), lo que da más evidencia de que la Biblia usa los términos espíritu y alma indistintamente, indicando así que son idénticas. Mateo 10:28 también apoya la dicotomía: “No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar. Temed más bien al que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno.” Este versículo describe al hombre en su totalidad; todo su ser es separado de las eternas bendiciones de vida. ¿Y qué constituye todo el ser del hombre? Sólo dos partes: cuerpo y alma. La descripción que hace Salomón de la muerte también muestra al hombre constituido de dos partes: “Antes que el polvo vuelva a la tierra como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7).

La imagen de Dios

Dios le dio al hombre un cuerpo glorioso y una mente gloriosa con capacidades que no posee ninguna de las otras criaturas. Le dio al hombre un alma preciosa, que lo hace capaz de tener pensamientos espirituales y vivir eternamente.

Sólo el hombre tiene alma. Un tercer don que no comparte con las otras criaturas es que Dios hizo al hombre a su imagen. Fue el mayor de los dones, el cual puso al hombre aun más por encima de las otras criaturas.

Cuando Dios dispuso la creación del hombre en Génesis 1, no dijo: “Démosle un cuerpo glorioso”, ni “démosle al hombre un alma preciosa”, sino dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias, y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra” (v. 26). Antes de crear al hombre, Dios eligió un don que lo haría especialmente glorioso, comparado con las otras criaturas: lo haría a su imagen.

La imagen de Dios: justicia y santidad

Como Dios es espíritu (no tiene cuerpo), la imagen de Dios no puede ser algo físico, sino algo que tenga que ver con el intelecto, la voluntad y las emociones del alma humana. Además, en la creación la bendición de la imagen divina no consistía sólo en que el hombre era un ser racional superior que podía pensar y planear mejor que los animales, sino especialmente en que el intelecto y la voluntad humanas estaban correctamente dispuestos hacia Dios. Por tanto, la imagen de Dios ha sido llamada estado de integridad o estado de inocencia.

El apóstol Pablo nos ayuda a entender lo que es la imagen de Dios cuando la compara con el pecaminoso estado natural del hombre al nacer en el mundo. Pablo les dijo a los efesios: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (4:22-24). Pablo llama a la imagen de Dios, que fue restaurada en los efesios, nuevo hombre. Note que, según

Pablo, la imagen de Dios tiene que ver con la actitud, la manera de pensar y de sentir (que determina también la manera de actuar). Las dos palabras que caracterizan la actitud del nuevo hombre son justicia y santidad.

La imagen de Dios: conocimiento

En la epístola a los colosenses, Pablo explica más el don de la imagen de Dios: “Este [el nuevo hombre], conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (3:10). Aquí vemos que la imagen de Dios también consiste de conocimiento, no que en la creación el conocimiento de Adán fuera copia exacta del conocimiento de Dios, ni que Adán supiera todo lo que Dios sabía. El conocimiento del hombre es limitado; Dios es omnisciente. El hombre es la criatura; Dios es el Creador.

Para Adán y Eva, el don de la imagen de Dios significaba que su conocimiento y su pensamiento iban paralelos a los de Dios respecto de la justicia y la santidad. Ellos conocían la voluntad de Dios y tenían gozo y satisfacción al seguir esa voluntad. También conocían a Dios de manera justa y santa; sabían por intuición que él es bondadoso y amoroso. Además, confiaban en la bondad de Dios y gozaban de su presencia. Sólo cuando Adán y Eva pecaron y perdieron la imagen de Dios, se escondieron en el huerto por temor a él. Mientras tuvieron la imagen de Dios, tenían una relación única con él, que no tenía ninguna de las otras criaturas. Eran los compañeros de Dios.

La imagen de Dios: triunfo y felicidad

¿Se ha preguntado cómo sería triunfar en todo lo que intente, tener la sabiduría para hacer sólo decisiones correctas, y tener la energía y la fortaleza para llevar a cabo esas decisiones? Esas aspiraciones son para nosotros completamente utópicas, pero no lo eran para Adán y Eva.

Ellos eran humanos perfectos que tenían la capacidad de alcanzar metas a las que nosotros sólo podemos aspirar.

Creados a la imagen de Dios, Adán y Eva tenían la sabiduría y el deseo de usar todo en este mundo de manera agradable a él, de aprovechar cada ley natural para la gloria de Dios; eran santos y sin pecado. ¡Cuán bellas y felices personas deben haber sido como perfectos representantes de Dios y sus amorosos compañeros! Eran triunfantes no sólo a sus propios ojos, sino también a los ojos de Dios.

Dones con un propósito

Habiendo mirado más de cerca los diversos dones divinos que hicieron glorioso al hombre, no olvidemos que Dios dio esos dones con un propósito: que el hombre lo glorificara y centrara su vida en él. El maravilloso cuerpo humano daba testimonio de la bondad de Dios y le daba al hombre una poderosa razón para buscarlo y darle gracias por ese don. El alma del hombre lo capacitaba para tener pensamientos espirituales, para conocer a Dios y vivir para siempre. La imagen de Dios hizo al hombre justo y santo, le hizo posible acercarse a su Creador y ser compañía íntima para él. Cada uno de los dones de Dios al hombre favorecían el divino propósito de tener una relación amorosa y personal con el hombre.

Un comienzo glorioso

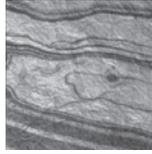
Esto nos lleva al final de la primera parte de nuestra historia de la amada criatura de Dios, el hombre. Hemos recordado el glorioso comienzo del hombre, hemos visto cuan maravillosamente fue hecho el hombre: con cuerpo y mente especiales, con una preciosa alma y a la imagen de Dios. También hemos repasado el propósito especial con que fue hecho el hombre: tener compañerismo amoroso e íntimo con Dios.

Debió haber gran gozo entre los ángeles de Dios cuando vieron la corona de la creación divina. Debieron sentir gran admiración por Dios, que creó un ser tan bello y perfecto. Debió haber gran expectativa. Dios debió estar muy contento al ver los frutos de su obra y de esperar un amoroso compañerismo con el hombre, su gloriosa criatura.

¿Estaba el hombre a la altura de esas expectativas? ¿Permanecería como la gloriosa criatura que Dios quería que fuera? Tristemente, al continuar nuestra historia, encontramos la gran tragedia que esperaba al hombre, tragedia que él iba a atraer sobre sí.

Parte II

Cenizas



5

El hombre juega con el fuego del pecado

Hay una tragedia muy común en nuestra sociedad: un niño halla una caja de fósforos o un encendedor, y juega con eso. Se fascina con el fuego y desconoce por completo el peligro de su nuevo “juguete”. Nunca antes ha jugado con algo así, pero la curiosidad infantil y la emoción rápidamente se convierten en temor y pánico porque el “amigo” recién encontrado pronto se vuelve contra él. En un instante, el fuego invade el lugar en el que está jugando y se difunde por toda la casa. En cuestión de minutos, la casa no es más que cenizas, y todas las personas que había dentro están muertas.

En la peor tragedia que le ha ocurrido a la raza humana, Adán y Eva encendieron el fósforo que encendió al mundo en las llamas del pecado y mató a todos sus ocupantes. Pero, a diferencia del niño que juega con fósforos sin saber, Adán y Eva no eran ignorantes, Dios les advirtió claramente: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del

conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:16,17).

No hay excusa

Adán y Eva no tenían excusa para pecar. Si Dios los hubiera puesto en un páramo estéril o en un desierto sin nada para comer o beber, o si les hubiera dado cuerpos que dolieran o no funcionara bien, o si hubieran estado en constante peligro físico, alguien podría sugerir que tenían razón para dudar de la bondad de Dios o para cuestionar sus motivos cuando les dio ese mandato. Pero todo era absolutamente perfecto; Adán y Eva estaban en un huerto hermoso donde no les faltaba nada. Nada de lo que sabían ni lo que habían experimentado les indicaba que Dios fuera cruel o mereciera desobediencia.

Cuando Satanás le apareció a Eva en forma de serpiente, dijo: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto?’” (Génesis 3:1). La intención de Satanás era sembrar dudas respecto de la bondad de Dios y de la veracidad de su Palabra. ¿Cómo podía ser Dios tan mezquino? ¿Cómo podía ser tan cruel? ¿Ciertamente no les negaría a Adán y a Eva el placer de comer del fruto de un árbol del huerto!

En vez de rechazar de inmediato la sugerencia de la crueldad en Dios, Eva consideró con cuidado la pregunta de Satanás en su mente, y continuó la conversación con él. Así le dio la oportunidad de sembrar en su mente semillas de duda respecto de la veracidad y la bondad de Dios. Satanás no dio pruebas de que su palabra debía ser más creíble que la de Dios, ni Eva exigió ninguna prueba. Ella no tenía excusa para creerle a Satanás y no a Dios.

Juzgar a Dios

Hoy también las personas se erigen rápidamente como jueces de la Palabra de Dios. ¿En realidad dijo Dios lo que dijo? Y si es así, ¿es la palabra de Dios la última palabra en

esta materia? Muchos piensan que no pueden aceptar sencillamente todo lo que dice la Biblia sin someterlo a la razón humana, a la experiencia humana y a la investigación científica. Muchos piensan que son completamente capaces de evaluar críticamente los motivos de Dios, su carácter y capacidades. Muchos opinan sobre Dios, aceptan la evolución y niegan los milagros y la deidad de Cristo. Aceptan casi sin cuestionar todo lo que dice la ciencia, pero dudan, critican, corrigen y hasta se ríen de lo que Dios dice.

¿Culpa de Dios?

Algunos creen que la caída de Adán y Eva en pecado fue culpa de Dios, que Dios debió haber sabido lo que iba a pasar y que debió haber evitado la caída. No les debió haber dado el libre albedrío de elegir entre la obediencia y el pecado, o no les debió haber prohibido que comieran del árbol.

Ciertamente, el Dios que bendijo a Adán y a Eva tan bondadosamente y después sacrificó a su único Hijo por la humanidad, no necesita defensa. Sin embargo, en gracia de discusión, ¿por qué concluiríamos que Dios fue cruel al darles el libre albedrío a Adán y a Eva? ¿Hubieran sido más felices si hubieran sido marionetas o contruidos como robots o juguetes mecánicos? Dios, en su amor y sabiduría, determinó que los humanos serían más felices si su obediencia era voluntaria y no forzada.

Debemos recordar que aun con libre albedrío, ciertamente le era posible al hombre no pecar. Como vimos en el capítulo 4, Adán y Eva fueron creados a la imagen de Dios, tenían conocimiento intuitivo de cómo es Dios, que es benigno, amoroso y digno de confianza. Su voluntad estaba en perfecta armonía con la voluntad de Dios; no estaban predispuestos al pecado. La instigación al pecado vino de fuera de ellos. No podía venir de adentro de ellos mientras estuvieran en el estado de inocencia.

Una oportunidad para dar gracias

¿Pero no fue un error de Dios decirles a Adán y a Eva que no comieran del árbol prohibido? ¿Ese mandato no hizo a Dios responsable, en parte, de la caída en pecado? A veces se le ha hecho esa acusación a Dios.

El mandato de Dios se debe considerar como un acto de bondad. Suponga que una persona es muy generosa con otra, le da regalos en toda ocasión. Y suponga que cuando la persona que es colmada de regalos intenta dar un pequeño regalo en agradecimiento, es rechazada. O suponga que no hay manera de dar gracias, que sólo existe la posibilidad de aceptar regalos y jamás hay manera de mostrar gratitud por ellos. ¿No sería una situación incómoda?

Es muy satisfactorio para quien está muy agradecido tener al menos una pequeña manera de expresar su gratitud. Esa oportunidad de dar gracias fue lo que les dio Dios a Adán y a Eva cuando les dijo que había algo que podían hacer por él: absténganse de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal que esta en medio del huerto.

No obstante, se trataba de más que una oportunidad para dar gracias. El mandato de Dios a Adán y Eva era otra oportunidad de cumplir el propósito para el que fueron creados. Lutero señaló que el árbol del conocimiento del bien y del mal era “la iglesia, el altar y el púlpito” de Adán y Eva.¹⁴ Ahí habían de cumplir el propósito de adorar a Dios, rindiéndole libremente la obediencia que le debían y dándole gracias. El mandato de no comer del árbol prohibido era una oportunidad de dar gloria a Dios eligiendo conscientemente el bien sobre el mal. Si escogían el bien, vivirían eternamente; si escogían el mal, morirían.

La caída

Después de la tentación inicial, cuando Satanás se dio cuenta de que Eva comenzaba a dudar de la justicia de Dios al

mandarle no comer del árbol, decidió que podía contradecir directamente lo que Dios había dicho. A continuación el sencillo y trágico relato de lo que ocurrió:

Entonces la serpiente dijo a la mujer: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal.” Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Cosieron, pues, hojas de higuera y se hicieron delantales. Luego oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba por el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Pero Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó: “¿Dónde estás?” Él respondió: “Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí”. Entonces Dios le preguntó: “¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?” El hombre le respondió: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: “¿Qué es lo que has hecho?” Ella respondió: “La serpiente me engañó, y comí”. (Génesis 3:4-13)

La tentación que presentó Satanás no fue sólo un ataque a la veracidad de Dios, sino también puso en duda su amor. Satanás puso la prohibición de Dios bajo una luz perversa, hizo ver al gran benefactor de Adán y Eva como egoísta y envidioso. Afirmó que Dios trataba de quitarles algo bueno y deseable. John Jeske parafrasea así la mentira de Satanás: “Dios te ha prohibido comer el fruto sólo porque sabe que comiéndolo conocerás el secreto de la sabiduría, y ésta [sic] sabiduría te hará capaz de vivir sin Dios. Él no quiere que descubras el tremendo potencial que tienes en tu razón humana. Quiere que permanezcas en la ignorancia.”¹⁵

Cuando Eva oyó eso, se fascinó tanto con el fruto del árbol prohibido como un niño se fascina con los fósforos o con un encendedor. Así como el fuego puede ser tan atractivo y emocionante para un niño, Eva halló el fruto de ese árbol bueno, agradable y deseable. Quiso saber lo que Dios sabía, quiso ser como Dios. Pero el resultado final de comerlo fue decepcionante; perdió el bien y fue culpable del mal. Y lo mismo le ocurrió a su esposo, cuando comió también. Los dos sufrieron la vergüenza y el temor, la pérdida de la inocencia, y el comienzo de la muerte y la destrucción.

¿Caída hacia arriba?

Varios filósofos paganos han afirmado que la caída de Adán y Eva en pecado fue buena para la humanidad. Georg Hegel, Friedrich von Schiller, Erich Fromm, y Pierre Teilhard de Chardin, están entre los que han afirmado que la caída fue benéfica. Hegel pensaba que el conocimiento del mal fue necesario para que el hombre entendiera el bien. Schiller dijo que la caída fue “el evento más feliz y más grande de la historia humana”.¹⁶ Su conclusión fue que la caída marcó el comienzo de la libertad para el hombre. Desde ese momento, el hombre comenzó a determinar su propia moralidad. Sólo de esa manera, valiéndose por sí mismo, podía el hombre alcanzar su gran potencial. Fromm también considera la caída del hombre como el primer paso a la libertad. Teilhard de Chardin dijo que fue una parte necesaria en el proceso evolutivo. Sin embargo, estas son repeticiones de la mentira que les dijo Satanás a Adán y a Eva, cuando les dijo que el pecado tendría beneficios.

La Biblia no deja duda de que la caída en pecado fue un absoluto desastre. Adán y Eva sintieron de inmediato, y por primera vez en su vida, vergüenza por su desnudez. Estaban avergonzados del cuerpo que Dios les dio, se dieron cuenta de que ya no tenían el control total de sus deseos sexuales. En

todo aspecto estaban descontentos con ellos mismos. Su conciencia les dijo que ya no eran los seres puros y santos que una vez habían sido.

Relaciones arruinadas

Las relaciones de Adán y Eva con Dios, entre ellos y con la naturaleza se arruinaron. Su relación con Dios se arruinó. Antes de pecar, sentían gozo en la presencia de Dios, pero después de pecar, huyeron de él con temor y pensaron que podían esconderse. También intentaron culpar a Dios por la caída. Adán culpó a Dios por darle la mujer, y Eva culpó a Dios por crear la serpiente.

La relación entre Adán y Eva también se arruinó. La perfecta armonía que existía entre ellos desapareció. El mismo hombre que una vez alabó a Eva como su perfecta compañía, la acusó de destruir su vida. Fue egoísta y despiadado. El amor por su prójimo fue reemplazado por un devorador amor por sí mismo. El liderazgo de un esposo pecador y egoísta no sería de gran gozo para la esposa.

También se arruinó la relación del hombre con la naturaleza. El dominio que tenía sobre la naturaleza se redujo. Por su culpa el suelo ahora fue maldito; cultivarlo era ahora un trabajo fatigoso.

Adán y Eva se debilitaron físicamente y quedaron sujetos al dolor, la enfermedad y la muerte. El alumbramiento fue muy doloroso; la agudeza mental se entorpeció. Habiendo perdido el estado de inocencia, Adán y Eva ya no eran completamente libres de problemas psicológicos. La vida se convirtió en una lucha (Génesis 3:16-19).

A esos sufrimientos se agregó el hecho de que Adán y Eva fueron expulsados del bello huerto que había sido su hogar. Fueron echados para que no comieran del árbol de la vida y vivieran para siempre en esa condición contaminada por el pecado (Génesis 3:22-24). Lo que perdieron, la vergüenza que

sintieron, el dolor que les esperaba, todas esas amargas consecuencias prueban que la caída en pecado no fue una caída hacia arriba sino la mayor calamidad que jamás podría venir sobre el hombre.

Culpar a Dios

Cuando Adán culpó a la mujer que Dios le dio, implícitamente dijo que si Dios le hubiera dado una mejor compañía, no habría caído. Cuando Eva culpó a la serpiente, dijo implícitamente que si Dios hubiera hecho a la serpiente un poco menos astuta, ella no habría sido engañada. Ambos estuvieron de acuerdo en que Dios era el responsable de su caída. Pero al culpar a Dios, ambos omitieron el único acto que debían haber hecho, arrepentirse de lo que hicieron.

No debe sorprendernos que Adán y Eva trataran de evadirse de su predicamento culpando a alguien más; la gente sigue haciendo lo mismo. Cuando las personas se meten en problemas, con frecuencia tratan de culpar a otro. Dicen que la falla no está en ellas ni en sus actos pecaminosos, sino en la sociedad o en el ambiente, o dicen que el problema lo causaron los padres. Algunos llegan a culpar a Dios. Él los debió haber hecho más ricos, así no hubieran tenido la tentación de robar. Él les debió haber dado un mejor cónyuge en su matrimonio, así no hubieran tenido que ser infieles. Pero culpar a otro no es de más ayuda hoy de lo que fue después de la caída. Lleva a la gente a dejar de hacer lo que realmente es necesario que haga, a saber, arrepentirse de sus faltas.

Lo maravilloso es que a pesar de que fue muy injusto que Adán y Eva culparan a Dios de su pecado y su miseria, Dios siguió amándolos y dispuso su salvación. Eventualmente, él tomó sobre sí mismo los pecados de todo el mundo, enviando a su Hijo, Jesús, para pagar en la cruz el castigo por nuestros pecados. Como dice Pablo, ¿quién podría comprender la

altura, la longitud y la profundidad del amor de Cristo? Excede a todo conocimiento (Efesios 3:18,19).

La primera promesa del evangelio

Adán y Eva apenas habían terminado de acusar a Dios cuando él misericordiosamente anunció el plan para salvarlos. Estando delante de Dios, temblando de miedo, probablemente les fue difícil entender todo lo que él les dijo. No obstante, una cosa quedó perfectamente clara: Dios estaba enojado con el enemigo que los había engañado y los habían llevado a la caída. Eso indicaba que Dios todavía los amaba, que todavía era amigo de ellos.

Lo más importante, Adán y Eva, no podían dejar de notar que en las palabras que Dios le dijo a la serpiente estaba la promesa de un Salvador. Prometió un descendiente especial de la mujer, que iba a aplastar la cabeza de la serpiente. Desde nuestro ventajoso punto de vista del Nuevo Testamento, nos damos cuenta de que Dios hablaba de Jesús. Satanás iba a herir a Jesús en el talón, en la cruz, y Jesús iba a morir. Pero al mismo tiempo, al quitar los pecados del mundo, Jesús iba a aplastar el poder de Satanás sobre los pecadores.

Adán y Eva hallaron consuelo también en las palabras que Dios le dijo a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer” (Génesis 3:15). En hebreo, la primera palabra de esa frase es *enemistad*, lo que pone énfasis en esa palabra. En otras palabras, Dios dijo: “*Enemistad, odio, hostilidad, estableceré entre ti, Satanás, y la mujer*”.

¿Pero no había ya suficiente odio en el mundo? Piense en la enemistad que el hombre había manifestado hacia Dios cuando comió del fruto prohibido o en la enemistad que manifestó Adán hacia su mujer cuando trató de culparla. Ciertamente ya había suficiente enemistad en el mundo. El problema era que toda esa enemistad estaba equivocadamente

dirigida. El hombre fue necio al dirigir su odio contra Dios y contra su compañera humana. No sabía quiénes eran sus amigos. Sin embargo, Dios prometió que le enseñaría al hombre lo que necesitaba saber, le iba a cambiar el corazón, lo iba a llevar al arrepentimiento y le iba a mostrar quiénes son realmente sus amigos y sus enemigos. Dios iba a tener que hacer esto por el hombre, porque el hombre no podía hacerlo por sí mismo.

¿Qué es el pecado?

Ahora que hemos repasado la trágica entrada del pecado en el mundo, con todas sus terribles consecuencias, sólo podemos concluir que el pecado es nuestro enemigo. Cada uno de nosotros está enzarzado en una fiera batalla, una guerra a muerte contra ese enemigo. En toda guerra es bueno conocer la naturaleza y las capacidades del enemigo. Por lo tanto, es bueno que miremos más de cerca el pecado, para que lo entendamos mejor.

La Biblia nos da una definición muy sencilla del pecado: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, infringieron la ley de Dios y eso fue pecado. Se desviaron de la ley de Dios; no estuvieron a la altura de la norma de perfección que Dios había dispuesto para ellos.

Cuando la Biblia dice que “el pecado es infracción de la ley”, quiere decir que el pecado no es simplemente un concepto negativo, en el sentido de que falte algo, expresando falta de perfección en la persona, sino que el pecado es también un concepto positivo, en el sentido de hay presente algo malo, que el pecado es una activa oposición a la santa ley de Dios (el uso del término positivo no es para sugerir que el pecado sea bueno de alguna manera). En otras palabras, a los ojos de Dios el pecado no es algo neutro, sino algo

activamente opuesto a él y a su ley. Los pecados no son simplemente pensamientos, palabras y obras que floten por ahí inocentemente en alguna área gris entre lo bueno y lo malo, son feroces ataques a la soberanía y a la santidad de Dios.

¿Qué es la ley?

El mandato de abstenerse del fruto del árbol de conocimiento del bien y el mal no fue el único que Dios le dio al hombre en el huerto. Cuando Dios creó al hombre a su imagen, inscribió el conocimiento de su voluntad en el corazón del hombre. Adán y Eva conocían instintivamente la diferencia entre lo bueno y lo malo. Las confesiones luteranas declaran: “Aun nuestros primeros padres, antes de la caída en el pecado, no vivían sin la ley, ya que fueron creados a la imagen de Dios”.¹⁷

Además, las confesiones luteranas dan una excelente definición bíblica de la ley: “La ley... es una doctrina divina en la que se revela la justa e inmutable voluntad de Dios en lo que respecta a cómo ha de ser el hombre en su naturaleza, pensamientos, palabras y obras, para que pueda agradar a Dios; y ella amenaza a los transgresores de los preceptos divinos con la ira de Dios y el castigo temporal y eterno”.¹⁸ Otra definición común de la ley es que la ley es el pronunciamiento divino de lo que debemos hacer y no hacer, y de cómo debemos ser, a saber, perfectos.

Cuando el conocimiento perfecto que tenía el hombre de la ley se obscureció por la caída, el hombre todavía tuvo algún conocimiento remanente de la ley, testificado por la voz de su conciencia. Esa es la llamada ley natural. Pero como la ley natural que Dios escribió en el corazón del hombre en la creación no era tan clara como una vez lo fue, Dios le dio su ley al hombre por segunda vez, ahora en forma escrita. Le dio un resumen de la ley escrita, conocido como los Diez

Mandamientos, a los israelitas, en dos tablas de piedra, en el Monte Sinaí. Para los que vivimos después de Cristo, Dios ha repetido el contenido básico de los Diez Mandamientos en el Nuevo Testamento.

Dios es el único dador de la ley

Es importante recordar que sólo Dios define y establece la ley a la que está sujeto el hombre. La Biblia dice que hay un solo dador de la ley y un solo juez: Dios (Santiago 4:12). Cuando los líderes religiosos del tiempo de Jesús le agregaron a la ley de Dios sus propios mandamientos, Jesús les dijo que adoraban a Dios en vano (Mateo 15:9). Nadie tiene derecho de agregar ni de quitar de la ley de Dios (Apocalipsis 22:18,19). Sólo Dios y las autoridades que él aprueba, como el gobierno (Romanos 13:1-7) y los padres (Colosenses 3:20), tienen poder para establecer lo que es bueno y malo. Y Dios aprueba sólo las leyes del gobierno y otras autoridades terrenales que no contradicen su ley divina que se encuentra en la Biblia (Hechos 5:29).

En resumen, la cuestión de si algo es pecado o no, no la determina lo que piense la gente ni cómo se sienta, sino que la determinan las leyes que Dios ha dado. Así como los puntos de vista y las opiniones de los hombres no pueden hacer pecado lo que no es pecado, tampoco uno puede hacer que algo que Dios ha llamado pecaminoso sea justo.

¡Vaya a la fuente!

En 1888 en Jacksonville, Florida, hubo una epidemia de fiebre amarilla, y murieron casi quinientas personas. En ese tiempo la gente no sabía que la fiebre amarilla es transmitida por mosquitos, sino que pensaban que era transmitida por gérmenes en el aire. Para luchar contra la enfermedad, el ejército trajo la artillería y trato de hacer explotar los

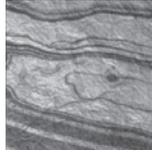
gérmenes en el aire. En la oficina de correos, las cartas que salían de Jacksonville eran extendidas sobre el piso y las golpeaban con garrotes para matar los gérmenes que pudiera haber en ellas. Todo fue en vano; si la gente de Jacksonville se hubiera librado de los mosquitos, se hubiera librado de la fiebre amarilla. Pero no sabían cuál era la fuente de su problema.

Cuando las gentes ven los terribles problemas que hay hoy en el mundo: guerra en una parte, persecución y hambre en otra, asesinatos y asaltos por todas partes, buscan respuestas. En general, la gente piensa que el hombre tiene que solucionar esos problemas por sí mismo, con mayores esfuerzos, más educación o más sacrificio financiero. Difícilmente alguien se volvería a Dios en busca de ayuda, porque perciben a Dios como parte del problema. En todo caso, ¿qué pasa con Dios? ¿Por qué permite que ocurran cosas malas? Para muchas personas, Dios es el problema, y las personas son la respuesta. Pero llegar a esa conclusión es casi tan necio como pensar que uno puede librarse de la fiebre amarilla utilizando la artillería.

Cuando se desata un incendio fatal que causa muerte y destrucción, un equipo de investigación trata de determinar la causa. ¿Hay algún olor a gasolina o evidencia de algún artefacto incendiario que indique que el fuego fue provocado? ¿O comenzó cerca de algún cable eléctrico defectuoso? Para encontrar la causa del incendio, los investigadores deben buscar dónde y cómo comenzó el fuego.

Eso es lo que hemos hecho en este capítulo. Hemos rastreado el fuego del pecado hasta su causa. Hemos encontrado que no es a Dios a quien se debe culpar, sino a Satanás, que condujo al hombre a pecar. Y el hombre también debe ser culpado, porque no tuvo excusa para dudar de la bondad de Dios y aceptar la palabra de Satanás en lugar de la palabra de Dios. En los capítulos siguientes, al investigar más

profundamente el fuego del pecado y sus devastadores efectos sobre la raza humana, es necesario que recordemos continuamente quién encendió el fósforo que incendió la casa del hombre.



6

La casa del hombre está completamente en llamas

El fuego puede ser bueno o malo. Un fuego bueno está controlado, confinado y es incapaz de hacer daño a las personas y a las cosas que lo rodean. Pero hasta un fuego bueno resiste el confinamiento y puede ser peligroso y escapar. No se debe dejar abierta la compuerta de un horno alimentado con madera, para que las chispas no salten y caigan sobre algo que pueda incendiarse. Se debe tener mucho cuidado para que el fuego no escape.

La gran tragedia de la caída en pecado de Adán y Eva es que desde el mismo comienzo fue un fuego incontrolado que se esparció inmediatamente por todas partes. La caída afectó no sólo a Adán y a Eva, sino también a todo ser humano que viviera después de ellos. El fuego del pecado no estaba

confinado a un sólo sitio ni era un fuego que se pudiera combatir o controlar. Al contrario, ese fuego se extendió por todas partes de inmediato. La casa del hombre estaba completamente en llamas.

Todos sujetos a la muerte

Pablo describe el efecto que tuvo el pecado de Adán sobre toda la humanidad: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). Esta transcendental declaración dice que por la caída de Adán toda la raza humana heredó la corrupción del pecado y quedó sujeta a la muerte. En otras palabras, la caída en pecado no es sólo el pecado de Adán, sino que es el pecado de cada uno. Debido a eso, todos nosotros merecemos la muerte como castigo de Dios.

En el caso de que alguien se preguntara si Pablo quiere en realidad decir que todos fueron afectados por la caída de Adán, Pablo dice a continuación: “Reinó la muerte... aun en los que no pecaron a la manera de la trasgresión de Adán (Romanos 5:14). No sólo Adán y Eva, o los que pecaron como ellos, quebrantando un mandamiento, quedaron sujetos a la muerte. A través de la caída de Adán, todas las personas quedaron sujetas a la muerte.

A partir de esto, es evidente que debe haber otra clase de pecado además del pecado actual (quebrantar un mandamiento). Si todas las personas son pecadoras y están sujetas a la muerte, como dice Pablo, hasta los que no han cometido un pecado actual, debe haber una clase de pecado imputado al hombre, distinto del pecado actual. De esa manera Pablo nos compele a reconocer la existencia de lo que los teólogos llaman pecado original.

Sólo hay una excepción al pecado original

¿Pero es cierto que todas las personas son pecadoras? ¿Incluso los recién nacidos? ¿Incluso los que no han nacido? David responde ¡Sí! Dice que tenemos la culpa del pecado original desde antes de nacer: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). David fue pecador desde el primer momento de su existencia, desde su concepción. ¡Y no sólo David! Todas las personas, nacidas o aun no nacidas, son pecadoras ante Dios. La Biblia dice: “No se justificará delante de ti [Dios] ningún ser humano” (Salmo 143:2). “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23). “La Escritura lo encerró todo bajo pecado” (Gálatas 3:22).

La iglesia católica romana quiso hacer de María una excepción al problema universal del pecado original. El 8 de diciembre de 1854, el Papa Pio IX proclamó que el alma de María, “en el primer instante de su creación... fue, por gracia y privilegio especial de Dios... preservada libre de toda mancha de pecado original”.¹⁹ Desde entonces, los católicos han celebrado la fiesta de la Inmaculada Concepción de María el 8 de diciembre. Enseñan que María fue libre de pecado y sin necesidad de un Salvador. Pero, la misma María admitió que tenía el problema del pecado cuando dijo que Dios es *su Salvador* (Lucas 1:46,47).

Hubo sólo una concepción inmaculada, la concepción del hijo de María, Jesucristo. Él fue inmaculadamente concebido por el Espíritu Santo. Como fue concebido de manera sobrenatural, sin padre humano, Jesús no fue culpable del pecado original, ni fue culpable de ningún pecado actual. La Biblia dice que fue “tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Ni aun los 40 días de intensa tentación por parte del diablo en el desierto pudieron producir una grieta en la armadura de su inocencia

(Lucas 4:1-13). Cuando Jesús retó a sus enemigos a probar que él era culpable de pecado, no pudieron responder directamente a su reto (Juan 8:46).

¿Cómo se trasmite el pecado original?

Hemos visto que Adán fue creado a imagen de Dios para ser perfectamente santo y justo (Génesis 1:27). También hemos remontado la pérdida de la inocencia de Adán a su caída en pecado (Génesis 3:1-8). Con ese trasfondo, es significativo que cuando la Biblia informa la llegada de la descendencia de Adán, no dice que Adán tuvo hijos que fueron hechos a la imagen de Dios, sino “a su semejanza, conforme a su imagen” (Génesis 5:3). Eso sólo puede significar que cuando Adán engendró hijos, ellos nacieron a la pecaminosa imagen de su padre y no a la imagen de Dios.

Eso concuerda con lo que Jesús le dijo a Nicodemo: “Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). La carne engendra carne, de los pecadores nacen pecadores. Nuestra carne pecadora, nuestra naturaleza corrupta y pecaminosa que se opone a que entremos en el reino de Dios, viene de la carne pecadora de nuestros padres. El problema es la semilla pecaminosa y corrupta de la que estamos formados. Entonces es claro que el pecado original se trasmite por medio de la reproducción. Las confesiones luteranas dicen: “El pecado original se propaga de una semilla pecaminosa mediante la concepción y nacimiento carnales por parte de los padres”.²⁰

Algunos creen que la naturaleza humana que heredamos de los padres es pura o neutra, que los niños nacen con capacidad para el bien y para el mal y llegan a ser buenos o malos cuando imitan a las personas que los rodean. Pero las palabras de Pablo a los efesios no permiten esa confianza en la bondad humana: “Éramos por naturaleza hijos de ira” (2:3). Incurrimos en la ira de Dios no porque imitemos el mal

ejemplo de nuestros padres y de otros, sino por causa de la naturaleza pecaminosa que tenemos al nacer.

¿Qué tan serio es el pecado original?

La evidencia bíblica hace imposible creer que el hombre sea inherentemente bueno. Después del diluvio Dios hizo una evaluación pesimista de los poderes espirituales del hombre. En una época en la que sólo estaban los creyentes Noé y su familia viviendo en la tierra, Dios dijo que el corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud (Génesis 8:21). El apóstol Pablo confesó la absoluta falta de poder espiritual en la naturaleza que él heredó de Adán: “Yo sé que en mí, esto es en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18).

La Biblia dice que la corrupción de la naturaleza del hombre es *ceguera espiritual*. La comprensión que tiene el hombre de la voluntad de Dios está oscurecida (Efesios 4:18). El hombre no puede aceptar las verdades espirituales que vienen del Espíritu de Dios, porque son locura para él (1 Corintios 2:14). Con la naturaleza que heredó de Adán, el hombre está también *espiritualmente muerto* (Efesios 2:1), y no tiene poder para llegar a una vida espiritual. Peor aún, por el pecado original, el hombre es *enemigo de Dios*. Pablo dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Como la naturaleza corrupta del hombre lo hace espiritualmente ciego, muerto y enemigo de Dios, no puede entrar por sí mismo en relación con Dios, ni quiere hacerlo. ¡Ciertamente el pecado original es serio!

El pecado original: una definición

Una de las confesiones luteranas, la Fórmula de Concordia, define el pecado original de la siguiente manera:

El pecado original es la completa carencia o privación... de la imagen de divina, según la cual el hombre fue creado

originalmente en la verdad, santidad y justicia; y, al mismo tiempo, es la incapacidad e ineptitud para hacer las cosas divinas... El pecado original (en la naturaleza humana) no consiste únicamente en la ausencia total de todo lo bueno en asuntos espirituales y divinos, sino que en vez de la imagen divina que el hombre perdió, ese pecado es al mismo tiempo también una corrupción profunda, malvada, horrible, insondable, inescrutable, e indecible, de toda la naturaleza humana y sus facultades... Así todos nosotros, por inclinación y naturaleza heredamos de Adán tal corazón, sentimiento, y pensamiento, que según sus supremas facultades y la luz de la razón, se oponen natural y diametralmente a Dios y sus supremos mandamientos, particularmente en lo que respecta a asuntos divinos y espirituales... El castigo que por causa del pecado original Dios ha impuesto sobre los hijos de Adán consiste en lo siguiente: La muerte, la condenación eterna.²¹

Note que el pecado original se describe no sólo en términos negativos, como ausencia de la imagen de Dios y falta total de bien en asuntos espirituales, sino también en términos positivos, como un mal que está presente, un estado mental diametralmente opuesto a Dios. La depravación total y la impotencia espiritual que tenemos por causa del pecado original se destacan por la acumulación de términos: “incapacidad”, “ineptitud”, “insondable” y “corrupción profunda”. Se declara la universalidad y la fuente del pecado original: “Heredamos de Adán... el castigo que por causa del pecado original Dios ha impuesto... la muerte, la condenación eterna”.

¿Es justo Dios?

Muchas personas objetan la doctrina del pecado original desde el punto de vista de la justicia, preguntando cómo se puede cargar el pecado de una persona a toda la raza humana. Ciertamente, según ellos, las personas deberían ser acusadas sólo por las malas acciones que ellas hacen. Sin embargo, la

justicia de Dios no está determinada por nuestras ideas de justicia. La pregunta no debería ser: “¿Qué es justo?”, sino: “¿Qué enseña la Biblia?” La Biblia enseña la doctrina del pecado original tan claramente que no se puede negar.

La Biblia pone el asunto de la justicia en su debido lugar cuando plantea la relación entre el hecho de que Dios imputó el pecado de Adán a todas las personas y el hecho de que les imputó la justicia de Cristo a todas las personas. Pablo dice: “Así que, como por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida” (Romanos 5:18). Los que acusan a Dios de ser injusto deberían ser consistentes. Cuando rechazan por injusto el hecho de que Dios impute el pecado de Adán a todas las personas, también deberían rechazar por injusto el hecho de que Dios les ha acreditado la justicia de Cristo a todas las personas. Sin embargo, esa posición, como dice el teólogo luterano Francis Pieper, los pone “fuera de las normas del cristianismo”.²²

Pelagio

A comienzos del siglo quinto, un monje inglés de nombre Pelagio estaba perturbado por el hecho de que muchos cristianos de su tiempo parecían hacer de las doctrinas de la gracia gratuita y el pecado original una licencia para pecar. Pensaban que si pecaban, siempre podían acudir a Dios buscando el perdón. La gracia divina no tiene límites, así que, ¿por qué no pecar todo lo que pudieran? Encontraban en la doctrina del pecado original una buena excusa hasta para los peores pecados. Pensaban que siempre podían decir: “Lo siento, no lo puedo evitar; así es como soy”.

Ofendido por esto, Pelagio comenzó a enseñar que la naturaleza humana no estaba completamente contaminada por el pecado desde la caída de Adán. Pelagio sostenía que el

pecado de Adán lo afectó sólo a él y no a su descendencia. La naturaleza humana estaba aún en su estado original, que Pelagio consideraba moralmente neutro. Según Pelagio, el hombre era por naturaleza sin virtud ni vicio, sino capaz de ambos. Su libre albedrío no estaba afectado por la caída. El hombre podía elegir el bien o el mal por su propio poder y sabiduría. No era necesaria la gracia de Dios para la salvación del hombre; el hombre era perfectamente capaz de salvarse a sí mismo.

Cuando el padre de la iglesia, Agustín, presentó las enseñanzas de Pelagio como negación de la verdad, otros, llamados semipelagianos, comenzaron a enseñar que el libre albedrío del hombre estaba sólo parcialmente afectado por la caída. Decían que la salvación del hombre depende de la gracia de Dios y del uso correcto de la sabiduría natural y las fuerzas del hombre. Las opiniones tanto de Pelagio como de los semipelagianos fueron rechazadas por la iglesia en varios concilios, entre ellos los de Cartago en 416, Éfeso en 431, y Orange en 529. A pesar de las condenas oficiales, esas falsas enseñanzas continuaron hasta convertirse en un problema para la iglesia cristiana incluso hoy, asunto que discutiremos más en el capítulo 8.

La controversia de Flacius

Matthias Flacius (1520-1575) fue un destacado teólogo de la iglesia luterana de Alemania después de la muerte de Lutero. Cuando surgieron varias controversias, generalmente se pudo contar con Flacius para la defensa de la verdad, aun a gran costo para él. Estuvo especialmente activo en la defensa contra los semipelagianos, que decían que el hombre es capaz de ayudar a su salvación porque su fuerza espiritual no le había sido totalmente quitada por la caída.

Aunque Flacius estaba generalmente del lado de la verdad, en un debate teológico con un hombre llamado Strigel en

1560, Flacius llegó demasiado lejos en una de sus declaraciones, identificando el pecado original con la esencia misma de la naturaleza humana. En lugar de entender el pecado original como la condición corrupta del alma y del cuerpo, que atrajo sobre la humanidad la caída de Adán, Flacius proclamó que el pecado original era la misma naturaleza humana. Infortunadamente, cuando otros luteranos le señalaron su error, él se negó a retractarse de lo que había dicho.

Lo que Flacius no vio es que su posición convertía a Dios en el creador del pecado. Como dice la Fórmula de Concordia: “Dios creó no sólo el cuerpo y el alma de Adán y Eva antes de la caída, sino también el cuerpo y alma nuestros después de la caída”.²³ Como Dios es el creador de la naturaleza humana todavía hoy, esa naturaleza no puede ser idéntica al pecado original. De otra manera, Dios es el creador del mal.

Además, la posición de Flacius puso en duda si Jesús podía ser nuestro verdadero hermano en la carne. Si nuestra humana naturaleza es pecado en sí misma, ¿cómo podría compartir Jesús nuestra naturaleza humana y seguir siendo sin pecado? Y si el pecado original y nuestra naturaleza humana son idénticas, ¿cómo podría Dios restaurar nuestros actuales cuerpos en la resurrección, como dice la Biblia que hará (Job 19:26,27)? En ese caso, Dios resucitaría el pecado.

Por estas razones la Fórmula de Concordia declara que se debe distinguir entre la naturaleza humana y el pecado original. El pecado original no es la naturaleza humana en sí misma, sino sólo una corrupción de la naturaleza humana. Al mismo tiempo, “no es una corrupción superficial, sino tan profunda de la naturaleza humana que nada saludable e incorrupto ha quedado en el cuerpo o alma del hombre, en sus facultades interiores o exteriores”.²⁴

El principal pecado

Como el pecado original no es un pecado que cometemos, como se comete un robo o un asesinato, algunos no han podido ver cómo puede condenarnos. Y como no se puede ver el pecado original, es difícil que la razón humana crea que existe. Sin embargo, el pecado original es tan real, tan condenador como cualquier pecado que cometemos. De hecho, el pecado original es en verdad “el pecado mayor, que es la raíz y fuente de todos los pecados actuales”.²⁵ Es la fuerza directriz interna que induce a los pecados actuales. Los pecados actuales son los síntomas; el pecado original es la enfermedad misma (Mateo 15:19).

Nosotros también estábamos perdidos

¿Por qué es tan importante recordar todo esto? Porque es fácil que nos justifiquemos y pensemos que somos mejores de otros. Cuando vemos los terribles pecados actuales que cometen otras personas, podemos pensar que el pecado es un fuego que arde en la casa de otra persona, pero no en la nuestra. Siempre hemos cometido pecados. Quizás no hemos tenido un aborto, quizás nunca hayamos cometido adulterio, ni hayamos participado en brujería ni en adoración al diablo. Y aunque hayamos pecado aquí o allí, nuestros pecados son de algún modo diferentes. Tuvimos razones para lo que hicimos. Dios lo entendió y pasó por alto lo malo que hicimos, porque sabía que somos básicamente buenos. Esa es la forma de justificación que a veces estamos tentados a hacer.

Sin embargo, si entendemos correctamente la doctrina del pecado original, reconocemos que a los ojos de Dios, ninguno de nosotros es mejor que otros. Como todos los demás, nacimos perdidos y condenados, corruptos y depravados, espiritualmente ciegos, muertos y enemigos de Dios. El pecado original nos pone a todos en la misma categoría, la categoría de los que no pueden hacer ninguna buena obra para

ganar el favor de Dios. Con nuestra naturaleza pecaminosa, sólo podemos despertar la ira de Dios. Todos somos estopa seca en la misma vil caneca, esperando el mismo fuego eterno.

Nuestras necesidades del Cristo y del Bautismo

A menos que sepamos y creamos todo esto, nunca entenderemos completamente la necesidad que tenemos de Cristo como nuestro Salvador. Él es nuestra única esperanza. Si no hubiéramos sido salvados por su vida perfecta, sus sufrimientos y su muerte inocente en la cruz, ciertamente nos habríamos perdido eternamente. Pero por causa de él, Dios ha perdonado y ha olvidado nuestros pecados. Dios ha lanzado a las profundidades del mar (Miqueas 7:19) todos nuestros pecados, incluido el pecado original, y nunca los verá más. Por medio de Cristo, la humanidad ha sido recuperada del fuego del infierno.

El correcto entendimiento del pecado original no sólo nos ayuda a comprender la importancia de Cristo, también nos ayuda a comprender la importancia del bautismo. Los bebés no son puros ni santos cuando nacen. Al contrario, tienen extrema necesidad del nuevo nacimiento espiritual, por causa del pecado original. “El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Sin embargo, por medio del bautismo, al nacer de nuevo “de agua y del Espíritu” (versículo 5), nuestros pequeños reciben el nuevo nacimiento que necesitan, son llevados a la fe y al reino de Dios. ¡Que nunca demoremos en llevarlos de esta manera a Jesús!

Una mente independiente

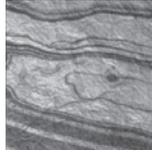
Toda generación tiene su historia de ciencia ficción de la creación de un hombre que enloquece. Piense en Frankenstein, la ficticia creación de un hombre que desarrolló un pensamiento independiente y se convirtió en horrible monstruo asesino. En épocas más recientes, Cristina, el

automóvil de Stephen King, desarrolló su propio pensamiento y comenzó a matar a las personas encerrándolas o atropellándolas.

En la vida real, el hombre es la criatura de Dios que enloqueció. Dios creó al hombre para su gloria y para que fuera la criatura a quien prodigara su amor. El hombre fue creado para vivir en compañerismo con Dios, para llevar una vida perfecta y justa de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero luego el hombre cayó en pecado y desarrolló su propio pensamiento; en vez de vivir para Dios, comenzó a vivir para sí mismo.

En vez de ser Dios el centro de este mundo, el hombre se puso en el centro. El hombre vive con un solo propósito principal: su propia felicidad. Todo lo que le produzca placer es bueno; todo lo que le disguste es malo. Se puede ignorar lo que Dios quiere, y se puede pasar por alto lo que otros necesitan. Sólo es indispensable lo que el hombre quiere y necesita para él. Así el hombre se ha convertido en su propio dios, en vez de dejar que Dios sea Dios.

Ese es el trágico resultado del pecado original. Lo podemos ver ya en una generación después de Adán y Eva, cuando Caín mató a su hermano Abel, en un ataque de celos (Génesis 4:8). Lo vemos hoy en la inhumanidad del hombre para con el hombre, no sólo en las guerras y las disensiones que hay en países lejanos, sino también en nuestros propios hogares, entre miembros de la familia. Lo vemos también en nosotros, lo que hacemos no es el bien que queremos, sino el mal que no queremos hacer (Romanos 7:19). A donde miremos, sea a otros o a nosotros mismos, vemos amplia evidencia del pecado original. La casa del hombre, nuestra casa, está completamente en llamas.



7

El fuego se muestra en público

El fuego que arde en una casa no siempre es evidente al comienzo. Puede haber comenzado como un pequeño fuego en una pared por un cortocircuito, un cigarrillo puede estar ardiendo en el sofá, o puede haber ocurrido combustión espontánea en una pila de trapos con grasa en el garaje, pero alguien que pase caminando frente de la casa no notará lo que ocurre adentro. Sólo cuando el fuego se muestre por una ventana o empiece a quemar el techo, un caminante se dará cuenta del problema. En ese momento, todos los ocupantes de la casa pueden estar ya muertos por inhalación de humo.

El pecado original, que tratamos en el capítulo 6, es el fuego destructor dentro de la casa espiritual del hombre, que nos ha matado a todos. Aunque el pecado original no se puede ver, induce a pecados presentes, que en muchos casos son visibles. El pecado original es una condición pecaminosa, los

pecados presentes son los actos que resultan de esa condición pecaminosa. La Biblia dice: “Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19). Los pecados actuales, como los mencionados, demuestran la existencia y el poder del pecado original.

Una multitud de transgresiones

En este capítulo centraremos la atención en las diversas clases de pecado actual, que demuestran la existencia del pecado interno. Así como hay varias clases de fuego de madera, de químicos, de aceite, de caucho, de grasas, eléctricos, nucleares y otros hay también muchas clases de pecado actual. Y así como cualquier tipo de fuego puede matar, también todos los tipos de pecado actual son mortales.

En algunos aspectos este capítulo puede ser muy deprimente; el tema que trata no es propicio para un corazón ligero y feliz ya que se va a describir una clase de pecado tras otra. Los nombres y las descripciones de varios pecados sonarán como el toque de campanas por la muerte de un hombre. ¿Cuál es el propósito de mencionar y describir esos pecados? ¿Qué podemos aprender? De esa manera la Escritura imprime en nosotros la multitud de tentaciones que afrontamos y la magnitud de nuestras trasgresiones. Con esos pecados mortales desfilando ante nosotros, tendremos una comprensión mucho mejor del infinito valor de la redención que nuestro Salvador ganó para nosotros cuando murió en la cruz.

Pecado presente: definición

Ya hemos definido el pecado original como la condición pecaminosa y el pecado presente como los actos que resultan de esa condición pecaminosa. El uso de la expresión pecado

presente no sugiere que ese tipo de pecado sea el único pecado real y verdadero. Hemos visto que el otro tipo principal de pecado, el pecado original es ciertamente real y suficientemente peligroso. Los pecados presentes son presentes sólo porque los cometemos.

El pecado presente es todo acto de: pensamiento, palabra, u obra, que choque con la voluntad de Dios. Puede ser un acto que se comete en violación a uno de los Diez Mandamientos de Dios, o un acto que esté en conflicto con un mandato especial de Dios, mandado una sola vez. El mandato divino a Adán y a Eva de no comer del fruto del árbol prohibido fue mandado una sola vez, y no se aplica hoy a nosotros. El mandato de Dios a Abraham, de sacrificar a su hijo Isaac, es otro ejemplo de un mandato divino especial, de una sola vez.

Si algo es o no es pecado, no lo determina lo que pensemos o cómo nos sintamos respecto de eso, lo determinan la Palabra y los mandatos de Dios. Para nosotros, comer frutas puede parecer una actividad inocente, pero fue pecado para Adán y Eva comer del fruto de ese árbol especial del huerto del Edén, porque Dios lo había prohibido (Génesis 2:17). Cuando los israelitas les pidieron objetos de plata y oro a los egipcios sin la intención de devolverlos (Éxodo 12:35,36), podemos decir que robaron, pero no fue pecado que los israelitas tomaran esas cosas, porque Dios se lo había mandado expresamente (3:22). Hoy, Dios no nos habla directamente ni nos da mandatos especiales de una sola vez. Por lo tanto, si algo es o no es pecado, lo debe determinar la santa ley de Dios como se encuentra en las Escrituras.

Hoy las personas son muy celosas de lo que perciben como sus derechos. Muchos reclaman “derechos” que no tienen. Algunos reclaman el derecho al aborto, otros insisten en el derecho a amar a unas personas y odiar a otras. Pero, nadie tiene el derecho de hacer algo que Dios ha prohibido. Hacer lo que Dios prohíbe en su Palabra es pecado de comisión.

Los mandamientos de Dios constituyen una unidad

Un error común que comete la gente es recortar la lista de los Diez Mandamientos de Dios. Tratan los Diez Mandamientos como si fuera el menú de un restaurante, como si pudieran escoger lo que desean obedecer. Les parece que si no matan ni roban, han llegado a un nivel de perfección satisfactorio para Dios. No consideran que los pecados que cometen de murmuración y codicia sean tan dañinos como el asesinato y el robo que otras personas puedan cometer. Pero Dios condena todos los pecados cometidos contra cualquiera de sus mandamientos como igualmente vergonzosos y reprobables.

En efecto, Dios trata los Diez Mandamientos como una unidad. En su mente, la persona que peca contra un mandamiento, peca contra todos ellos. La Biblia dice: “Cualquiera que guarde toda la ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10). La ley obra en lo que podríamos llamar el principio del globo: con un solo agujero se revienta por completo. También podríamos comparar la ley con una media de nylon: un punto corrido y se arruina toda. La ley es también como la armonía musical: si una sola voz se desafina, se daña toda la armonía. La ley es como es el vidrio de una ventana: se golpea en un punto y todo se hace pedazos. En términos del Quinto Mandamiento, si amamos a todas las personas y odiamos a una sola, a los ojos de Dios las odiamos a todas.

Pecados de comisión y de omisión

Los pecados actuales se dividen en dos categorías: pecados de comisión y pecados de omisión. Los pecados de comisión son los que cometemos cuando hacemos lo que prohíbe la ley de Dios; los de omisión son los que se nos imputan cuando no hacemos lo que Dios ha mandado. Por ejemplo, cuando David cometió adulterio con Betsabé (2 Samuel 11:4), hizo algo que

Dios había prohibido. Ese pecado fue de comisión. Cuando Jonás no fue a Nínive a predicar, después de que Dios le mandó ir, fue culpable de un pecado de omisión (Jonás 1:1-3).

El carácter pecaminoso de los pecados de omisión

La Biblia destaca el pecaminoso carácter de los pecados de omisión, porque fácilmente podemos olvidar que esos pecados son tan vergonzosos y mortales como los pecados de comisión. En la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30), al siervo que no invirtió el dinero de su amo, lo llama “siervo malo y negligente” (versículo 26). Su señor (Dios) mandó que lo arrojaran “a las tinieblas de afuera, allí será el lloro y el crujir de dientes” (versículo 30).

En el mismo capítulo de Mateo, Jesús señala a los incrédulos en el último juicio como gente que cometió muchos pecados de omisión (25:31-46). El Rey tuvo hambre, y no le dieron de comer; tuvo sed, y no le dieron de beber; fue forastero y no lo recogieron. Por tanto, “irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (versículo 46). Podemos pensar que es un duro veredicto, pero Dios nos da dones y talentos con el expreso propósito de ayudar a otros. Si no los usamos para ese propósito, somos culpables del pecado de omisión.

La mafia tiene una norma no escrita, pero que cumple estrictamente: que ningún gánster delata a otro gánster. El castigo para el que lo hace es la muerte. Por no delatar a los compañeros, el criminal puede evitar la venganza de sus compinches, pero ese silencio es un pecado de omisión, y el castigo de Dios por el pecado es la muerte eterna. La advertencia de Jesús es pertinente: “No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien al que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28).

Hoy muchos jóvenes parecen atrapados en esa ley del silencio. Los jóvenes detestan a los que delatan a sus iguales. Si alguien deteriora un aula o desaparece la libreta de calificación de un profesor, muchos de los estudiantes pueden saber quién es el culpable, pero nadie quiere ser un informante. Se les debe enseñar a los jóvenes que esos pecados de omisión son tan mortales como los de comisión. Es posible transgredir todos los mandamientos de Dios e incurrir en su ira, simplemente sentándose sin hacer nada. “El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado” (Santiago 4:17).

Pecados voluntarios e involuntarios

El apóstol Pablo dijo que hacía el mal que no quería hacer (Romanos 7:15-20). Pedro les dijo a los judíos que actuaron por ignorancia cuando mataron a Jesús, el autor de la vida (Hechos 3:15-17). El Antiguo Testamento habla de pecados cometidos sin intención (Levítico 4:2,13; Números 15:27) y de pecados hechos con soberbia (Números 15:30). Esos y otros pasajes similares han llevado a los teólogos a distinguir entre pecados voluntarios e involuntarios.

Los pecados voluntarios son los que se la persona comete deliberada y voluntariamente contra los dictados de su conciencia. Esos pecados no pueden vivir en una persona junto con la verdadera fe. Los pecados voluntarios en los creyentes sacan al Espíritu Santo y destruyen la fe. Los pecados involuntarios son los que se cometen por ignorancia o debilidad. Esos pecados son serios, pero cuando los creyentes en Jesús cometen pecados involuntarios, estos no destruyen la fe. La traición de Judas a Jesús es un ejemplo de pecado deliberado, premeditado y voluntario. Judas decidió conscientemente cometer ese pecado, y se puede ver la participación de su voluntad en la cuidadosa planeación que hizo antes de cometerlo (Mateo 26:14-16).

Generalmente se considera que los infantes son culpables más de pecados involuntarios que de pecados voluntarios. Aunque sus emociones y voluntades son pecaminosas y los actos que cometen son verdaderos pecados, sus pecados no son cometidos con la premeditación y el conocimiento maduro que tienen los adultos. La Biblia dice que los niños no saben lo bueno ni lo malo (Deuteronomio 3:9).

El pecado que cometieron los soldados romanos al crucificar a Jesús es un ejemplo de pecado involuntario. Recuerde la oración que Jesús hizo por ellos en la cruz: “Padre, perdónalos, porque *no saben lo que hacen*” (Lucas 23:34). Su pecado fue de ignorancia, no estaban desobedeciendo a Dios conscientemente. En su mente sólo seguían las órdenes de sus superiores.

Eso no sugiere que el pecado que cometieron los soldados romanos fuera pequeño o trivial. En Apocalipsis, Juan dice que todo ojo verá a Jesús en su segunda venida, incluidos “los que lo traspasaron” (Apocalipsis 1:7). El hecho de los soldados reciban una mención especial en ese versículo de ninguna manera los alaba por lo que hicieron. En realidad ilumina la vergüenza de lo que hicieron. Nos dice que especialmente ellos lamentarán en la venida de Jesús y serán avergonzados el día del juicio porque reconocerán cuán terrible fue su pecado.

Cuando la Biblia distingue entre pecados voluntarios e involuntarios, no tiene el propósito de decir que los pecados involuntarios no son tan malos como los voluntarios. El propósito es afirmar la terrible culpa y la vergüenza conectada con el pecado involuntario y luego demostrar cuánto más malicioso e inexcusable es el pecado voluntario. ¡Ningún pecado cometido contra Dios es pequeño! Podemos pensar en términos de pecados pequeños y grandes, pero haríamos mejor pensando en términos de pecados grandes y más grandes (Lucas 12:47,48). Edward Koehler dice

acertadamente: “Todo pecado, por pequeño que pueda parecernos, es una ofensa contra la majestad de Dios, y se debe medir su culpa por la exaltada posición de Dios, contra quien se comete”.²⁶

Pecados mortales y veniales

La iglesia católica romana enseña que ciertos pecados, los llamados pecados mortales, por su misma naturaleza merecen la muerte eterna. Para que un pecado sea mortal, el hecho debe ser seriamente malo. La persona que comete el acto debe estar consciente de que es una maldad seria, y debe tener la intención deliberada de hacer lo que sabe que es gravemente pecaminoso.²⁷

Los pecados veniales, según la iglesia católica romana, no merecen la muerte. Se consideran pecados menores o comunes. Se comenten cuando una persona transgrede una ley divina que no es grave (muy seria) o cuando una persona transgrede la ley de Dios sin ser consciente de la seriedad de sus actos.²⁸ El robo de los ahorros de toda la vida de una viuda por alguien que sabe que eso es terriblemente malo sería pecado mortal. El robo de una moneda, una palabra ociosa o una pequeña mofa de alguien se deben considerar como pecados veniales.

El problema con esa distinción es que le da a la gente la impresión de que algunos pecados tienen poco significado ante Dios. No obstante, como señalamos al tratar de los pecados voluntarios e involuntarios, ningún pecado cometido contra Dios es pequeño. ¡Dios no toma a la ligera ningún pecado! La Biblia dice: “Maldito sea el que no permanezca en *todas las cosas* escritas en el libro de la ley” (Gálatas 3:10). Jesús dijo: “De cierto os digo que antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta cuando todo se haya cumplido” (Mateo 5:18).

Sin embargo, es bíblico distinguir entre pecados mortales y veniales *en relación con su efecto*, en cuyo caso podemos decir que todos los pecados son potencialmente mortales, porque “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Pero en el momento en que Dios envía su Espíritu Santo a nuestro corazón y nos lleva a la fe en Jesús como nuestro Salvador, nuestros pecados se convierten en veniales, ya no pueden destruirnos porque están perdonados.

Por lo tanto, que un pecado sea mortal o venial depende del estado espiritual de quien ha pecado. Todos los pecados cometidos por un incrédulo son pecados mortales porque lo conducen a la muerte (Romanos 8:13). Los pecados de un creyente son veniales (versículo 1,31-34) a menos que aparten la fe del corazón del creyente y no haya arrepentimiento.

El pecado imperdonable

Pero, hay un pecado que por su propia naturaleza es imperdonable, el llamado pecado contra el Espíritu Santo. Jesús dijo de este pecado: “Os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada” (Mateo 12:31). El contexto en el que dijo Jesús estas palabras nos ayuda a entender lo que es el pecado imperdonable. Le habían llevado a Jesús un hombre ciego y mudo poseído por un demonio, y Jesús lo sanó. La gente estaba atónita y comenzó a preguntarse si Jesús sería el Mesías prometido. Por medio de este milagro, el Espíritu Santo estaba obrando poderosamente para convencerlos de que Jesús era el Salvador.

Los mismos fariseos pudieron haber sido convencidos de que Dios obró ese milagro, pero se negaron tercamente a ceder a la obra del Espíritu Santo. Con la esperanza de contrarrestar la impresión que el milagro produjo en ellos y en los demás, dijeron: “Este no echa fuera los demonios sino por

Belcebú, príncipe de los demonios” (Mateo 12:24). ¡Fue una horrible blasfemia llamar obra del demonio a la obra del Espíritu Santo! En relación con esto, Jesús previno a los fariseos contra el pecado imperdonable. Blasfemar contra el Espíritu Santo, atacar maliciosa y tercamente su testimonio, es el elemento básico del pecado imperdonable.

Hebreos 6:4-6 y 10:26, ayudan a redondear la descripción bíblica del pecado imperdonable. Aprendemos que es un pecado que cometen los que “una vez fueron iluminados” (6:4), los que “recibieron el conocimiento de la verdad” (10:26) y “siguen pecando “voluntariamente” (10:26) y “recayeron” (6:6). De lo que se ha dicho, se desprende que el pecado imperdonable consiste de tres elementos: (1) el rechazo deliberado y terco del evangelio, (2) a pesar del buen conocimiento, y (3) acompañado de un ataque blasfemo y malicioso contra el evangelio.

¿Quién comete ese pecado?

A veces se sugiere la falsa idea de que el pecado imperdonable es la incredulidad. El razonamiento es este: Todos los incrédulos van al infierno, y por tanto ningún incrédulo es perdonado. En consecuencia, la incredulidad es el pecado imperdonable.

Sin embargo, debemos tener el cuidado de no atribuirle a cada incrédulo el pecado imperdonable. En primer lugar, la Biblia no atribuye a todos los incrédulos ese pecado. Segundo, la Biblia distingue entre los incrédulos y los que han cometido el pecado imperdonable, cuando dice que oremos por todas las personas, incluidos los incrédulos (1 Timoteo 2:1), pero no por los que han cometido “pecado de muerte” (1 Juan 5:16). Tercero, cada incrédulo que llega a la fe es una prueba de que no todos los incrédulos han cometido el pecado imperdonable. Finalmente, recuerde la triple definición bíblica del pecado imperdonable, que dimos antes. Aunque todos los incrédulos

rechazan el evangelio, no hay evidencia para concluir que todos lo hacen con blasfemia o en contra de lo que saben bien.

Tampoco debemos suponer que todos los blasfemos han cometido el pecado imperdonable. Antes de que el apóstol Pablo llegara a la fe, era un blasfemo que atacaba maliciosamente la obra del Espíritu Santo, pero no cometió el pecado imperdonable porque actuó por ignorancia (1 Timoteo 1:13). Ni todos los que caen de la fe o niegan la verdad son culpables de ese pecado. Pedro negó a Jesús pública y enfáticamente, pero lo hizo por miedo y no por malicia o enemistad.

Muchas veces, cuando las personas oyen decir que hay un pecado imperdonable, se angustian pensando que quizás lo hayan cometido. Pero en esa preocupación está la evidencia de que no lo han cometido. Quien se preocupe respecto de sus pecados y tenga el sincero deseo de no ser excluido del amor de Dios y del perdón, tiene al Espíritu Santo obrando en él. La Biblia dice: “Dios es el que produce en vosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Dios obra en nosotros ¡tenemos fe! cuando deseamos ser salvados por medio de Cristo.

Una última cosa respecto del pecado imperdonable: No es imperdonable porque Dios no quiera perdonarlo, ni es un pecado para el que Cristo no obtuvo el perdón. Los méritos de Cristo son suficientes para expiar todos los pecados (1 Juan 1:7). El problema es la condición espiritual de la persona que comete el pecado imperdonable. Su terco y malicioso rechazo deliberado saca al Espíritu Santo de su corazón. Como juicio en su contra, el Espíritu Santo se aparta de él y nunca regresa.

El pecado de endurecimiento

El pecado de endurecimiento es similar en algunos aspectos al pecado imperdonable. El pecado de endurecimiento consiste en la oposición persistente y terca de la Palabra de

Dios y al testimonio de la conciencia. Una diferencia fundamental entre el pecado imperdonable y el pecado de endurecimiento es que el primero es endurecimiento contra el evangelio mientras el segundo puede ser endurecimiento contra la ley o el evangelio.

El pecado de endurecimiento está bien ilustrado en los actos del faraón, que se endureció contra el mandato de Dios de que dejara ir a los israelitas. Dios le exigió repetidamente al faraón que le obedeciera y dejara ir a los israelitas, pero repetidamente el faraón se negó. En las primeras cinco plagas, el faraón endureció su corazón (Éxodo 8:15,32), pero después de la sexta plaga, se nos dice: “Jehová endureció el corazón del faraón” (9:12).

El pecado de endurecimiento implica un proceso. Primero, la persona rechaza repetida y persistentemente lo que Dios manda. La persona resiste la Palabra de Dios y su conciencia se debilita hasta que se ha endurecido grandemente por la fuerza del hábito y ya no tiene regreso del camino a la destrucción. Entonces, Dios toma nota de esa terca y persistente desobediencia y, como juicio contra ella, endurece más a la persona, que ya se ha endurecido a sí misma.

En Romanos 1:18-32 Pablo describe en detalle el proceso de endurecimiento entre los impíos. Conocen a Dios, pero no lo glorifican como Dios ni le dan gracias; su corazón está entenebrecido. Pretendiendo ser sabios, se hacen necios y prefieren adorar a algo o a alguien más. Se endurecen en necia desobediencia e idolatría. Como juicio contra ellos, Dios los endurece más y los entrega completamente al servicio de pecados como envidia, homosexualidad, asesinato, contiendas, calumnia y arrogancia. Aquí vemos de nuevo la secuencia corriente de eventos que tiene lugar en el pecado de impenitencia. Primero, la persona se endurece a sí misma. Sólo después Dios la endurece más.

Tanto el faraón como los malhechores que Pablo condenó en Romanos 1:18-32, se endurecieron contra la ley. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento (Isaías 6: 9-11) y los judíos que rechazaron a Jesús (Mateo 13:14) se endurecieron contra el evangelio, despreciando persistentemente las buenas nuevas de su salvación, bloqueando la luz que trataba de penetrar en su corazón y sofocando la lánguida luz que luchaba por permanecer en su corazón. Luego Dios decidió endurecer aun más sus corazones.

¡Qué advertencia para que luchemos contra los primeros asomos de pecado en nuestro corazón! Al pecado no se le debe permitir que establezca ni el más mínimo espacio en nuestro corazón ni en nuestra vida. Si se le permite crecer, finalmente puede hacer desaparecer la fe.

Pecados contra la conciencia

La conciencia es la voz interna que le da testimonio al hombre de la existencia de Dios y de su ley. Cuando obedecemos la conciencia, ella nos dice que un ser altísimo está complacido con nosotros. Cuando desobedecemos, nos dice que ese alto ser está enojado.

Desde la caída de Adán, la conciencia no siempre puede estar de acuerdo con la Palabra de Dios en asuntos de moralidad (1 Corintios 4:4). En ocasiones, su conocimiento puede ser incompleto (Romanos 7:7). Los teólogos distinguen cuatro tipos de conciencia:

1. Conciencia correcta, la que está correctamente informada y está de acuerdo con la Palabra de Dios
2. Conciencia errada o mal informada, que no está de acuerdo con la Palabra de Dios
3. Conciencia probable, la que ha sido descuidada y es incapaz de guiar a la personas en sus actos, porque carece de instrucción

4. Conciencia dudosa, la que no está segura de lo que está mal o bien en determinado asunto

La persona que obra contra una conciencia correcta comete un serio y doloroso pecado. En ese caso el pecador tiene completo conocimiento de que sus actos están prohibidos en la Palabra de Dios. Si repite y persiste en ese pecado eso puede conducirlo al pecado de impenitencia, que discutimos antes, o incluso al pecado imperdonable.

La persona que tiene una conciencia errada peca, no importa lo que haga. Considere el ejemplo del pagano que cree que debe adorar un ídolo. Esa persona peca al seguir su conciencia, porque Dios le ha prohibido adorar ídolos. Pero también peca si no sigue su conciencia, porque cree que Dios quiere que haga algo y aun así no lo hace. En este caso viola el mandato divino de poner primero a Dios.

La persona que tiene conciencia probable, que ha sido descuidada, tienen un problema del corazón. En vez de darle a su conciencia el conocimiento y la instrucción que necesita de la Palabra de Dios, ha tratado a la ligera importantes asuntos morales. A veces decimos que hay personas que tienen poco o ningún sentido del bien y del mal. Dios quiere que nos preocupemos por elegir el curso correcto de acción, quiere que instruyamos nuestra conciencia por un profundo estudio de su Palabra. Él recibe con agrado las oraciones en las que le imploramos que nos ayude a tomar las decisiones correctas.

La persona que tiene una conciencia dudosa está insegura sobre si lo que se propone hacer es moralmente correcto o no; tiene dudas y aprehensiones. En relación con la persona que no está segura de si es correcto comer carne o beber vino, Pablo dice: “El que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe, y todo lo que no proviene de la fe, es pecado” (Romanos 14:23). Por fe Pablo quiere decir la segura convicción de que un acto está de acuerdo con la

voluntad de Dios. Si la persona obra sin esa convicción, demuestra que no considera que la voluntad de Dios sea importante. Esa falta de preocupación por la voluntad de Dios la condena. Según Pablo, primero debemos descubrir cuál es la voluntad de Dios. ¡Sólo entonces podemos actuar, y sólo en acuerdo con la voluntad de Dios!

Las causas del pecado

En el capítulo 5, vimos que no fue por causa de Dios que entró el pecado en el mundo, sino por culpa de Satanás y del hombre. Adán y Eva no tenían excusa cuando creyeron la palabra del diablo en vez de la de Dios. Dios puede permitir que ocurra el pecado, pero no lo *causa*. Dios es santo (levítico 19:2) y nunca motivaría ni iniciaría algo pecaminoso.

Cuando la Biblia habla de las causas del pecado desde la caída de Adán, habla de causas internas y externas. La causa interna del pecado es la naturaleza pecaminosa del hombre, el pecado original que heredamos de Adán y Eva. Pablo llama a los pecados que cometemos “obras de la carne” (Gálatas 5:19). Las causas externas son el diablo (Efesios 2:2), otras personas (1 Corintios 15:33; 2 Pedro 2:1-3), la filosofía humana (Colosenses 2:8), y varias cosas del mundo (1 Juan 2:15-17).

La *tentación* ocurre cuando: el diablo, el mundo, o la naturaleza pecaminosa, tratan de inducirnos a pecar. La Biblia dice claramente que Dios no nos tienta a pecar: “Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido” (Santiago 1:13,14). Dios no es responsable de las malas tentaciones que nos asaltan, él nos anima a orar pidiéndole ayuda contra la tentación (Mateo 6:13; 26:41) y nos promete la salida de la tentación (1 Corintios 10:13).

Los pecados de escándalo

Finalmente, la Biblia distingue entre el pecado de escandalizar y el pecado de escandalizarse. Escandalizar es llevar a una persona al pecado o hasta la incredulidad. La Biblia nos advierte repetidamente para que no seamos la causa de que alguien tropiece en la fe (1 Corintios 10:32; Romanos 14:13). Jesús advierte que no hagamos tropezar, en especial a los niños: “A cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor fuera que se le colgara al cuello una piedra de molino de asno y se le hundiera en lo profundo del mar” (Mateo 18:6).

Se puede escandalizar no sólo con falsa doctrina y pecado, sino también por el uso descuidado de la libertad cristiana. En el caso del hombre que no está seguro de si es correcto comer carne o beber vino (Romanos 14:14-23; 1 Corintios 8:4-13), Pablo advierte varias veces que nadie debe inducir a un hermano débil a pecar contra su conciencia dudosa. La regla que Pablo nos exhorta a seguir es renunciar a la libertad cristiana por causa de un hermano débil, a menos que esté en juego la verdad del evangelio. Es mejor no comer carne nunca más que hacer que un hermano caiga (1 Corintios 8:13). Pero si el hermano débil y en error insiste en seguir en su error, debemos obedecer el mandato de Pablo de estar firmes en nuestra libertad (Gálatas 5:1).

Escandalizarse es el pecado de criticar la verdadera doctrina o la conducta cristiana. Hasta el santo Hijo de Dios vino a ser piedra de tropiezo a los judíos (Romanos 9:32) y locura para los gentiles (1 Corintios 1:23). No nos debe sorprender que la gente se escandalice hoy del evangelio o rechace los pronunciamientos de la ley de Dios. No debemos esperar que nos traten mejor que al mismo Dios.

¡Siempre luche contra esos fuegos!

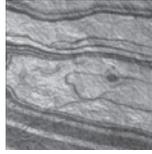
El trabajo de los bomberos nunca termina. Hacen constantemente sesiones de entrenamiento para mantenerse en el tope de sus habilidades contra el fuego. En épocas de relativa inactividad, deben limpiar la estación y el equipo. Justo cuando termina la limpieza, llega una llamada de alerta por un incendio. El hollín y la mugre se depositan en las máquinas en el lugar del incendio y hay que volver a limpiar y a pulir todo el equipo cuando regresan. Pregúnteles a los bomberos, y ellos le dirán que su trabajo nunca termina.

Lo mismo pasa con el pecado. Hasta los más grandes santos de la Biblia lucharon con el pecado. Pedro fue impetuoso y confiado en sí mismo, y tuvo que aprender la humildad; Juan fue “hijo del trueno”, impaciente con los que no eran tan perfectos como él, y tuvo que aprender el amor. Todos los santos tuvieron que tomar la escoba del arrepentimiento muchas veces y barrer el pecado de los rincones de su vida. Cada uno de ellos tuvo que luchar contra las llamas del pecado que irrumpieron en su vida.

¿Hay en nuestra vida algún pecado que deba ser barrido? ¿Hay algún fuego de pecado que deba ser ahogado en lágrimas de arrepentimiento? ¿Tenemos algún rencor escondido contra nuestro vecino? ¿Hay alguna ira en nuestro corazón? ¿Alguna envidia? ¿Algún descontento? ¿Alguna resistencia a hacer la voluntad de Dios? Como el trabajo de los bomberos, nuestro trabajo contra el pecado nunca termina.

Es maravilloso saber que nuestro misericordioso Dios ha dado la respuesta permanente al fuego del pecado en nuestra vida: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). En los sufrimientos y la muerte de su Hijo, Dios terminó de una vez por todas, la obra que nosotros no podíamos terminar. Apagó las llamas del pecado que

amenazaban con enviarnos directamente al lago de fuego eterno (Apocalipsis 20:10). En respuesta a su continua misericordia y perdón, ¿cómo podríamos jamás rechazarlo y abrazar las mortales llamas del pecado?



8

Sólo quedan cenizas

¿Cómo se describe a alguien que está indefenso? “Indefenso como un gatito” es una expresión común, pero no describe el peligro en que está el gatito. “Indefenso como mosca en telaraña” es mejor, porque mentalmente podemos imaginar que la araña siente la lucha de la mosca en la red y avanza rápido hacia la mosca para envolverla y chuparle la sangre. Pero ni una descripción como esa conmueve nuestras emociones porque en realidad nadie se preocupa por las moscas.

Para que en verdad nos mueva la indefensión, tenemos que verla en las personas. Hace años, la indefensión se representó como una joven atada a una carrilera y con un tren acercándose. Hoy podemos pensar en los infantes maltratados por los padres, o en los prisioneros políticos forzados a padecer dolorosos experimentos médicos. No hay nada que

esas personas puedan hacer para liberarse de su predicamento, están indefensas.

Nuestra trágica indefensión espiritual

Pero aun esos ejemplos de indefensión son nada comparados con la trágica indefensión espiritual que nos aflige a todos al llegar a este mundo. En el momento de la concepción somos cautivos de Satanás (2 Timoteo 2:26). Estamos atados por las cadenas del pecado original (Salmo 51:5), estamos excluidos de la familia de Dios, estamos “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Sin la fe salvadora, vamos derecho a la eterna tortura del infierno.

Además, no podemos liberarnos a nosotros mismos de este predicamento. Somos espiritualmente ciegos, por eso no podemos ver ni entender la sabiduría de Dios, aunque quisiéramos (1 Corintios 2:14). Estamos espiritualmente muertos; no podemos llegar por nosotros a la vida espiritual (Efesios 2:1). Y también somos enemigos de Dios; le tememos y somos hostiles a él y rechazamos todo intento que haga para salvarnos (Romanos 8:7). A diferencia de la mosca que lucha para salvarse, nosotros luchamos contra nuestra salvación. Pablo hace notar que ninguno de nosotros viene a este mundo sin esa mortal condición, cuando cita el Salmo 14: “No hay justo, ni aun uno, no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (Romanos 3:10,11).

Evidencia bíblica

La evidencia bíblica de la indefensión espiritual del caído y pecaminoso hombre, es abrumadora. La Biblia documenta la completa falta de poder espiritual en la naturaleza humana. En Génesis 6:5, Dios vio a la humanidad y concluyó que todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo mal. Ese pasaje en sí es amplia prueba de la total depravación de la naturaleza humana. ¿Cómo podría la

inconversa voluntad natural del hombre querer o hacer algo bueno, si sólo tiene capacidad para el mal continuamente? Podríamos comparar la naturaleza humana con un lápiz sobre una mesa inclinada: si depende de él, sólo puede rodar en una dirección. Así también, la naturaleza humana inevitablemente cae en el pecado.

Considere las palabras Jeremías: “Engañoso es el corazón, más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). ¡El corazón humano no es espiritualmente neutral, sino que es tan pervertido y desesperadamente malvado que nadie puede vislumbrar cuan malo es! En Mateo 7:18 Jesús dice: “No puede el mal árbol dar frutos buenos”. Los que están sin la fe y siguen en sus pecados son árboles malos, no pueden hacer nada sino pecar y producir malos frutos. No tienen capacidad para hacer nada bueno. El apóstol Pablo dice: “Yo se que en mí, esto es en mi carne, *no habita el bien*” (Romanos 7:18).

Sólo podemos concluir que el hombre por naturaleza es absolutamente incapaz de hacer nada bueno en el sentido espiritual. No sólo estamos debilitados en nuestros poderes espirituales, sino que estamos *muertos*. Las confesiones luteranas dan testimonio de la completa indefensión espiritual del hombre natural: “Las Escrituras niegan al intelecto, corazón y voluntad del hombre natural toda aptitud, destreza, capacidad y habilidad de pensar, entender, poder hacer, empezar, desear, emprender, actuar, realizar o cooperar para producir de por sí algo bueno y recto en asuntos espirituales”.²⁹

Erasmus versus Lutero

El humanista holandés Desiderio Erasmo (1466-1536) fue quizás el más respetado erudito de Europa en la época de Martín Lutero. Cuando Erasmo vio el desacuerdo que surgió entre Lutero y el papa de Roma, al comienzo trató de

mantener su neutralidad. En ciertos momentos alabó a ambos lados por lo que consideraba su corrección y otras veces los condenó a ambos por lo que pensaba que eran ataques de intolerancia del uno para con el otro. A Erasmo le complacía actuar como juez entre los dos lados en guerra, y fantaseaba con ser un pacificador.

Erasmo recibió continua presión de ambos lados para tomar una posición en los asuntos que separaban a Lutero y a Roma. Finalmente, cediendo a la presión de Roma, escribió el libro, *El libre albedrío*, en el que tomó la pluma en contra de Lutero. En ese libro, Erasmo afirmó que el hombre, a pesar de la caída de Adán, era libre, es decir, que tenía libertad de elección o al menos alguna capacidad de apartarse o acercarse de lo que lleva a la salvación eterna. Al tratar las diversas opiniones que había sostenido otros acerca del libre albedrío en el pasado, Erasmo dijo: “Prefiero la opinión de aquellos que le atribuyen mucho a la libre elección, pero mayormente a la gracia”.³⁰

Según Erasmo, la Biblia no es clara respecto de cuánto puede contribuir la persona a su salvación, pero parecía decir que podemos desear y hacer algo bueno. Erasmo aducía que Dios no nos mandaría en la Biblia hacer tantas cosas si, por naturaleza, fuéramos incapaces de hacer alguna de ellas. El propósito de la ley no era sólo revelar el pecado, sino mostrar lo que el hombre era capaz de hacer, aunque sólo en parte.

Para mantener su amado papel de mediador, Erasmo sostuvo que sus diferencias con Lutero en materia del libre albedrío no eran muy importantes. Como la Escritura no era clara y los padres de la iglesia parecían no estar de acuerdo entre sí, ¿cómo podría alguien saber cuál era la verdad?

La respuesta de Lutero

Lutero se opuso a Erasmo escribiendo el libro titulado, *La voluntad determinada*, en el que negó resueltamente que el hombre natural, pecador, tuviera libre albedrío para acercarse

a Dios en materias espirituales. Dijo que la voluntad del hombre natural era una “bestia de carga”: “Si se sienta encima Dios, quiere lo que Dios quiere y va en la dirección que Dios le indica... si se sienta encima Satanás, quiere lo que Satanás quiere y va en la dirección que Satanás le indica. Y no está en su libre elección correr hacia un jinete u otro y buscarlo, sino que los jinetes mismos se disputan su adquisición y posesión.”³¹

Mientras Erasmo apeló básicamente a la lógica y al razonamiento humano, Lutero apeló a la Escritura. Argumentó que la Biblia es muy clara en cuanto al libre albedrío. Con muchos pasajes bíblicos demostró las trágicas consecuencias del pecado original y de la caída de Adán.

Lutero no negó que el hombre tenga la capacidad de hacer decisiones buenas y malas en asuntos de la vida cotidiana, basado en la razón. Ni tampoco negó que el hombre pueda alcanzar una forma de justicia civil que lo haga parecer una persona piadosa externamente. Sin embargo, a través de su libre albedrío, el hombre jamás puede alcanzar la justicia de Dios. Esa sólo se puede alcanzar mediante la fe en Cristo. Por tanto, Lutero sostuvo que el libre albedrío existe sólo de nombre. Cuando la libre voluntad humana hace lo que es capaz de hacer, comete pecado.

¿Es necesario Cristo?

Más de una vez usó Lutero su argumento favorito: si Erasmo está en lo cierto, si el hombre tuviera algún bien natural en él mismo con el que pudiera ganar la gracia de Dios o ejercer influencia en Dios, para que le diera al hombre su gracia, eso haría a la obra de Cristo mucho menos importante, quizás innecesaria. ¿Qué clase de Redentor hubiera sido Cristo si el hombre fuera capaz de redimir aunque fuera una pequeña parte de él? ¿Qué necesidad habría de Cristo? ¿Y qué necesidad tendríamos del Espíritu Santo? La doctrina

erasmiana del libre albedrío le robaba a Dios al menos algo de su gloria y se la atribuía al hombre.³²

La controversia concerniente al libre albedrío fue uno de los episodios más importantes de la Reforma, iluminando en gran manera las dos doctrinas más importantes de la Biblia: la indefensión espiritual del hombre, como la enseña la ley de Dios, y la misericordia inmerecida de Dios, que revela el evangelio. Lutero le agradeció a Erasmo por retarlo en esta materia. Erasmo había discernido “el punto cardinal” como la llamó Lutero, en lugar de molestarse con frivolidades como el papado o el purgatorio.³³ Lutero estaba feliz por proclamar la diferencia entre su teología y la de sus oponentes en lo referente al libre albedrío.

Tristemente, todavía existe la misma diferencia entre los luteranos y los católicos. Una publicación católica romana de 1965 cita varios concilios desde el siglo noveno hasta el siglo dieciséis, y aprueba la definición que dieron de gracia como una capacidad que Dios le da al hombre para preparar el camino de su justificación. La publicación aplaude declaraciones de esos concilios, que dicen que no todos los actos de un incrédulo son pecaminosos y está de acuerdo con los concilios de dijeron: “El libre albedrío de ninguna manera le fue quitado [al hombre natural], sólo se debilitó y se inclinó al mal”.³⁴ Tristemente, la posición de la iglesia católica sigue siendo hoy la misma. A este respecto, Erasmo se hubiera sentido completamente en casa en la iglesia católica actual.

La conversión

Un tema estrechamente relacionado con el libre albedrío es la enseñanza bíblica sobre la conversión. ¿Tiene la persona el poder para dar el primer paso hacia Dios? ¿Puede el hombre natural cooperar con Dios antes o en la conversión? ¿Tienen las personas la capacidad de hacer una decisión por Cristo? Algunos evangelistas populares modernos como Billy

Graham y algunas instituciones como la Cruzada por Cristo responderán sí a esas preguntas. Pero, como veremos, al tomar esa posición, le atribuyen al hombre un poder que no tiene.

En la historia del cristianismo han surgido tres opiniones principales que le atribuyen algún papel al hombre en su conversión:

1. *La opinión pelagiana*: El hombre, por sus propios poderes, sin la ayuda del Espíritu Santo, puede: volverse a Dios, creer en el evangelio, guardar perfectamente los mandamientos, y merecer la vida eterna. La naturaleza humana no fue totalmente corrupta por la caída.
2. *La opinión semipelagiana*: El hombre y Dios cooperan en la conversión. El hombre, por sus propios poderes, puede comenzar su conversión pero no la puede completar sin la gracia y la ayuda de Dios.
3. *La opinión sinergista o arminiana*: El hombre coopera con Dios en la conversión; el hombre necesita que el Espíritu Santo inicie su conversión, pero después la voluntad del hombre, con la ayuda de su poder natural coopera, aunque muy poco, a prepararse para creer el evangelio. En este grupo se incluyen los que afirman que algunos hombres cooperan resistiendo al Espíritu Santo menos que otros.

Según las tres opiniones brevemente esbozadas, el sinergismo reduce la cooperación del hombre a lo que algunos podrían considerar un mínimo inofensivo, pero sigue negando la salvación sólo por gracia. ¿Qué diferencia hay entre que el hombre haga una contribución pequeña o grande a su salvación? Permitamos que el apóstol Pablo responda por nosotros la pregunta: “Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia” (Romanos 11:6). Si hubiera una contribución del hombre, la salvación ya no sería por gracia.

Con base en la lógica

La base de las tres posiciones anteriores es más la lógica que la Escritura. Un argumento típico es el que usó Erasmo en el debate con Lutero: Dios nos manda arrepentirnos y creer. Sería una mofa cruel mandarle a las personas hacer cosas que uno sabe que no pueden hacer. Por tanto, el hombre debe tener alguna capacidad para ayudar en su conversión.

Una debilidad fundamental de este argumento lógico es que no prueba nada. Dios exige la completa fe salvadora y el hombre es capaz de hacer lo que Dios exija, el hombre debe ser capaz de producir la fe por sí mismo, sin la ayuda de Dios. Pero sólo los pelagianos extremos le atribuyen esa habilidad al hombre.

Uno puede simplemente dar por sentado lo que se trata de probar y asumir que el hombre tiene la capacidad de efectuar su propia conversión. Lo que afirma Edward Koehler sobre esto es digno de repetirse:

El hecho de que el hombre pueda ser convertido no prueba que es capaz de convertirse a sí mismo o de contribuir en algo a su conversión. El hierro se puede fundir, pero no puede fundirse él mismo; los muertos resucitarán, pero no pueden resucitarse a sí mismos; los hombres son convertidos, pero ninguno se ha convertido a sí mismo ni ha ayudado a su conversión. La conversión es una experiencia pasiva.³⁵

La conversión: un acto de Dios

En oposición a las opiniones pelagianas y al sinergismo, la Biblia le atribuye sólo a Dios la conversión. Esta doctrina bíblica se llama monergismo (obra sólo de Dios).

Ya en el Antiguo Testamento, Ezequiel dijo que Dios tuvo que darles corazones creyentes a los de su pueblo, o no podrían ser salvos: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ezequiel

36:26). Lucas dice que Dios abre la mente de las personas para que crean en las Escrituras: “[Jesús] les abrió el entendimiento para que entendieran las Escrituras” (Lucas 24:45). Juan dice de los hijos de Dios, de los que creen en su nombre: “Estos no nacieron de sangre, *ni por voluntad de carne*, ni por voluntad de varón, sino *de Dios*” (Juan 1:13). Pablo escribe: “Nadie puede exclamar: ‘¡Jesús es el Señor!’ sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Pablo dice que nuestra salvación es un don (Efesios 1:6) y señala que el hombre no *obra* para su fe, sino que Dios la *da*: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (2:8,9).

Tres veces, en la epístola a los filipenses, Pablo le adscribe toda la obra de la conversión al Espíritu Santo: “El [Espíritu Santo] que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (1:6). “A vosotros es *concedido* a causa de Cristo, no sólo que *creáis en él*, sino también que padezcáis por él” (1:29). “*Dios es el que produce en vosotros* así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (2:13).

Jeremías compara al incrédulo con la “retama en el desierto” (Jeremías 17:6). Así como la retama no puede desarraigarse y moverse de la mitad del desierto a un punto privilegiado junto al río, tampoco el hombre natural en su estado de indefensión espiritual puede dar un paso hacia Dios. Eso es exactamente lo mismo que siglos después, les dijo Jesús a los que se negaban a creer en él: “Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae” (Juan 6:44).

Imágenes verbales

Algunas de las imágenes verbales que usa la Biblia para describir la obra del Espíritu Santo demuestran que nuestra fe es completamente obra suya, Jesús compara la conversión con el nacimiento (Juan 3:5,6). Nadie nace por sí mismo ni

produce su nacimiento. De la misma manera, no puede efectuar su renacimiento a la fe.

La obra del Espíritu también se llama vivificación. *Vivificar* significa “animar” o “llevar a la vida”. Ningún muerto puede volverse a sí mismo a la vida. La Biblia dice que cuando estábamos muertos en nuestros pecados, Dios nos dio vida con Cristo (Efesios 2:4,5; Colosenses 2:13). En ninguna parte presenta la Biblia al hombre como espiritualmente débil o enfermo. Al contrario, dice claramente que al hombre natural le falta completamente la mínima chispa de vida espiritual. Cuando el Espíritu Santo comienza su obra en nosotros, somos cadáveres espirituales y así permaneceríamos si él no nos llevara a la vida.

Lutero resume la doctrina bíblica de la conversión en su explicación del tercer artículo del Credo Apostólico: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, y allegarme a Él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe”. Lutero creía que nadie escoge a Dios, sino que Dios nos eligió a nosotros. En efecto, llevarnos a la fe no es menos milagro que resucitar a los muertos.

¿Quién murió?

Hay una historia sobre un ministro que llamó a su congregación a asistir un funeral, pero no les dijo quién había muerto. Sorprendentemente, todos asistieron, sin saber de quién era el funeral. En el sermón, el ministro no presentó al difunto como buena persona, sino tan pecador y corrupto que seguramente en ese momento estaría instalándose en el infierno. Eso molestó a los que oían el sermón. Aunque el ministro con frecuencia predicaba sobre la seriedad del pecado, ninguno podría imaginar a alguien estando realmente

en el infierno.

Cuando terminó el sermón, el ministro anunció que era el momento de que todos le rindieran la última honra al cadáver. Se abrió el ataúd y todos los asistentes desfilaron para ver quién era la malvada persona que había muerto. Para su sorpresa, no había nada en el ataúd, sólo había un gran espejo. ¡Todos se vieron a ellos mismos en el ataúd!

En este capítulo y en los anteriores, nos hemos visto, en sentido espiritual, en un espejo. La imagen que hemos visto no es bella. Se nos ha dicho que por el pecado original tenemos “una corrupción profunda, malvada, horrible, insondable, inescrutable e indecible de toda la naturaleza humana y sus facultades”.³⁶ Se nos ha dicho que la mugre y la suciedad de muchos pecados actuales nos cubren externamente. El grado de descomposición y corrupción interna es evidente. Cada uno de nosotros, al mirarse en el espejo de la ley, ha visto un cadáver.

Igual que la congregación que escuchó que los pecadores merecen ir al infierno, pero no podría imaginar que alguien, mucho menos ellos mismos, vaya ahí, también a nosotros nos es difícil creer lo corruptos que somos interiormente y lo sucios que somos exteriormente. A menos que nos veamos en el ataúd, no entenderemos realmente la necesidad que tenemos de la nueva vida en Cristo.

Muerte en medio de la vida

La vida del hombre sobre la tierra realmente comienza en un ataúd espiritual. Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, murieron, y toda la humanidad murió con ellos. Por causa de su caída en pecado, ahora la muerte espiritual es el estado natural de todos los que nacen. La paga del pecado original y del pecado actual es la muerte (Romanos 6:23). Por eso las personas nacen espiritualmente muertas, finalmente mueren en una muerte temporal, y en el momento de la muerte

temporal, entran a un estado de muerte eterna. A menos que Dios intervenga, la vida del hombre es, de principio a fin, un estado de muerte.

Puede parecer una contradicción decir que la vida del hombre es un estado de muerte, pero debemos entender que la muerte no es aniquilación. Aunque nuestros cuerpos muertos vuelvan al polvo, Jesús dice que están en las tumbas esperando la resurrección (Juan 5:28,29).

Tres tipos de muerte

Se debe entender la muerte como separación y no como aniquilación. La *muerte espiritual* es la separación del alma de Dios. Una persona está espiritualmente muerta cuando no confía en la bondad de Dios en Cristo, cuando no tiene fe, cuando no tiene relación personal con Dios. Una persona puede estar físicamente viva y espiritualmente muerta al mismo tiempo. La *muerte temporal* es la separación del alma y el cuerpo: “El polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). La *muerte eterna* consiste en que el alma y el cuerpo son separadas eternamente de Dios. La muerte eterna ocurre cuando una persona en estado de muerte espiritual sufre la muerte temporal. En el infierno, la persona está separada del amor y la misericordia de Dios y experimenta sólo su ira y el castigo por el pecado.

La mayoría de las personas ya consideran que la muerte es separación. La muerte separa a las personas de sus seres amados, de sus posesiones terrenales, de la vida y del mundo que han llegado a amar. Sin embargo, para el incrédulo, es el fin de todo y nada más. Para el incrédulo la muerte es separación de Dios. Ser abandonado por el amor de Dios eternamente es el peor de todos los destinos posibles, porque Dios es la única fuente de toda bondad y bendición. Cuando al rico de la parábola de Jesús del rico y Lázaro, se le negó una

gota de agua para refrescar la lengua, aprendemos mucho sobre el lugar donde no queremos ir (Lucas 16:19-31). Y si nos quedáramos sin Cristo, nunca podríamos escapar a esa muerte.

Sólo cenizas

Si usted ha estado en un lugar donde hubo un incendio forestal, sabe lo que es la desolación. Todo es negro; no hay belleza, ni insectos, ni aves, ni vida salvaje, ni ningún señal de vida en ninguna parte. El olor a madera quemada sigue en el ambiente, mortifica los sentidos y obliga al visitante a alejarse con una horrible sensación. Busque por todas partes en ese bosque quemado y no encontrará un rayo de esperanza, ningún indicio de que el bosque volverá a vivir.

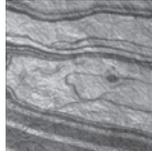
No obstante, Dios tiene maneras de llevar los muertos a la vida. Regrese al mismo bosque diez años después, y encontrará un bosque renovado. Ahora los árboles comenzaron a crecer; todo está verde. Hay vida por todas partes; hay belleza y esperanza.

Así pasa con el hombre. Cuando Adán y Eva encendieron el fósforo del pecado en el huerto del Edén, se produjo un incendio que los quemó y los destruyó por completo. Antes de caer, habían sido luz en el Señor; después, eran tinieblas (Efesios 5:8). Antes de caer eran hijos amados de Dios; después eran por naturaleza hijos de ira (2:3). Antes de caer tenían libertad, obediencia y vida; después tuvieron esclavitud, desobediencia y muerte (2:1). La vida y la belleza desaparecieron. El fuego del pecado había destruido por completo a la humanidad; sólo quedaban cenizas.

Sin embargo, Dios encontró la manera de llevar nuevamente a la vida a los que habían muerto. Encontró la manera de sacar belleza de las cenizas; lo hizo por medio de su Hijo, Jesucristo. Ese será el tema del siguiente capítulo.

Parte III

La gloria restaurada



9

La gloriosa restauración divina del hombre

Vivimos en una sociedad en la que se pueden reparar muchas cosas rotas. Se puede llevar a un taller un vehículo con una abolladura en la defensa para que la arreglen. Se puede arreglar una apertura en los jeans. Se pueden lavar las ropas sucias. Se puede tomar un tranquilizante prescrito por un médico si los nervios se alteran. Todo parece fácil de componer, ¡casi todo!

Pero, ¿qué puede hacer usted respecto del pecado? No lo puede pintar ni remendar; no lo puede lavar ni desechar. No hay nada más conmovedor en la Cuaresma que la imagen de Poncio Pilatos con las manos en un lavamanos tratando de lavar su culpa. Ningún esfuerzo humano puede quitar el pecado; el precio que Dios exige por el pecado es demasiado alto para que el hombre pueda pagarlo. La Biblia dice: “La redención de su vida es de tan alto precio, que no se logrará jamás” (Salmo 49:8).

La promesa de Dios

Sin embargo, Dios puede lograr lo que el hombre es incapaz de hacer. Después de que Adán y Eva cayeron en pecado, Dios prometió que la descendencia de la mujer le heriría a la serpiente la cabeza (Génesis 3:15). Isaías dijo del sufriente siervo de Dios: “Despreciado y desechado entre los hombres... herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; por darnos la paz cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:3,5).

Otras promesas, más generales de perdón, le dieron al pueblo de Dios del Antiguo Testamento la esperanza de que, de alguna manera, Dios iba a perdonarlos. Por medio de su profeta Isaías, Dios dijo: “Venid... y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán en blanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Miqueas prometió que Dios echaría a lo profundo del mar todos nuestros pecados (Miqueas 7:19).

El Día de la Expiación

Los ritos y sacrificios que Dios les mandó realizar a los israelitas les dieron una promesa adicional de que había perdón del pecado. Quizás el rito más vívido era el Día de la Expiación que se hacía anualmente, y se describe en Levítico 16. El Día de la Expiación, el sumo sacerdote hacía cuidadosos preparativos antes de entrar en el lugar santísimo. Primero, se bañaba cuidadosamente. Luego, en lugar de sus adornadas vestiduras sacerdotales, se vestía con sencilla vestidura de lino. Para mayor purificación, sacrificaba un buey por sus propios pecados y por los pecados de su familia.

El incienso puesto en brazas encendidas tomadas del altar le servía de protección para que él, un pecador, pudiera presentarse delante del santo Dios. Se sacrificaba un macho cabrío por los pecados del pueblo, y se llevaba la sangre al

lugar santísimo para rociarla sobre la tapa de la expiación del arca del pacto. Después, sin salir del lugar santísimo, el sumo sacerdote se bañaba nuevamente, cambiaba sus vestiduras y ofrecía más sacrificios: un carnero por sus pecados y otro carnero por los pecados del pueblo.

Estos cuidadosos preparativos y el derramamiento de sangre mostraban que el pecado no era un asunto menor; no era fácil de quitar. No obstante, los ritos y los sacrificios les aseguraban a los israelitas que de alguna manera Dios los iba a perdonar.

Dado que alguien aún pudiera dudar de su perdón, se apartaba otro chivo el Día de la Expiación. El sumo sacerdote le ponía las manos en la cabeza del chivo y confesaba sobre ella, de modo general, todos los pecados que los israelitas habían cometido el año pasado, todos los pecados por los que ya habían sacrificado, todos los pecados que ignoraban, y todos los pecados que les avergonzaba confesar a otra persona. Simbólicamente, el peso y la carga de todos esos pecados eran quitados de los hombros de los israelitas y puestos sobre la cabeza del macho cabrío y lo dejaban ir al desierto. Abandonado en el desierto, en medio de osos, leones y lobos, nunca volvería. Los pecados que llevaba al desierto se habían ido para siempre.

La expiación vicaria

Por medio del simbolismo conectado con la muerte en el sacrificio de animales en el altar y por medio de la profecía de Isaías sobre el siervo sufriente de Dios, Dios animaba a su pueblo a pensar en términos de *expiación vicaria*, es decir, *sustituta*. Alguien iba a tomar sobre él los pecados del pueblo e iba a sufrir el castigo por ellos. Pero ¿quién iba a ser ese alguien? ¿Quién iba a tomar sobre él el castigo del hombre y liberarlo de su carga de pecado una vez por todas?

Dios el Padre confió la obra de la redención del hombre a su santo Hijo, Jesucristo. El apóstol Pablo dice: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5).

Jesús, el único Dios-hombre

Jesús fue único en el sentido de que fue divino y humano al mismo tiempo, es decir, que era a la vez Dios y hombre. Poseía su naturaleza divina desde la eternidad, junto con el Padre y el Espíritu Santo, y luego asumió su naturaleza humana cuando fue concebido y nació de la virgen María.

La naturaleza divina de Jesús se puede ver en los nombres divinos que le da la Biblia (1 John 5:20), las características divinas que tenía (Juan 1:1,2), sus obras divinas (versículo 3), y el honor y gloria divinos que dice la Biblia que tiene (5:23). Su naturaleza humana se puede ver en el hecho de que muchas veces es llamado hombre (1 Timoteo 2:5; Hebreos 2:14) y se le atribuyen alma y cuerpo humanos (Lucas 24:39; Mateo 26:38) y emociones y sentimientos humanos (Mateo 4:2; Juan 11:35).

Como hombre, Jesús estaba bajo la ley; como Dios podía cumplir la ley (Gálatas 4:4,5). Como hombre, podía morir; como Dios, su muerte era suficiente rescate por los pecados del mundo (Hebreos 10:11-14). Como hombre, podía tomar nuestro lugar en la lucha contra nuestros enemigos: el pecado, la muerte y el diablo; como Dios, podía vencer esos grandes enemigos (Hebreos 2:14). Ciertamente fue necesario que alguien único realizara el maravilloso plan divino de la salvación.

Justificación universal y objetiva

La vida sin pecado de Jesucristo, sus sufrimientos y su muerte inocente, y su gloriosa resurrección fueron eventos decisivos que revirtieron los resultados de la caída de Adán en pecado. Pablo compara el desastre que trajo Adán sobre la humanidad con la salvación que trajo Jesús para todos: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida. Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:18,19).

Una frase fundamental del anterior pasaje nos dice que el acto de justicia de Jesús resulta en que “vino a todos los hombres la justificación que produce vida”. Nadie está excluido. Así como Dios pronunció el veredicto de condenación (culpable) sobre todas las personas por la caída de Adán, también ha pronunciado su veredicto de justificación (no culpable) sobre todos, por causa del acto de justicia de Jesucristo. En Cristo, Dios “estaba reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Jesús es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). La misericordia y la gracia de Dios nos aplican a todos; el perdón de pecados es un hecho cumplido para todo pecador.

La doctrina de que Dios declaró justos a todos por causa de la vida perfecta y el inocente sufrimiento y muerte de Jesús se llama justificación universal y objetiva. La llamamos justificación universal porque Dios ha perdonado los pecados de *todas las personas*. Al mismo tiempo, la justificación es objetiva porque es *un hecho cumplido*. Dios declaró perdonado al mundo cuando Jesús murió por los pecados del mundo y resucitó. La declaración del perdón de Dios es verdadera y válida aparte de cualquier respuesta humana a ella.

La doctrina de la justificación universal y objetiva es una de las doctrinas más consoladoras de la Biblia porque no deja duda en la mente sobre si hemos sido perdonados. Nadie tiene que preguntar: “¿Murió Jesús por mí?” Nadie tiene que angustiarse por si de alguna manera ha caído por una rendija de la misericordia de Dios o de si Dios no lo tuvo en cuenta cuando se obtuvo la salvación para todos los demás. La Biblia dice clara y repetidamente que Jesús ganó el perdón para todos. Juan dice: “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Pablo dice: “Se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:6).

La importancia de la fe

Al mismo tiempo, la Biblia habla también repetidamente de la importancia de la fe en Jesús. Al carcelero de Filipo se le dijo: “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo” (Hechos 16:31). Pablo les dijo a los gálatas: “El justo por la fe vivirá” (Gálatas 3:11). Jesús dijo: “El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado” (Marcos 16:16). En todo esto podemos ver que la fe es necesaria para la salvación.

Pero, ¿qué es la fe salvadora? La Biblia indica que la fe salvadora es más que creer en la existencia de Dios (Santiago 2:19). La fe salvadora es la confianza en las promesas de Dios y en su gracia y misericordia en Jesús (Juan 3:16; Romanos 4:3). Las confesiones luteranas dicen sencilla y correctamente que una persona tiene la fe salvadora cuando “cree que le son perdonados los pecados por causa de Cristo”.³⁷

Justificación individual

Al tratar la fe, debemos tener cuidado de no darle al hombre el mérito de su salvación sencillamente porque es creyente. Las confesiones luteranas lo dicen de la siguiente manera: “La fe nos es atribuida por justicia... no porque sea una obra tan

buena o una virtud tan ilustre, sino porque acepta y se apropia de los méritos de Cristo que son ofrecidos en el evangelio”.³⁸ En otras palabras, Dios nos salva no porque seamos buenos, sino porque él es bueno y misericordioso. Somos justificados no por nuestros méritos ni por nuestra fe, sino sólo por los méritos de Cristo.

Entre los miembros de la iglesia actualmente es común pensar erróneamente que “somos salvos *porque* creemos”. Eso no es verdad; no somos salvos por nada que hagamos, sino solamente por lo que ha hecho Dios por nosotros (Efesios 2:8,9). Nuestra fe no es la causa de la salvación, no es una condición que debamos cumplir para ser salvos.

La fe no es obra nuestra, sino obra de Dios. No es que porque Dios hizo algo importante para redimir la humanidad, el hombre también deba hacer algo grande, deba creer. El hecho es que Dios hace todo; él nos redime y nos da la fe que necesitamos para reclamar para nosotros esa redención. La fe es la mano en la que Dios pone el don gratuito de la justicia de Cristo, y es la mano que Dios nos da. La doctrina bíblica de que el pecador individual es declarado justo delante de Dios cuando él le da la fe, se llama justificación individual o subjetiva.

La fe es un milagro de Dios

Pablo compara la conversión con el milagro de la creación: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Así como Dios hizo algo de la nada al crear la luz el primer día de la creación, también hizo algo de la nada cuando puso la luz de la fe en nuestro corazón.

No fue que Dios tomara brasas, casi apagadas en nuestro corazón y les diera aire para encenderlas. No, él trajo luz de la oscuridad. Sólo Dios, sin ningún esfuerzo, inclinación,

predisposición o cooperación de nuestra parte, nos llamó por el evangelio de Cristo y nos llevó a acoger a Jesús en fe como nuestro Señor y Salvador. La venida a la fe y la permanencia en la fe son milagros, como el milagro que hizo Dios cuando creó la luz de la oscuridad. En ambos casos creó algo de la nada. La enseñanza bíblica de la salvación aparte de todo esfuerzo y logro humanos, está en total oposición con todas las otras religiones.

El budismo: una religión de obras

El budismo es una religión que practican más de trescientos millones de personas. Los budistas creen que toda la vida humana, toda la existencia consciente del hombre, consiste de sufrimiento. Ese sufrimiento lo causa el deseo humano de vida y placer. Las personas se reencarnan en una serie de vidas, y así siguen sufriendo, mientras tengan el deseo de existir. La meta de los budistas es alcanzar un estado de perfección en el que finalmente supriman todas sus pasiones y deseos de vida y felicidad.

El proceso por el cual las personas pueden suprimir esos deseos y escapar de su carrusel de miseria se llama el noble óctuple sendero: habla correcta, conducta justa, medios justos de subsistencia, esfuerzos correctos, mentalidad correcta, meditación correcta, opiniones correctas e intenciones correctas. Las sendas “correctas” son las que evitan los extremos de sensualidad y ascetismo. Quien lleve esa clase de vida, adoptando la senda intermedia entre los dos extremos, escapa a la reencarnación y al sufrimiento, y entra en una condición de extinción llamada nirvana, que es el estado de salvación para el budista. Claramente, con el énfasis en hacerse el camino al nirvana, el budismo es una religión de obras.

Otras religiones de obras

El islam es una de las religiones de mayor y más rápido crecimiento actualmente. Sus mil millones de seguidores se llaman musulmanes. Aunque en el islam hay muchas sectas, los musulmanes concuerdan en que la manera de escapar al castigo y entrar en el paraíso el día del juicio es la sumisión a un dios que llaman Alá. El islam no es una religión de fe en un Salvador de gracia y misericordia, sino una religión de normas y reglas, deberes, peregrinajes, ayunos y limosnas. A los musulmanes no les es dado su paraíso. Al contrario, lo tienen que ganar. Como el budismo, el islam es una religión de obras.

Podemos investigar otras religiones, y rápidamente notaremos que de alguna manera todas ellas, excepto el cristianismo, son religiones de obras. Los hindúes alcanzan su más alto nivel de existencia realizando ritos, alcanzando conocimiento, contemplando o sujetándose a un severo ascetismo. El sintoísmo, una religión popular del Japón, hace énfasis en ritos y normas morales.

La religión de la fe

Mientras otras religiones se pueden describir como religiones de obras, el cristianismo se puede llamar la religión de la fe. Todas las otras religiones dicen “haga” como camino a la salvación; el cristianismo dice “Dios lo ha hecho”. Las otras religiones enseñan: “Ama a Dios y a tu prójimo, y luego Dios te amará”. El cristianismo dice que Dios nos amó primero. Todas las otras religiones llaman a trabajar duro para estar bien con Dios, el cristianismo enseña que Dios ya ha reconciliado al mundo con él en Cristo. Las otras religiones dicen que se debe comprar o ganar la salvación por obras o mérito humano, el cristianismo dice que las obras y el mérito humano son por completo inútiles y exhorta a confiar sólo en

el perdón que Dios ganó por la vida y los méritos de Jesucristo.

De acuerdo con el cristianismo, la fe en Cristo es el único camino a la gloria. En palabras del apóstol Pablo: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28).

La considerable gloria del hombre

En este primero de tres capítulos dedicados al tema “Gloria restaurada”, no es accidental que hayamos hablado exclusivamente de lo que Dios ha hecho. Aunque hubiéramos querido relatar todo lo que ha hecho el hombre para restaurarse, no hubiéramos tenido nada que decir. Hemos visto muchas veces que en la restauración del hombre, Dios es el único rescatador y el único actor activo, mientras que el hombre, por naturaleza, no es simplemente pasivo, sino activamente hostil hacia su benefactor.

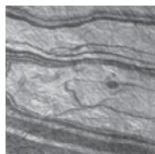
Eso no significa que el hombre en su restauración sea sin gloria. Considere el infinito valor que Dios le asignó a la humanidad cuando envió a su Hijo a redimirnos. Como dice Lutero en el Catecismo Menor: “No con oro ni con plata sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte”. Considere los nombres exaltados dados a los que son restaurados por la fe en Cristo. Juan nos llama “hijos de Dios” (1 Juan 3:1). Pablo dice: “Si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). Pedro dice que somos “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9). ¡Ciertamente, los que somos hijos de Dios y hemos sido restaurados en la familia de Dios por medio de la fe en Jesús no estamos sin gloria!

Una gloria reflejada

No obstante, la gloria que tenemos es una gloria reflejada. No es una gloria intrínseca, es decir, que no es nuestra por naturaleza. Al contrario, es una gloria que nos es dada por gracia, por el inmerecido amor de Dios por nosotros. Es una gloria que demuestra que la valía y la bondad de Dios son mucho más que las nuestras.

Podríamos comparar la gloria que tenemos con la gloria de la luna. Aunque la luna sea muy bella y brillante en una noche despejada, no tiene luz propia. La luna brilla sólo porque refleja la luz del sol. De hecho, la luna es un reflector muy ineficiente, sólo refleja cerca del diez por ciento de la luz que recibe, dando sólo cerca de 1/465.000 de la luz que da el sol.

Los cristianos tampoco tenemos luz propia. En todo lo que somos, en todo lo que tenemos y hacemos, sólo reflejamos la gloria de Dios. Y no siempre somos buenos reflectores. Sin embargo, si la gente llega a ver algo bueno y honorable en nosotros, ven un reflejo de la gloria de Dios. Ven lo que Dios ha logrado en nosotros.



10

La gloriosa lucha del cristiano

En el curso de la historia se han dado una cantidad de batallas que han tenido efectos de largo alcance sobre eventos posteriores. A los profesores de historia les gusta señalar lo diferente que sería hoy el mundo si esas batallas hubieran terminado de manera diferente. La estructura política de nuestro mundo y hasta la misma civilización hubiera sido muy diferente. La mayoría recordamos, por el estudio de la historia, la importancia de la batalla de Gettysburg durante la Guerra Civil, o las batallas de Estalingrado, Normandía y Midway en la Segunda Guerra Mundial.

Volviendo más atrás en la historia, ¿qué hubiera pasado si los mongoles se hubieran conquistado toda Europa en el siglo 13? ¿O si los musulmanes turcos hubieran conquistado toda Europa a finales del siglo 14 o en el siglo 16? ¿Europa habría conservado su cristianismo? ¿Habría una civilización europea como la conocemos actualmente? ¡El resultado de las batallas estratégicas puede marcar una gran diferencia!

Las batallas de nuestro Salvador

Ahora piense en las batallas que nuestro Salvador ganó por nosotros. Piense en lo diferente que hubiera sido nuestro futuro si esas batallas hubieran terminado de otra manera. Durante 33 años, nuestro Señor Jesús afrontó las embestidas de las tentaciones de Satanás, pero nunca se rindió. Nunca evadió el sacrificio final. No alegó su juventud o su inocencia, ni aun su divino privilegio. Él fue a la cruz porque el Padre le pidió que lo hiciera. Jesús fue un buen soldado; dio las batallas para las que fue enviado a luchar. Temblamos al pensar qué sería de nosotros, si Jesús no hubiera luchado.

El despojos de la victoria

Los vencedores de la guerra van por el despojos. Cuando Jesús ganó la victoria sobre el pecado y la muerte, el despojos de su victoria no fue riqueza ni territorio, sino almas preciosas, es decir, nosotros. Él nos liberó para que le sirvamos. Pablo nos dice: “Él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:15). Ahora que hemos sido liberados del pecado, hemos venido a ser “siervos de Dios” (Romanos 6:22).

La idea de ser despojos de victoria y siervos de Dios puede parecer poco atractiva, hasta que nos damos cuenta de que nadie se ha beneficiado más que nosotros por la victoria de Jesús. No somos sólo el despojos, sino también compartimos el despojos. Por causa de Jesús, Dios ya no nos tiene por sus enemigos, sino que somos sus amigos. Por causa de Jesús ya no somos extranjeros, sino ciudadanos del reino de Dios. Ya no somos hijos de Satanás, sino amados hijos de Dios, herederos de todas sus bendiciones.

Nuestras nuevas relaciones

Pocas cosas ilustran más dramáticamente el cambio de nuestra relación con Dios que el hecho de que podemos orar. Como las Santas Escrituras describen como verdaderas oraciones sólo las que se ofrecen a Dios por medio de Jesús, o en el nombre de Jesús, Dios responde solamente las oraciones de los cristianos (Juan 14:6; 16:23). La Biblia dice: “Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones, pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen lo malo” (1 Pedro 3:12).

Asó como hijos amados por sus padres, los cristianos saben que pueden llevar confiadamente todas las cosas delante de su Padre celestial y esperar que Dios oiga y responda sus oraciones. Por lo tanto, los cristianos oran continuamente (1 Tesalonicenses 5:17). El Espíritu también ora por los cristianos, aun cuando ellos no sepan por qué orar (Romanos 8:26,27).

Cuando llegamos a ser cristianos, ocurre un cambio también en nuestra relación con otras personas. Por primera vez, sabemos lo que es en verdad el amor. En la cruz, hemos visto en acción el amor perfecto. Sabemos que el amor no es ese sentimiento amable, cálido, que tenemos cuando alguien nos hace felices. Al contrario, el amor es el deseo de hacer felices a otros. El amor es la disposición a sacrificarnos por otros como Jesús se sacrificó por nosotros. El amor es el deseo de dar de nosotros, en lugar del deseo de recibir.

La gloria restaurada

Como amados hijos de Dios por medio de la fe en Jesús, hemos hecho todo el círculo: de la gloria a las cenizas, y de regreso. Ya vimos cómo el hombre fue creado en gloria y a la imagen de Dios, privilegiado para vivir en la amorosa presencia de Dios. Vimos cómo ese glorioso futuro se

consumió en llamas cuando Adán y Eva cayeron en pecado y se redujeron a cenizas las esperanzas del hombre. Pero ahora, por medio de la victoria de Jesús y por el don de la fe que nos da el Espíritu Santo, la gloria del hombre es restaurada.

¿Puede en verdad ocurrir eso? ¿Podemos los pobres mortales tener alguna gloria? ¡Ciertamente podemos! La Biblia dice que por medio de la fe podemos tener de nuevo la santidad que Adán perdió cuando cayó en pecado. Por medio de la fe, Dios acredita en nuestra cuenta la perfecta justicia de Cristo (Romanos 4:3,23,24). Dice Pablo: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Note que no *tenemos* una justicia que se nos escurra por entre los dedos y la perdamos, sino que *venimos a ser* esa justicia. Y no es una justicia incompleta o manchada en lo que nos convertimos, sino en *la justicia de Dios*.

Una actitud nueva

La fe en Cristo no sólo nos da justicia delante de Dios, también nos da una actitud totalmente diferente hacia todas las cosas; cambia nuestra manera de pensar. Al evangelio, que una vez fue considerado como la mayor locura, ahora lo tenemos como la más alta sabiduría. A la Biblia, que una vez podíamos tomar o dejar, ahora la consideramos más estimada que la vida. Las tribulaciones y dificultades de la vida, que antes nos llenaban de frustración y desengaño, ahora producen paciencia, prueba y esperanza (Romanos 5:3,4). Nos regocijamos en la tribulación, sabiendo que “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien” (8:28).

La idea de la muerte y el juicio, que antes nos paralizaba de miedo el corazón, ya no nos atemoriza. De hecho, al aproximarse el día del juicio, lo esperamos y nos regocijamos porque nuestra “redención está cerca” (Lucas 21:28). Hasta la idea de ser siervos de Dios ya no nos humilla ni nos disgusta.

No queremos más que la oportunidad de que “librados de nuestros enemigos sin temor le sirvamos en santidad y en justicia delante de él todos nuestros días” (1:74,75). Pablo resume la tremenda transformación que produce la restauración de la imagen de Dios en nosotros cuando dice que el cristiano es una nueva criatura: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron; todas las cosas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

La Biblia llama nuevo hombre (Efesios 4:24) a esta nueva actitud en nosotros, que nos ayuda a ver todas las cosas bajo una luz completamente diferente, también lo llama hombre interior (Romanos 7:22) y nuevo espíritu (Ezequiel 11:19).

Las batallas internas

El nuevo hombre tiene oposición. Además del nuevo hombre, seguimos teniendo el viejo hombre, la naturaleza pecaminosa que todos heredamos de Adán. Respecto del nuevo hombre, el creyente es perfecto y santo, no necesita mejorar (Romanos 7:22). Respecto del viejo hombre, el cristiano no es mejor que el más degenerado incrédulo (Romanos 7:18).

El viejo hombre estará en nosotros mientras vivamos en este mundo. Es una fuerza poderosa que lucha contra la fe y la conciencia, contra la verdad y la honestidad y todo lo bueno. Su única meta es devolvernos a la esclavitud al pecado para que perdamos la fe y finalmente el cielo. Pablo dice: “El deseo de la carne es contra el Espíritu y el Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:17).

Por cuanto el viejo hombre y el nuevo hombre compiten por el dominio, la vida interior del cristiano se convierte en una lucha constante, una interminable serie de batallas. A veces parece que gana el nuevo hombre; otras veces parece que el viejo hombre tiene el control y que el nuevo hombre no

tiene ninguna fuerza. Hasta el apóstol Pablo lamentó las muchas veces en que no vivía como debe vivir un cristiano. Era tan fuerte en él el viejo hombre, que dijo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19). Y siguió con esta exclamación: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:24). ¿Quién me libraré de esta carne pecaminosa mía, que está determinada a hundirme en el pecado y en la muerte eterna?

El significado de la lucha

Todo cristiano tiene la experiencia del apóstol Pablo: lo bueno que quiere hacer, no lo hace; y el mal que no quiere hacer, eso hace. Al comenzar el día, podemos hacerle a Dios la solemne promesa de que vamos a hacer todo lo que podamos para ayudar a otros, que no diremos nada para herir a nadie, que no difundiremos ni oiremos murmuraciones, y que no vamos a maldecir ni a jurar. Pero ¿qué pasa? El bien que queremos hacer, no lo hacemos, y el mal que no queremos hacer, eso sí hacemos.

¿Significa la batalla interior que no somos cristianos? Nada puede estar más lejos de la verdad; la batalla interna es evidencia de que somos cristianos. Si no hubiera batalla, podríamos suponer que el nuevo hombre está muerto y se ha ido la fe, porque el viejo hombre ya no tiene oposición. ¡Pero como se está dando una batalla, sabemos que el nuevo hombre está vivo!

Es significativo que la Biblia nunca describa a los creyentes como personas perfectas o que nunca pecan, ni como personas para quienes la lucha con el pecado sea fácil. Los creyentes a veces tropiezan, titubean y van en la dirección equivocada. Pero como el Espíritu Santo renueva cada día al nuevo hombre, los cristianos no están satisfechos con su comportamiento. Se arrepienten de sus pecados, cambian de dirección, renuevan la batalla contra el pecado.

A la vez santo y pecador

Lutero señaló muchas veces que el cristiano es “santo y pecador al mismo tiempo”.³⁹ Los creyentes son santos porque sus pecados han sido gratuitamente perdonados por medio de los méritos de Cristo. Pero los creyentes también son débiles y muchas veces son abrumados por su carne pecaminosa.

En sus lecturas sobre el Génesis, Lutero señaló que hasta los más grandes santos caían con frecuencia en pecado. Noé se emborrachó; Lot y sus hijas cometieron incesto; Raquel adoró ídolos. Cuando Judá le negó equivocadamente a Tamar, su nuera viuda, el derecho a casarse con su hijo Sela, ella engañó a Judá para que tuviera relación sexual con ella para tener un hijo de él. Lutero dijo:

Esos pecados de los santos se narran tan amplia y detalladamente para nuestro consuelo, con el fin de que sepamos que los patriarcas y las santas matronas eran como nosotros. A veces alcanzaban grandes y sublimes cosas que de ninguna manera nosotros podríamos alcanzar o imitar; este tipo de cosas están registradas en la Epístola a los Hebreos [11:4-40]. Pero, a veces cometían pecados necios, ridículos; sí, los peores y afrentosos pecados, para que sólo Dios sea glorificado en nuestras obras, tanto buenas como malas; en las buenas obras que él ha hecho en nosotros, y en las malas obras que él nos ha perdonado en su misericordia.⁴⁰

Nuestra arma

Dios nos ha dado sólo un arma contra Satanás, contra el viejo hombre y el pecado. No obstante, es un arma devastadora: su Palabra. Por medio de la Palabra de Dios, Jesús venció las tentaciones del diablo (Mateo 4:1-11). Por medio de su Palabra, fueron sostenidos en la fe los santos de la antigüedad. Cuando perdían una batalla contra el pecado, la promesa divina de amor y perdón los levantaba para seguir luchando.

Pablo les dijo a los corintios: “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas” (2 Corintios 10:4). La Palabra de Dios es un arma defensiva, que nos protege contra el pecado y el error (Salmo 119:9; Tito 1:9), y es un arma ofensiva, “la espada del Espíritu” (Efesios 6:17), que nos da la capacidad de tomar por asalto la fortaleza del enemigo.

La insensatez del desarme

Los movimientos pacifistas a veces promueven el desarme unilateral. Esa política ignora la realidad de la crueldad del hombre con el hombre y deja a una nación indefensa contra los enemigos. Muchos cristianos se desarman espiritualmente al dedicar poco tiempo o nada de tiempo a escuchar y estudiar la Palabra de Dios. Sin la Palabra de Dios, no tienen respuesta a la tentación y la desesperación. Tampoco tienen protección contra los ataques de sus enemigos espirituales.

Lutero dijo una vez que la vida en este mundo debía ser como la de un hombre que pasa la noche en un hostel o un hotel.⁴¹ El hombre descubre que el lugar donde está es una cueva de ladrones, un lugar donde la gente roba y hasta mata a los viajeros que llegan. Cuando el hombre descubre eso, no duerme bien, porque sabe que en cualquier momento alguien puede entrar para robarle sus pertenencias y quitarle la vida. De la misma manera, según Lutero, usted y yo vivimos en un ambiente hostil. Este no es sólo el mundo de Dios, sino también es la casa del diablo donde, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). Estamos en estado de guerra; estamos en peligro. No podemos permitirnos dormir profundamente ni podemos dejar las armas.

Cortar nuestras líneas de abastecimiento

Cuando hay guerra, como la en que nos encontramos nosotros, es importante conocer las habilidades y las tácticas

del enemigo. Una de las estrategias de los ejércitos modernos es interrumpir las líneas de suministros. Si el enemigo bombardea las fábricas o interrumpe los suministros para impedir que lleguen al frente las armas y las municiones, se pierde la guerra. Igualmente, al viejo hombre nada le gusta más que inventar excusas para mantenernos lejos de los servicios de la iglesia y de la Palabra de Dios. Trabaja duro para interrumpir nuestra línea de suministro espiritual e impedir que alimentemos nuestra fe.

Un soldado no puede luchar si no se lo alimenta. La Biblia presenta frecuentemente al creyente como un planta o un árbol que necesita que lo rieguen y lo alimenten para que pueda crecer (Salmo 1). La nutrición que Dios da para la fe es el evangelio en Palabra y sacramento (Romanos 10:17). Por medio del uso diligente del evangelio, los creyentes se fortalecen en la fe y en el conocimiento espiritual (Colosenses 2:6,7). Las buenas obras son el resultado de la buena alimentación que reciben (Juan 15:5). Y a medida que se fortalece el nuevo hombre, se debilita el viejo hombre (Romanos 6).

Propaganda

El viejo hombre es hábil en la guerra psicológica y en la propaganda. Así como los ejércitos modernos dejan caer hojas con propaganda detrás de las líneas enemigas para debilitar la moral del oponente y destruir su voluntad de lucha, el viejo hombre usa la propaganda en forma de mentiras, tentaciones y falsas doctrinas.

El viejo hombre sostiene una astuta guerra de palabras. Antes de inducirnos a pecar, minimiza la importancia del pecado, trata de persuadirnos de que ese pecado es muy pequeño: “Todo el mundo lo hace, no hay peligro. A Dios no le importa. Hazlo una vez y experimenta, siempre te puedes arrepentir después.” Después de que hemos pecado, Satanás

comienza de presentar el pecado como muy grande: “¿Te das cuenta de lo que haz hecho? ¡Dios nunca te va a personar eso!” Así espera llevarnos a la desesperación.

El viejo hombre sostiene también una guerra de guerrillas, una guerra de desgaste en la que lentamente nos debilita. No siempre trata de ganar las grandes batallas, sino que se contenta con ganar pequeñas batallas, debilitándonos poco a poco. Él sabe que si perdemos suficientes batallas pequeñas, pronto perderemos también las grandes batallas. Si “la loma de la honradez” no es lo suficientemente importante como para luchar por ella, quizás tampoco valga la pena luchar por la “montaña de la moralidad”. Si no vale la pena luchar contra los pecados pequeños, finalmente no habrá ningún territorio digno de que se luche por él. Aquí, nuevamente, la meta es erosionar nuestra resistencia, acostumbrarnos al pecado, de modo que perder también las grandes batallas no nos importe después de un tiempo.

Conozca la voz del enemigo

Muchos de nosotros tenemos una multitud de opiniones sobre una amplia variedad de temas. No siempre estamos de acuerdo en las opiniones cuando se trata de política o de asuntos éticos. Además, las ideas y las opiniones que sostenemos pueden cambiar con el paso del tiempo.

No sólo la información nueva cambia nuestra manera de pensar sobre las cosas. A veces el cambio de pensamiento se puede deber a los altibajos de la lucha entre el viejo hombre y el nuevo hombre. Cuando el viejo hombre tiene el control, pensamos de manera diferente de cuando el nuevo hombre tiene el control.

Tener la doble influencia del viejo hombre y del nuevo hombre, se ha comparado con tener agua caliente y agua fría provenientes de un solo grifo.⁴² En un momento el agua sale caliente; otro momento sale fría; ¡A donde giremos, eso

obtenemos! Sería un error no monitorear y controlar la temperatura del agua que sale de un grifo. Todo, desde las manos hasta los pececitos ornamentales, se ha quemado con agua que estaba demasiado caliente.

También sería un error ignorar la fuente de los pensamientos que salen de nuestra mente. Debemos preguntarnos: “¿Quién está hablando? ¿El viejo hombre o el nuevo? ¿El amigo de Dios o el enemigo de Dios?” Sería un error que aceptáramos sin discusión todas nuestras ideas y opiniones simplemente porque surgen de nosotros, sin someterlas a una revisión espiritual. ¡A veces la voz que hay en nuestra mente no es la nuestra, como cristianos, sino que es la de la naturaleza pecaminosa!

Identificar al amigo y al enemigo

Se pueden identificar las voces el viejo hombre y del nuevo hombre con base en sus resultados. El viejo hombre, por ejemplo, odia oír sobre dinero desde el púlpito. El viejo hombre exclama “¡Necedad!” cuando la aplicación del sermón lo toca muy de cerca. El nuevo hombre, por su parte, no sólo se abstiene de objetar el tema del dinero, sino que desea oír lo que la palabra de Dios dice sobre él. El nuevo hombre sabe que todo lo que tiene viene de Dios y le sigue perteneciendo a Dios. El nuevo hombre busca exhortación y sugerencias para mejorar su servicio a Dios, aun si eso toca su billetera.

El viejo hombre nos impulsa a juzgar al prójimo; el nuevo hombre “no guarda rencor” (1 Corintios 13:5). El viejo hombre nos impulsa a no estar satisfechos con nuestra situación en la vida; el nuevo hombre está contento con lo que tiene, “pues [Dios] dijo: ‘No te desampararé ni te dejaré’” (Hebreos 13:5). El viejo hombre aconseja pereza y negligencia; el nuevo hombre nos exhorta a trabajar mientras es de día, porque “la noche viene, cuando nadie puede

trabajar” (Juan 9:4). El viejo hombre trata de establecer un muro de hostilidad entre nosotros y nuestro pastor, entre nosotros y nuestra iglesia; el nuevo hombre nos exhorta a honrar a “los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Timoteo 5:17) y amar a nuestros hermanos (1 Juan 3:14-16).

Entre dos grandes victorias

Cuando el apóstol Pablo sintió grande angustia, cuando se vio perdiendo tantas batallas, dijo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Pero rápidamente agregó: “¡Gracias doy a Dios por Jesucristo, Señor nuestro!” (versículo 25). Dios ha luchado por nosotros por medio de Jesús. Cuando estábamos indefensos, Jesús fue nuestro defensor y Salvador. En el Calvario, Jesús silenció toda acusación de pecado que se pueda levantar contra nosotros (8:33). En la tumba pascual venció la muerte que perdió su aguijón (1 Corintios 15:55). Su victoria fue completa, perfecta e asombrosa.

Pero, si la victoria de Jesús fue completa, ¿por qué seguimos luchando? ¿Por qué sigue habiendo batallas? Parte de la respuesta es que no nos enfrentamos a un enemigo corriente. Aunque el enemigo ha sido derrotado, sigue luchando como si no supiera que ya perdió. Con ira y desesperación sigue presionándonos duramente. Aunque está sentenciado a caer por el poder de Dios, sigue golpeando a la puerta de nuestro corazón.

Nuestra situación es como la de los marines norteamericanos en Guadalcanal en la Segunda Guerra Mundial. Después de unos 80 días de dura batalla, obtuvieron una gran victoria en esa isla. La retaguardia enemiga estaba destruida, pero eso no le puso fin a la lucha. Hubo que enviar refuerzos para hacer una campaña de limpieza de enemigos. Murieron y fueron heridos muchos marines más, antes de la victoria final, cuando por fin se rindió el último enemigo.

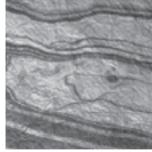
Vivimos así, entre dos grandes victorias: el Viernes Santo/la Pascua y el día del juicio. Todavía se deben dar muchas batallas; pueden sobrevenir muchas tentaciones. Muchos resultaremos heridos antes de que todo concluya. Pero Dios, que ya venció a nuestros enemigos espirituales, nos conducirá a la victoria.

Una vida de gloriosa esperanza

En la descripción de la vida cristiana en este capítulo, hemos sido francos y honestos. En nuestra vida no todo es alegría y diversión. Al contrario, también está llena de conflicto, dolor y aflicción. Cada uno de nosotros tiene que cargar una cruz durante la vida. En un momento u otro de nuestra vida pueden atribularnos las tentaciones, los fracasos, la enfermedad, la discapacidad, pérdida de propiedades o de seres amados y otros diversos contratiempos. Pero para el cristiano una vida tan imperfecta y muchas veces tan desagradable, está animada por una gloriosa esperanza. Esperamos y confiamos en Dios, en su guía y protección, mientras vivimos en este mundo. Esperamos y confiamos en su promesa de que mitigará nuestras aflicciones y tentaciones, para que nunca superen nuestra fe (1 Corintios 10:13).

Además, ¡nuestra esperanza no se limita a esta vida! Tenemos una esperanza que va más allá de la tumba. Dios “nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable” (1 Pedro 1:3,4). El cielo nos espera; por tanto, decimos con Pablo: “No desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva día a día, pues esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:16,17).

En el próximo capítulo veremos más claramente cuán grande será esa gloria.



11

La gloria que nos espera en el cielo

Ocurre con más frecuencia que la que quisiéramos admitir. Nos encontramos en el lado equivocado de una puerta cerrada. Buscamos en los bolsillos y de repente nos damos cuenta de que no tenemos las llaves de la casa o del auto. Podemos tener todo tipo de llaves, pero no la correcta. Es sólo una simple cerradura, pero parece hecha para dejar la gente completamente afuera. Tendríamos que romper una ventana o llamar un miembro de la familia para que traiga una llave. Cualquiera que sea la solución, es una terrible experiencia sentirse del lado equivocado de una puerta cerrada.

Quedarnos afuera de la casa o del auto puede ser frustrante, pero en realidad ¿qué hemos perdido? ¿Un poco de tiempo? ¿Un poco de orgullo? ¿Una ventana rota? En la mayoría de los

casos probablemente podremos asumir la pérdida; ¡pero sería muy trágico si un día nos encontramos ante la puerta del cielo cerrada con llave! Nadie puede asumir el costo de estar en el lado equivocado de la puerta cerrada del cielo.

Quizás parezca extraño pensar que el cielo tiene una puerta con cerradura, pero cuando Jesús les dijo a sus discípulos que les iba a dar “las llaves del reino de los cielos” (Mateo 16:19), los animó a pensar que el cielo es un lugar con cerradura y llave. La cerradura del cielo es el pecado; la llave es el precioso evangelio de Cristo. Cuando creemos que la muerte inocente de Jesús en la cruz ganó el perdón de Dios para nosotros, la puerta del cielo se abre para nosotros.

La muerte no es el fin

La muerte temporal no es el fin de la existencia humana. Incluso la mayoría de los que nada saben de la Biblia sienten que la existencia consciente del hombre y su identidad personal continúan más allá de la tumba. No sólo el cristianismo, sino también casi todas las religiones hechas por el hombre hablan de la existencia después de la muerte. Los hindúes hablan de reencarnación, los musulmanes de un paraíso sensual, y los mormones de convertirse en dioses.

Mientras que el pagano sólo puede intuir la existencia de la vida después de la muerte, el cristiano sabe con certeza que esa vida existe. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento enseñan claramente que la muerte no es el fin. Job sabía que el día del juicio estará vivo para ver a Dios (Job 19:26). Cuando los saduceos se mofaron de la idea de la resurrección, Jesús les recordó que en el Antiguo Testamento Dios se llamó “Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob” (Lucas 20:37,38; Éxodo 3:6). Abraham, Isaac, y Jacob, habían muerto siglos antes, pero Dios dijo que su relación con ellos continuaba. Eso sólo puede significar que seguían viviendo.

Jesús dijo varias veces que el alma vive después de la muerte. Les dijo a los discípulos que no temieran a los humanos que no pueden matar el alma (Mateo 10:28). La historia del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31) y la descripción que hizo Jesús del juicio final (Mateo 25:31-46) se basaron en el hecho de que la muerte temporal no es fin de la existencia personal del hombre.

Pedro habló de los malvados viviendo después de la muerte y dijo que son “espíritus encarcelados” (1 Pedro 3:19). Juan habló de los justos que están delante de Dios alabándolo (Apocalipsis 7:9,10). Sería imposible que alguien que niegue la existencia de la vida después de la muerte diga que acepta las enseñanzas de la Biblia.

¿Qué le ocurre al alma?

La Biblia dice que cuando la persona muere, el espíritu vuelve a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7). El apóstol Pablo dijo: “Deseo partir y estar con Cristo” (Filipenses 1:23). Pablo confiaba en que al morir, iba a estar “presente al Señor” (2 Corintios 5:8). En esto se ve claramente que cuando mueren los creyentes, sus almas están con Dios en el cielo.

No hay base para la idea de que las almas de los muertos permanezcan en la tierra para comunicarse con los vivos. Las almas de los muertos aparentemente no saben de nosotros (Isaías 63:16). Tampoco salen del cielo en ningún momento para advertir a los malvados (Lucas 16:27-29). Las almas de los muertos no son absorbidas en la esencia de Dios en el cielo, como han sugerido muchos, sino que continúan existiendo como entidades personales separadas (Lucas 20:37,38).

La muerte como un sueño

La Biblia dice varias veces que la muerte es como un sueño, para llamar la atención al hecho de que la muerte no es

permanente (Daniel 12:2; Juan 11:11). De la manera como despertamos del sueño, así despertaremos de la muerte.

Pero, en la muerte sólo el cuerpo duerme, no el alma. Sería un error imaginar un “sueño del alma”, en el que nuestras almas sean privadas del regocijo de Dios y de las bendiciones del cielo. Jesús le dijo al ladrón crucificado con él: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Juan escribió: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14:13). En otras palabras, los que mueren confiando en Jesús son felices de inmediato. Por otra parte, los que mueren sin la fe, comienzan a sufrir los tormentos del infierno inmediatamente (Lucas 16:22-24).

La resurrección del cuerpo

Los antiguos filósofos griegos Pitágoras y Platón enseñaron que el alma es la única parte real o perdurable de nuestro ser.⁴³ Enseñaban que mientras vive el alma en este mundo, está prisionera en el cuerpo como castigo. Finalmente el alma gana la libertad de la muerte. Su meta es alcanzar un estado de pureza tan alto que nunca vuelva a ser forzada a vivir en un cuerpo.

Esa manera de pensar es injusta con el cuerpo ya que el cuerpo es también creación de Dios. Aunque el cuerpo vuelve a la tierra de donde vino (Eclesiastés 2:7), también está destinado por Dios para gozar una bendita eternidad con él. Dios promete que el día del juicio resucitará nuestros cuerpos y los reunirá con nuestras almas (Hechos 24:15; 2 Corintios 1:9).

La resurrección de Jesús garantiza que nuestros cuerpos resucitarán el día del juicio. Cristo es “primicias de los que murieron” cosechado de la tumba. El resto de nosotros le seguirá (1 Corintios 15:20). Mientras estuvo en la tierra, Jesús mostró su poder sobre la muerte al resucitar al hijo de la viuda (Lucas 7:15), a la hija de Jairo (Mateo 9:25), y a su amigo

Lázaro (Juan 11:43,44). Cuando venga el último día, demostrará su poder sobre la muerte resucitando a todos los muertos. El último día, “todos los que están sepultados oirán su voz, y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28,29).

Nos reconoceremos unos a otros

Juan habla de “grandes y pequeños, de pie ante Dios” en el cielo (Apocalipsis 20:12). No es claro si “grandes y pequeños” se refiere a niños y adultos o a líderes y personas comunes. Si Juan se refiere a la estatura física, el pasaje es evidencia de que los cuerpos resucitados serán los mismos que tenemos ahora. Si fuimos altos en esta vida, lo seremos en el cielo; si fuimos bajos aquí, lo seremos allá.

Lo que sea que signifique “grandes y pequeños”, hay otras indicaciones de que los cuerpos que tendremos después de la resurrección serán los mismos que tuvimos antes de morir. Jesús no tenía el cuerpo de un extraño cuando resucitó. Los discípulos lo reconocieron por las marcas de los clavos y la herida en su costado. Job sabía que aunque muriera y su cuerpo se descompusiera, en la resurrección tendría el mismo cuerpo que tuvo en esta vida: “Después de desecha está mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo, mis ojos lo verán, no los de otro” (Job 19:26,27). Todo esto nos asegura que nuestra identidad será preservada en el cielo y que tendremos el mismo cuerpo que tuvimos aquí.

Nuestros cuerpos glorificados

Aunque los cuerpos resucitados serán los mismos que tuvimos en esta vida, tendrán cualidades y características nuevas. Pablo dice que Cristo “transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo” (Filipenses 3:21). Los cuerpos de los creyentes que están vivos en la

segunda venida de Cristo serán transformados en un momento (1 Corintios 15:51,52).

Nuestros actuales cuerpos están sujetos a debilidad, enfermedad, dolor y envejecimiento; tienen defectos y deformidades. Muchos usamos anteojos, ayudas auditivas, miembros artificiales o marcapasos. Muchas personas dependen de medicinas para conservar vivos sus frágiles cuerpos. Cuando alguien muere, sepultamos rápidamente el cuerpo, antes de que el olor de la descomposición ofenda nuestros sentidos y la contaminación de la carne descompuesta nos dañe la salud. Como dice Pablo, nuestra actual carne y sangre son perecederas y no aptas para morar en el cielo (1 Corintios 15:50). Pero aunque “se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, se resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (versículos 42-44). A nuestros nuevos “cuerpos espirituales”, como los llama Pablo, se les habrán quitado todas sus anteriores deficiencias; habrán sido borrados toda debilidad y todo defecto.

Es difícil imaginar cuerpos perfectos, pero eso será lo que tendremos en el cielo. Cuerpos que ya no estarán sujetos a enfermedad ni envejecimiento, sin sobrepeso, cuerpos que no sentirán hambre ni sed, ni ningún tipo de incomodidad (Apocalipsis 7:16), cuerpos que nunca se cansarán, que serán eternamente jóvenes. Todos los efectos del pecado habrán desaparecido. Todo eso está contenido en la promesa divina de que “ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (21:4).

Como la planta difiere de su semilla

Pablo dice que el cuerpo que tendremos en la resurrección será diferente del que tenemos ahora, de la misma manera que una planta difiere de la semilla de la que procede: “Preguntará

alguno: ‘¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?’. Necio, lo que tú siembras no vuelve a la vida si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, sea de trigo o de otro grano. Y Dios le da el cuerpo que él quiere, y a cada semilla su propio cuerpo” (1 Corintios 15:35-38).

¿Cómo, entonces, nos reconoceremos unos a otros si los cuerpos son tan completamente cambiados? Siegbert Becker comentó sobre esto: “Para alguien que nunca vio crecer el maíz u otras plantas, puede ser muy difícil creer que una caña de maíz de más de dos metros de altura y con una gran mazorca salga de un trocito tierno y amarillo de protoplasma. Pero los que han tenido experiencia en esa materia reconocerán como maíz a la pequeña planta verde cuando la vean, aunque su color y su forma no se parezcan a la semilla que se plantó.”⁴⁴

¿Cómo será exactamente nuestro cuerpo en el cielo? Es obvio que la respuesta a esta y otras muchas preguntas tendrá que esperar hasta que lleguemos al cielo. Está claro el hecho de que nuestro cuerpo resucitado será el mismo que tuvimos en esta vida. Sin embargo, las cualidades exactas y la apariencia de ese cuerpo no son claras. El hecho de que nos reconoceremos unos a otros en el cielo es claro, pero cómo nos reconoceremos, no está claro. Juan dice: “Aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él” (1 Juan 3:2).

Sin pecado en el cielo

Los cambios de nuestros cuerpos resucitados están directamente conectados con la ausencia de pecado. Sabemos que la muerte existe donde hay pecado, porque la paga del pecado es la muerte (Romanos 6:23). Como en el cielo no hay muerte, sabemos que no habrá pecado allá. En el cielo los

creyentes serán confirmados en su destino; será imposible la caída en pecado cuando hayamos alcanzado la gloria del cielo.

¿Cómo puede ser posible esto? ¿Cómo pueden personas tan pecadoras en la tierra llegar a ser perfectamente justas en el cielo? Recuerde que nuestros enemigos espirituales ya no estarán presentes para tratar de engañarnos. Satanás será arrojado al lago de azufre ardiente (Apocalipsis 20:10). El viejo hombre será completamente removido y desechado (Efesios 5:27). El nuevo hombre ya no tendrá al viejo hombre obscureciéndolo e impidiéndole gobernar. Nuestro conocimiento de Dios será finalmente perfecto. Todas nuestras preguntas y dudas sobre Dios y su voluntad serán respondidas en el cielo. Pablo dice: “Ahora vemos por espejo, oscuramente, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

La visión beatífica

Sin duda, la experiencia más cautivamente y conmovedora que tendremos en el cielo será ver a Dios cara a cara. La bendición de ver a Dios en toda su bondad y gloria es lo que los teólogos llaman la visión beatífica. El salmista habla de esa visión conmovedora y gozosa cuando le dice a Dios: “Veré tu rostro en justicia, *estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza*” (Salmo 17:15). El salmista dice que estará satisfecho cuando vea el rostro de Dios, estará inmensamente feliz y contento.

Así será para nosotros. La visión de Dios en toda su gloria será tan preciosa para nosotros que también estaremos plenamente satisfechos. No desearemos ver nada mejor que Dios, no tendremos ningún anhelo de volver nuestra atención a nada mejor, porque no habrá nada mejor. Esto también explica en parte la ausencia de pecado en el cielo, estaremos tan satisfechos con la visión de Dios en el cielo que no

tendremos ningún deseo de hacer nada distinto de contemplarlo y hacer su voluntad. No es que Dios nos impedirá pecar por su omnipotencia, sino que no tendremos ningún deseo de pecar.

Los gozos del cielo

Hemos visto lo que no es el cielo: no pecado, no problemas, no imperfección, no llanto, no dolor, no muerte. Pero Dios nos dice también cómo es el cielo en términos positivos, comparando al cielo con algunas experiencias felices que tiene la gente en esta vida. Por ejemplo, se compara el cielo con un gran rescate (1 Tesalonicenses 1:10; Apocalipsis 7:14-17). Si alguna vez hemos sido salvados o rescatados de algún gran peligro, hemos tenido una anticipación del cielo.

También se ha dicho que el cielo es descanso (Hebreos 4:9,10). Si alguna vez hemos tenido un día muy largo y fatigoso de trabajo, y luego termina súbitamente y podemos sentarnos a descansar, hemos tenido un anticipo del cielo.

También se compara el cielo con recibir una herencia (Apocalipsis 21:7). Si alguna vez hemos recibido una herencia inmerecida o inesperada, hemos tenido un anticipo del cielo. Así compara Dios al cielo con muchas experiencias agradables: vivir en una casa con muchas habitaciones (Juan 14:2), asistir a un banquete de bodas (Mateo 25:10), reinar como un rey (Apocalipsis 22:5), comer en una gran fiesta (Lucas 22:30).

Asombro y expectativa

A pesar de todo lo que sabemos sobre el cielo, todavía nos es difícil entender. No es que Dios no pueda decirnos cómo es el cielo, sino que nuestra comprensión es limitada. Como dice Wilbert Gawrisch: “Somos como una anciana con cataratas en los ojos, que a duras penas se imagina la figura de sus nietos, aunque están iluminados por el brillante sol del medio día”.⁴⁵

Habiendo pasado muchos años en este mundo imperfecto, nos es difícil imaginar un mundo sin muerte, sin tristeza ni dolor. Es difícil imaginar un mundo sin tentación y sin pecado. Es difícil imaginar un mundo sin enfermedad mental, sin depresión, fracaso, hambre ni sed. Es difícil imaginar un mundo en el que no se necesiten médicos, enfermeras ni hospitales. Es difícil imaginar un mundo sin matrimonio (Mateo 22:30), sin familias separadas, un mundo sin gobierno para el castigo de los malvados, un mundo en el que no se necesite la obra misionera.

No importa cuanto sepamos sobre el cielo, hay muchas preguntas de asombro y expectativa que quedan sin respuesta. Nos quedamos preguntando:

- ¿Cómo será dormirnos algún día y luego despertar y hallarse en el cielo?
- ¿Cómo será ver a Jesús cara a cara?
- ¿Cómo será ver a los ángeles y hablar con ellos?
- ¿Cómo será cambiar la soledad y el sufrimiento por una eterna felicidad y contentamiento en la presencia de Dios?
- ¿Cómo será cambiar un tiempo pasajero por la eternidad?
- ¿Cómo será dejar la mortalidad y cambiarla por inmortalidad?
- ¿Cómo será vivir en un lugar donde las personas sean eternamente jóvenes, donde las personas no se cansen?
- ¿Cómo será estar reunidos con los amados cristianos después de largos años sin ellos?
- ¿Cómo será mezclarse con los santos de la antigüedad, con Moisés, Abraham, Elías y Juan el Bautista?

Nuestro gozo completo

Sí, ¿cómo será estar en el cielo? Obviamente, el cielo será un lugar bello, mucho más satisfactorio que cualquier cosa

que hayamos experimentado y más maravilloso que cualquier cosa que podamos imaginar. En el cielo seremos gloriosamente felices, viviendo con Dios en un compañerismo cercano y continuo (Apocalipsis 21:3). En su presencia habrá completa satisfacción, perfecto contentamiento y absoluta seguridad (Juan 10:28). En su presencia estaremos llenos de gozo (Salmo 16:11). Ningún mal nos perturbará ni nos molestará.

¿Quién puede comprender las glorias del cielo? Aquí el pecado está por todas partes; allá abundarán la santidad y la pureza. Aquí todos pecan; allá nadie pecará. Aquí todos sufren dolor y tristeza; allá nuestro gozo será completo.

El propósito de Dios al decirnos

Seguramente queremos estar en el cielo algún día. En efecto, es por eso que Dios nos habló del cielo. No es que Dios quiera que discutamos incesantemente sobre dónde está localizado el cielo o sobre la forma y la apariencia exactas de los cuerpos glorificados, o cuál será la apariencia de Dios cuando lo veamos. No, Dios nos ha hablado sobre el cielo para que vivamos de tal modo que no perdamos la gloria que nos espera allá (Mateo 25:1-13). El conocimiento que tenemos de la gloria del cielo es un incentivo para que creamos el evangelio y perseveremos en la fe. Nos alegra mientras transitamos por este valle de lágrimas.

Otra razón por la que Dios nos ha hablado del cielo es para que podamos ayudar a otras personas a llegar allá. Recuerde que Jesús lloró por Jerusalén (Lucas 19:41) y su compasión por la multitud que fue a escucharlo, porque eran como ovejas sin pastor (Marcos 6:34). Recuerde que Jesús dijo: “¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36,37). El amor de Jesús por las almas lo llevó a comisionar a sus discípulos de todos los tiempos: “Id y haced

discípulos de todas las naciones” (Mateo 28:19). ¡Nos halaga mucho que Dios nos haya confiado esta gran obra! ¡Estemos muy dispuestos a hacerla!

Los obituarios

Una de las cosas que se aprenden de los obituarios es que cada día el mundo pierde una gran cantidad de talento y algunas personas realmente importantes. Si se mira alguno de los periódicos de gran circulación, que no informan de cualquier deceso, no hay que buscar mucho antes de encontrar obituarios de personas que fueron presidentes de compañías, o funcionarios de organizaciones cívicas locales. Se pueden encontrar financieros, inventores, escritores y artistas.

Pero un obituario por sí mismo nunca puede medir la verdadera importancia de una persona. Ningún periódico de la época de Pablo podría haber sido capaz de medir la verdadera importancia de Pablo para el mundo ni el valor de las almas que él ayudó a salvar. Si hubiera existido un obituario en la época de Pablo para informar de su muerte, ¿qué hubiera podido decir? Quizás algo poco elogioso, como esto: “Pablo de Tarso, ciudadano romano, educado por Gamaliel, fanático religioso y seguidor de Jesús, decapitado por sus crímenes contra el estado”.

Así es actualmente; puede ser que los cristianos no siempre lleguen a la cima de sus compañías ni trabajen en oficinas importantes. Quizás nunca lleguen a ser personas muy conocidas, pero su importancia para el mundo es mucho mayor de la que los obituarios pudieran hacernos creer. Cada cristiano tiene la mayor responsabilidad en el mundo como testigo y misionero de Cristo. Si los cristianos hacen todo lo que puedan para ayudar a otros a alcanzar la seguridad del cielo, si hacen su obra fielmente como testigos de Cristo, sus logros serán mucho más grandes de lo que la mayoría de la gente reconoce.

Nuestra verdadera importancia

Un día nosotros también moriremos y nuestro obituario aparecerá en los periódicos. Quizás la gente lo lea con interés, dirán algo como esto: “Es la persona con quien asistí a la escuela... Es la persona que vivía en la calle 45”. Verán las oficinas que dirigimos, nuestros logros, y los años que trabajamos en un lugar o en otro. Pero por nuestro obituario nunca podrán determinar nuestra verdadera importancia en este mundo.

Eso estará registrado en el libro de la vida, donde aparecerán los nombres de los que ayudamos en el camino al cielo por el ánimo que les dimos, las instrucciones, las oraciones, los buenos ejemplos y las invitaciones. En el libro de la vida no se mencionará cuántas personas o cuánto dinero dejamos atrás, sino los nombres de los que llevamos con nosotros. Eso será lo único que importará entonces, y es lo que más importa ahora. ¡Ahí está la verdadera importancia de la vida! Ahí nos ocupamos en el propósito que Dios tenía en mente para nosotros desde el comienzo, que pudiéramos servir y glorificar a aquel que merece nuestra alabanza.

¡Reclame su herencia!

Una vez un hombre heredó una inmensa fortuna en un lejano país. Le notificaron de la herencia, pero nunca tomó posesión de ella. Sabía muy poco sobre su herencia y nunca se preocupó por averiguar. Aunque vivía en pobreza y necesidad, nunca pensó en la fortuna que heredó. Estaba contento de emplear su energía y sus pensamientos en el turgorio de problemas y frustraciones donde vivía. Pudo vivir en una riqueza que iba más allá de sus más atrevidos sueños, pero amó más la vida que tenía.

Así son los que nunca piensan en su herencia celestial, cuya vida y energía se gastan en la pobreza de esta existencia terrenal. Aunque podrían vivir en el castillo de la gracia y la

sabiduría de Dios, están contentos viviendo en los ruinosos tugurios de sus esperanzas y sueños terrenales.

¡Qué gran cambio puede producir nuestra eterna salvación en la vida si cada día recordamos sacar consuelo de ella! ¡Cuán innecesarias son muchas de las lágrimas que derramamos porque le damos más atención a nuestros problemas que al cielo que nos espera! ¡Reclamemos nuestra herencia! ¡Por medio de la fe, comencemos a gozar de ella ahora mismo! Hay un cielo, hay gloria en nuestro futuro.

En el cielo que nos espera, la historia del hombre cierra el círculo. Nuestro misericordioso Dios nos creó en gloria y no nos abandonó; por medio de Cristo y sin ningún mérito de nuestra parte, él nos ha devuelto a la gloria. De la gloria a las cenizas y de regreso. Un final feliz provisto por el Dios que nos ama. Unamos nuestras voces a las del apóstol Pablo, y con la multitud de los santos y de los ángeles digamos: “A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Timoteo 4:18).

Notas finales

- ¹Corliss Lamont, *The Philosophy of Humanism* (New York: Continuum, 1990), pp. 292,293. (Traducción libre del inglés)
- ²Abraham Maslow, *Toward a Psychology of Being* (New York: Van Norstrand Reinhold Co., 1968), p. 4. (Traducción libre del inglés)
- ³Raymond F. Surburg, "In the Beginning God Created," en *Darwin, Evolution, and Creation*, editado por Paul A. Zimmerman (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), p. 56. (Traducción libre del inglés)
- ⁴Charles Darwin, *The Origin of Species by Means of Natural Selection* (New York: Avenel Books, 1979), pp. 458,459. (Traducción libre del inglés)
- ⁵Philip Appleman, *Darwin—A Norton Critical Edition* (New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1970), pp. 269,270. (Traducción libre del inglés)
- ⁶Appleman, p. 270. (Traducción libre del inglés)
- ⁷Appleman, p. 276. (Traducción libre del inglés)
- ⁸Surburg, p. 39. (Traducción libre del inglés)
- ⁹Catecismo Mayor, Parte I:3, *Libro de Concordia. Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editado por Andrés Meléndez (St. Louis: Editorial Concordia, 1989), p. 382.
- ¹⁰*Journal of Discourses*, Vol. VI, p. 5. (Traducción libre del inglés)
- ¹¹*Journal of Discourses*, Vol. VI, p. 3. (Traducción libre del inglés)
- ¹²Walter Martin, *The Kingdom of the Cults* (Minneapolis: Bethany Fellowship, Inc., 1977), p. 178.
- ¹³Wallace F. Bennett, *Why I Am A Mormon* (New York: Thomas Nelson & Sons, 1958), pp. 184,185. (Traducción libre del inglés)
- ¹⁴Martin Luther, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 1 (St. Louis:

- Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955–1986), p. 95. (Traducción libre del inglés)
- ¹⁵John C. Jeske, Génesis de la serie La Biblia Popular (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1996), p. 45.
- ¹⁶Hans Schwarz, *Our Cosmic Journey* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1977), p. 177. (Traducción libre del inglés)
- ¹⁷Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo VI:2, Meléndez, p. 516.
- ¹⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo V:17, Meléndez, p. 606.
- ¹⁹Papa Pio IX, *Ineffabilis Deus: Apostolic Constitution Defining the Dogma of the Immaculate Conception* (Boston: St. Paul Books & Media, no date), p. 8. (Traducción libre del inglés)
- ²⁰Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo I:7, Meléndez, p. 549.
- ²¹Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo I:10-13, Meléndez, pp. 549,550.
- ²²Francis Pieper, *Christian Dogmatics* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1950), Vol. I, p. 539.
- ²³Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo I:4, Meléndez, p. 500.
- ²⁴Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo I:8, Meléndez, p. 500.
- ²⁵Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo I:5, Meléndez, p. 548.
- ²⁶Edward W. A. Koehler, *A Summary of Christian Doctrine* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1952), pp. 65,66. (Traducción libre del inglés)
- ²⁷John A. Hardon, *The Question and Answer Catholic Catechism* (New York: Doubleday & Company, Inc., 1981), p. 186. (Traducción libre del inglés)
- ²⁸Hardon, p. 187. (Traducción libre del inglés)
- ²⁹Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II:12, Meléndez, p. 563.
- ³⁰Desiderio Erasmo, *On the Freedom of the Will*, traducido al inglés y editado por E. Gordon Rupp en *Luther and Erasmus: Free Will and Salvation* of The Library of Christian Classics, Vol. 17, (Philadelphia: Westminster, 1969), p. 96. (Traducción libre del inglés)
- ³¹Lutero, Martín, *La voluntad determinada*, traducido al español y editado por Erich Sexauer (Buenos Aires: Publicaciones El Escudo, 1976), p. 87.

- ³²Lutero, *La voluntad determinada*, pp. 259-261.
- ³³Lutero, *La voluntad determinada*, p. 332.
- ³⁴Piet Schoonenberg, *Man And Sin* (Notre Dame: Notre Dame Press, 1965), pp. 74,75. (Traducción libre del inglés)
- ³⁵Edward W. A. Koehler, *A Summary of Christian Doctrine*, p. 124.
- ³⁶Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo I:11, Meléndez, pp. 549,550.
- ³⁷Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV:45, Meléndez, p. 85.
- ³⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:12,13, Meléndez, p. 584.
- ³⁹*Luther's Works*, Vol. 26, p. 232; Vol. 27, p. 231. (Traducción libre del inglés)
- ⁴⁰*Luther's Works*, Vol. 7, p. 28. (Traducción libre del inglés)
- ⁴¹*Luther's Works*, Vol. 30, pp. 140,141.
- ⁴²Don Matzat, *Christ Esteem* (Eugene, Oregon: Harvest House Publishers, 1990), p. 121.
- ⁴³Heinrich Vogel, "The Old Testament Concept of the Soul," *Our Great Heritage*, Vol. 2, edited por Lyle W. Lange (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991), pp. 214-217.
- ⁴⁴Siegbert Becker, "Heaven and Hell," *Our Great Heritage*, Vol. 3, p. 666. (Traducción libre del inglés)
- ⁴⁵Wilbert Gawrisch, "Eschatological Prophecies and Current Misinterpretations," *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Vol. 84, No. 3 (Summer 1987), p. 202. (Traducción libre del inglés)

Para lectura adicional

Artículos del *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*. Traducido por Juan Berndt y otros, editado por Andrés Meléndez (Concordia Publishing House, St. Louis, 1989):

Confesión de Augsburgo y Apología: Artículo II, El Pecado Original; Artículo XVIII, El Libre Albedrío; Artículo XIX, La Causa del Pecado.

Artículos de Esmalcalda: Parte III, Artículo I, El Pecado.

Fórmula de Concordia: Artículo I, El Pecado Original; Artículo II, El Libre Albedrío.

Ensayos en *Our Great Heritage*, Vol. 2. Edited by Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991:

Dobberstein, Leroy. "The Doctrine of Offense."

Lillegard, George. "The Religions of the Heathen World." (Un excelente ensayo sobre religiones paganas como religiones de obras.)

Meyer, John P. "Original Sin" and "The Image of God, Genesis 1."

Raabe, John. "The Conscience."

Reim, Edmund. "Ancient Heresies in Modern Garb—Heresies Which Limit the Implications of the Fall of Man."

Vogel, Heinrich. "The Flacian Controversy on Original Sin" and "The Old Testament Concept of the Soul."

Das, Andrew A. *Baptized Into God's Family*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991. An excellent treatment of Baptism as God's answer to original sin in infants.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:26—24,56
1:27—29,36,45,79
1:28—25,29
2:5—27
2:16,17—45,64
2:17—91
2:19—25
2:20—26
2:23—29
3:1—64
3:1-8—80
3:4-13—68
3:5—47
3:15—72,124
3:16-19—70
3:19—36
3:22-24—70
4:8—88
5:1-3—55
5:3—80

6:5—108

6-8—14

8:21—81

11:1-9—28

Éxodo

1-14—14,37

3:6—150

3:22—91

5:2—37

7-11—37

8:15,32—100

9:12—100

12:35,36—91

16—37

Levítico

4:2,13—94

16—124

19:2—103

20:27—45

Números

15:27—94

15:30—94

Deuteronomio

1:39—95

4—22

8:3,4—37

17:14-20—22

Josué

10:1-14—37

24—22

1 Samuel

31:4—22

2 Samuel

11:4—92

1 Reyes

17:1-6—14

18:16-46—38

21:19—22

22:38—22

2 Reyes

21:1-15—22

Ester

4:14—16

Job

19:26—150

19:26,27—85,153

38—15

38:4—15,45

38:8—15

38:16—15

38:35—15

39:1—15

39:18—15

39:19—15

39:27—15

Salmos

1—143

2:2-5—22

8:4—7

8:6—25

14—108

16:11—159

17:15—156

19:1—13

23:3—16

35:9—52

42:5—51

49:8—124

51:5—78,108

77:2—51

77:6—51

103:20,21—13

115:16—25

119:9—142

139:14—50

143:2—79

148—13

148:2—13

Proverbios

16:4—15

Eclesiastés

12:7—52,54,56,118,151, 152

Isaías

1—22
 1:18—124
 6:5—39
 6:9-11—101
 8:20—45
 10:1-11—22
 13:1—23:18—22
 42:8—42
 43—45—37,38
 43:7—12,15,19
 44:7—38
 44:28—38
 45:18—24,39
 45:21,22—37
 47:7—39
 47:8—39
 53:3,5—124
 53:5,6—45
 59:2—45
 63:16—151

Jeremías

17:6—115
 17:9—109

Ezequiel

11:19—139
 28:2—39
 36:26—115

Daniel

4:33—37
 5—37
 12:2—152

Jonás

1:1-3—93

Miqueas

7:19—87,124

Zacarías

12:1—54

Mateo

4:1-11—142
 4:2—126
 5:16—12
 5:18—97
 6:13—104
 7:18—109
 9:25—153
 10:28—54,55,93,151
 10:29-31—34
 12:24—98
 12:30—13
 12:31—97
 13:14—101
 15:9—74
 15:19—85,90
 16:19—150
 18:6—104
 19:26—32
 22:30—158
 25:1-13—159
 25:10—157
 25:14-30—93
 25:26—93
 25:30—93
 25:31-46—93,151
 25:34—53
 25:46—93

26:14-16—95

26:38—126

26:41—104

28:19—160

Marcos

6:34—160

8:36,37—51,160

16:16—128

Lucas

1:46,47—55,79

1:74,75—139

4:1-13—79

7:15—153

10:27—51

12:47,48—96

15:3-7—34

16:19-31—119,151

16:22-24—152

16:27-29—151

19:41—160

20:37,38—150,151

21:28—139

22:30—157

23:34—95

23:43—152

24:39—126

24:45—115

Juan

1:1,2—126

1:3—126

1:13—115

1:29—127

3:3—87

3:5—87

3:5,6—116

3:6—80

3:16—45,128

4:24—36

5:23—126

5:28,29—118,153

6:44—115

8:46—79

9:4—146

10:28—159

11:11—152

11:35—126

11:43,44—153

14:2—157

14:6—137

14:15—19

15:5—143

16:23—137

Hechos

3:15-17—94

5:29—75

16:31—128

17:26—27

17:31—19

24:15—152

Romanos

1:18—45

1:18-32—100,101

3:10,11—108

3:22,23—79

3:28—132

4:3—128

4:3,23,24—138

5:3,4—138

5:12—55,78

5:14—78
 5:18—83
 5:18,19—127
 6—143
 6:22—136
 6:23—97,117,156
 7:7—101
 7:15-20—94
 7:18—81,109,139
 7:19—88,140
 7:22—139
 7:24—140,146
 7:25—146
 8:1,31-34—97
 8:7—13,81,108
 8:13—97
 8:17—132
 8:20,22—27
 8:26,27—137
 8:28—138
 8:33—146
 9:32—105
 10:17—143
 11:6—114
 11:36—12
 13:1-7—74
 14:13—104
 14:14-23—104
 14:23—103

1 Corintios

1:23—105
 2:14—81,108
 4:4—101
 8:4-13—104
 8:13—104
 10:13—104,147

10:31—12
 10:32—104
 11:3-16—29
 12:3—115
 13:5—146
 13:12—156
 14:34,35—29
 15:20—153
 15:33—103
 15:35-38—155
 15:42-44—154
 15:45—27
 15:50—154
 15:51,52—154
 15:55—146

2 Corintios

1:9—152
 4:5—45
 4:6—129
 4:16,17—148
 5:8—151
 5:15—136
 5:17—139
 5:19—127
 5:21—45,138
 7:1—53
 10:4—142

Gálatas

3:10—96
 3:11—128
 3:22—79
 4:4,5—126
 5:1—104
 5:17—139
 5:19—103

Efesios

1:6—115
 2:1—81,108,119
 2:2—103
 2:3—80,119
 2:4,5—116
 2:8,9—115,129
 2:12—108
 3:18,19—71
 4:18—81
 4:22-24—57
 4:24—25,139
 5:8—119
 5:22-33—29
 5:27—156
 6:17—142

Filipenses

1:6—115
 1:23—151
 1:29—115
 2:13—99,115
 3:21—154

Colosenses

2:6,7—143
 2:8—103
 2:13—116
 3:10—57
 3:20—74

1 Tesalonicenses

1:10—157
 5:17—137

1 Timoteo

1:13—99
 2:1—98

2:5—126
 2:6—128
 2:11-13—29
 5:17—146

2 Timoteo

2:26—108
 4:18—162

Tito

1:9—142

Hebreos

2:7—36
 2:7,8—36
 2:14—126
 4:9,10—157
 4:15—79
 6:4—98
 6:4-6—98
 6:6—98
 7:10—54
 9:27—45,52
 10:11-14—126
 10:26—98
 11:4-40—141
 12:9—54
 13:5—146

Santiago

1:13,14—104
 2:10—92
 2:19—128
 4:12—74
 4:17—94

1 Pedro	5:16—98
1:3,4—147	5:20—126
1:12—15	
2:9—12,132	Judas
3:12—137	6—36
3:19—55,151	
5:8—143	Apocalipsis
	1:7—95
2 Pedro	6:9—55
2:1-3—103	7:9,10—151
2:4—36	7:14-17—157
	7:16—154
1 Juan	14:13—152
1:7—99,106	20:10—106,156
2:2—128	20:12—153
2:15-17—103	21—39
3:1—132	21:3—39,159
3:2—155	21:4—154
3:4—73	21:7—40,157
3:14-16—146	22:5—157
	22:18,19—45,74

Índice temático

- actitud nueva 138,139
- Adán 25,26,55
- adoración 67
- adoración de dioses falsos 40
- adoración, actitudes pobres hacia 13, 40,143
- Agustín 84
- alma 51-56,151,152
- amor cristiano 137
- ángeles, rebelión de 36
- animales en el cielo 27
- apresurar 116
- arrepentimiento 141
- auto actualización 20
- auto hipnosis 44
- bautismo 86,87
- bautismo de infantes 87
- bebés. Vea infantes
- blasfemia 97-99
- budismo 130,131
- caer de la fe 99
- caer hacia arriba 68,69
- caída en pecado 64-73,77,78
- canalización 44,45
- características genéticas 28
- carga genética 28
- cielo 27,39,40,149-162
- coadamitas 27
- comportamiento criminal 20
- consciencia 69,74,100
 - pecados contra la 101-103
- consciencia correcta 101,102
- consciencia dudosa 102-104
- consciencia equivocada 102
- confianza en sí mismo 41
- consciencia probable 102

- controversia flaciana 84,85
 conversión 112-116,129,130
 creacionismo 54
 cristianismo, contrastado con
 otras religiones 45,131,132
 cruzada por Cristo 113
 cuerpo, humano 49,50,56
 glorificado 152-156
 relación con el alma
 52,53,118,152
 culpar a Dios 70,71,75,76
 Darwin, Charles 30,31
 Día de la Expiación 124,125
 dicotomía 55,56
 Dios
 características de 32,36-
 39,42,45,56
 no es egoísta 15,16
 percibido como creador del
 pecado 84
 y la caída en pecado 65,66
 y la tentación 103,104
 dioses falsos 40
 el dios de la Nueva Era 43
 emanacionismo 53,54
 endogamia 28
 endurecimiento del corazón
 100,101
 Era de Acuario. Vea Movimiento
 de la Nueva Era
 Erasmo 109-112, 114
 esperanza cristiana 7,148
 estado de inocencia 57
 estado de integridad 57
 Ester glorifica a Dios 16,17
 Eva 26-29
 evolución, teoría de la 29-33
 evolucionismo teísta 32
 evolucionistas ateos 32
 expiación sustitutiva 125,126
 expiación vicaria 125,126
 Faraón y la terquedad 100
 fe 128-132
 fiesta de la inmaculada
 concepción 79
 Flacius, Matthias 84,85
 Freud, Sigmund 19,20
 Fromm, Erich 68,69
 Graham, Billy 113
 Hegel, Georg 68,69
 hinduismo 43,44,131,150
 hombre
 como amo de la creación
 25, 33,34
 como dios 36-47
 hecho a la imagen de Dios
 24, 25
 indefensión del 108,109,
 116,117
 jugando a ser Dios 41
 naturaleza espiritual del
 17,18
 propósito del 11-22,31,43,
 58,59,136
 valor del 23-34,47,132,
 133,160,161
 y salvarse a sí mismo 83,84,
 110-116,130,131
 humanismo 18-21
 idolatría 35,36,40
 iglesia católica romana
 79,96,112

- iglesia de Jesucristo de los últimos días. *Vea* mormones
- imagen de Dios 56-58,66
restauración parcial 140
- infantes 80,87,95,104
- infierno 53-56,118,152
- inmaculada concepción 79
- inmortalidad del alma 52,53,151
- islam 131,150
- Jesús
 como Dios 32,45,126,136
 como hombre 45,85,126
 poder sobre la muerte 152, 153
- justicia 138
- justificación individual 128, 129
- justificación objetiva 127, 128
- justificación subjetiva 128, 129
- justificación universal 127, 128
- juzgar a Dios 65
- karma 43-45
- Knight, J. Z. 44,45
- Koehler, Edward 114
- La voluntad determinada 111
- ley de Dios, definición 74
- libertad Cristiana, uso
 descuidado de la 104
- libertad de la voluntad 110
- libre albedrío 65,66,83,84,110-112
- libro de la vida 161
- lucha contra el pecado 144-147
- Lutero, Martín 109-112,116
- MacLaine, Shirley 42
- maldecir 41
- Manifiesto humanista II 19
- María 55,79
- Maslow, Abraham 20
- medio ambiente y raza 28
- meditación trascendental 44
- médiums 44
- monergismo divino 114
- monismo 43
- moralidad 20,101,102
- mormones 46,150
- Movimiento de la Nueva Era 42-45
- movimiento del potencial humano. *Vea* Movimiento de la Nueva Era
- muerte 45,56,78,117-119,150-153,156
- Musulmanes 131,150
- niños 80,95,104,153
- nirvana 131
- ofensa, hacer 104
- ofensa, tomar 104,105
- oración 98,137
- orgullo pecaminoso 86,92
- Origen de las Especies 30
- Origen del Hombre 30
- Palabra de Dios, como arma 142
- panteísmo 43
- papeles del hombre y la mujer 29
- pecado actual 78,85,86,90-92
- pecado de comisión 91-93
- pecado de endurecimiento 100-102
- pecado de omisión 92-94
- pecado imperdonable 97-99,102

- pecado imperdonable,
 comparado con el pecado
 de endurecimiento 100
 pecado involuntario 94-96
 pecado mortal 96,97
 pecado original 54,55,78-90,103
 pecado venial 96,97
 pecado voluntario 94-96
 pecado, causas del 103,104
 pecado, contra el Espíritu Santo
 97-99, 102
 pecado, contra la conciencia
 101-103
 pecados de escándalo 104,105
 pelagianos 114
 Pelagio 83,84
- Piel, diferencias de color 28
 Psicología, humanista 19-21
 Pitágoras, sobre la resurrección
 152
 Platón, sobre la resurrección 152
 Pre existencialismo 54
 Preadamitas 27
 Psicología, moderna 21
 Ramtha 44
 razas, origen de las 27,28
 realidad máxima 43
 rebelión
 rebelión de los hijos 41,42
 rebelión del hombre 13-
 15,64,87,88
 reconocimiento en el cielo
 153,155
 reencarnación 43-45,130
 relación entre Adán y Dios
 antes de la caída
 14,25,57,58
- después de la caída
 21,22,47,69,70, 81,137
 relación entre Adán y Eva
 26,29,69,70
 religión de fe 131,132
 religiones de obras 130,131,150
 responsabilidad del hombre ante
 Dios 21,22,31,43,45
 resurrección 150-156
- selección natural 28
 semipelagianos 84
 sintoísmo 131
 soldados romanos y pecado
 involuntario 95
- Teilhard de Chardin, Pierre
 68,69
 tentación 103,104,145,146
 traducianismo 54
 tricotomía 55,56
- vida interior de los cristianos
 139,140
 visión arminiana de la
 conversión 113
 visión beatífica 156,157
 visión pelagiana de la conversión
 113
 visión semipelagiana de la
 conversión 113
 visión sinergista de la conversión
 113
- Von Schiller, Friedrich 68,69
- yoga 44

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† **EL HOMBRE**

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com